
TRAMPA PARA
UN INOCENTE
M.J. Fernández

TRAMPA PARA UN INOCENTE

M.J. Fernández

«No siento el menor deseo de jugar en un mundo en el que todos hacen trampa »

(François Mauriac)

Día uno.

En la oscuridad de la noche valenciana, Luis retrocedió unos pasos para ocultarse en las sombras del callejón cuando vio pasar el coche policial. Sin detenerse a pensarlo se frotó de nuevo las manos en la tela del pantalón del traje, con la intención de eliminar los últimos restos de sangre que ya hacía varios minutos se había limpiado con la corbata, la cual en ese momento reposaba en un contenedor cercano. Sin embargo, le parecía que aquella mancha nunca se borraría de su piel, ni de su memoria.

Aún se sentía aturdido y no atinaba a explicarse qué era lo que había ocurrido. Lo último que recordaba era un largo día de trabajo en la naviera. Al terminar su jornada laboral fue a su casa, bebió un vaso de leche y no supo más de sí, hasta que despertó en una pensión de mala muerte cerca de los muelles. No reconoció el lugar, pero cuando terminó de despejarse se dio cuenta que había alguien más a su lado en la cama. De un salto abandonó el catre. Su compañía era el cadáver de una mujer joven, evidentemente una prostituta. Mantenía los ojos abiertos mirando al vacío, la boca entreabierta y una herida en el pecho que había sangrado mucho. El arma homicida, un cuchillo ensangrentado reposaba en el suelo.

Por instinto, Luis hizo el intento de cubrir su rostro con las manos, pero se detuvo a tiempo cuando se dio cuenta de que estaban llenas de sangre. En ese preciso momento escuchó las sirenas de la policía. El corazón le latía con fuerza y no sabía qué hacer. La escena lo señalaba como culpable y pese a que no recordaba haber visto aquella mujer en su vida, lo más probable era que la Policía no le creyera y lo detuvieran por asesinato.

Los fuertes pasos en la escalera de madera y los gritos de protesta de la dueña de la pensión le hicieron comprender que estaba en lo cierto. Miró en todas las direcciones dentro de la habitación con desesperación. Después de asomarse a la ventana comprobó que se encontraba en un tercer piso. No había escalera de incendios, pero un desagüe que parecía más o menos fuerte bajaba desde el tejado hasta la calle. Luis había sido atleta en su juventud, al punto que si una lesión del tobillo que sufrió durante el entrenamiento no se lo hubiera impedido, hubiera formado parte del Equipo Español de Gimnasia del año 1996. Aunque los años le habían hecho perder un poco de elasticidad, aún visitaba el gimnasio con frecuencia y se mantenía en buena forma. Sin pensárselo dos veces salió por la ventana, alcanzando de un salto el desagüe, que crujió amenazante, pero

resistió su peso. Lo hizo al mismo tiempo que escuchó los gritos de la Policía exigiéndole que se entregara y el golpe de la puerta al ser abierta con violencia. Él se quedó inmóvil sujetando la precaria tubería, mientras apoyaba los pies en la cornisa, haciendo lo posible por mimetizarse con las sombras. Por suerte, prefería vestir con trajes oscuros, así que el de aquel día era negro.

—¡Ave María Purísima! —escuchó decir a uno de los policías—. El que hizo aquella llamada anónima tenía razón, comisario. Esto es una carnicería.

—Puedo verlo por mí mismo, García —lo reprendió una voz grave que le pareció que pertenecía a un hombre mayor—. No es necesario hacer aspavientos. Anda, trae a la dueña de la pensión mientras llamo a la científica para que analice la escena del crimen.

Luis temblaba. La noche era cálida, pero el temor que lo invadía le enfriaba los huesos. Abajo, un agente de uniforme permanecía junto al coche policial. Si se movía de su incómoda posición, lo vería sin duda. Hizo lo posible por escuchar lo que se hablaba dentro de la habitación. Tal vez dijeran algo que le ayudara a comprender lo que estaba ocurriendo, algo que le permitiera salir de aquella situación imposible.

—¿Cuál es su nombre? —preguntó la voz grave, la del comisario.

—María Belén Rodríguez, señor.

—¿Había visto usted antes a esta chica?

—Sí señor. Se registró hace un par de horas con un caballero.

—¿Sus nombres están en el registro?

—Sí, señor, pero no los recuerdo.

—¿Les pidió el D.N.I?

—No, señor.

—¿Por qué no? Es la ley.

—Sí, señor, pero por aquí, ya sabe, no se estila.

—¿Qué quiere decir con que no se estila? La ley no es un asunto de modas, o estilos.

—Por aquí pasan pocos turistas, señor comisario —respondió la mujer con voz temblorosa. Luis la imaginó frotándose las manos con nerviosismo—. Las habitaciones suelen alquilarse, ya sabe, por pocas horas. Nadie hace preguntas. Si las hiciéramos no tendríamos clientes.

—Esa no me parece una justificación. ¿Sabe que por esto le puedo cerrar este chiquero?

—Sí, señor. —murmuró la mujer con humildad.

—¿Recuerda al menos cómo era ese caballero?

—Sí, eso sí. Era joven, alrededor de los treinta, quizá. Tenía el cabello oscuro…— Luis sintió un escalofrío cuando comprendió que lo estaba describiendo a él. Aquella mujer estaba mintiendo.

—No me lo recite. Vaya con el cabo García, acompáñelo a la comisaría para que se haga un retrato hablado de ese individuo. ¡García! Quiero el rostro de ese sujeto en busca y captura, así como en todos los medios audiovisuales, lo antes posible.

—Sí, señor.

Luis escuchó actividad dentro de la habitación, pero continuaron trabajando en silencio. Al cabo de algunos minutos, la dueña de la pensión, junto con el agente de policía entraron en el coche y todos salieron en dirección a la comisaría. Solo entonces, él pudo descender con cuidado por la tubería hasta la calle. Cuando llegó al suelo le pareció ver una sombra furtiva huyendo por el callejón.

Luis deambuló durante buena parte de la noche por la ciudad manteniéndose alejado de las zonas más concurridas, mientras pensaba en su extraña situación. Alguien se había tomado muchas molestias para involucrarlo en un terrible crimen, pero ¿quién?, ¿por qué? No tenía enemigos, al menos que él supiera. Tampoco era alguien importante. Era Jefe de Administración y Gestión de una prestigiosa naviera, lo cual implicaba mucho trabajo y responsabilidad, un buen salario, pero pocas emociones. No tenía sentido que alguien quisiera ponerle una trampa así. Esa era una de las razones por las que estaba seguro de que la Policía nunca le creería. Para él mismo resultaba inverosímil.

De cualquier forma, necesitaba hacer algo. No podía mantenerse caminando sin rumbo fijo por las calles, como un loco. Aunque los que habían asesinado a la chica no los hubieran registrado con sus verdaderos nombres, de cualquier forma en pocas horas su rostro estaría en todos los medios de comunicación posibles. Todo gracias a la dueña de la pensión, que era evidente que estaba involucrada. En todo caso, sería cuestión de tiempo que lo atraparan.

Ni soñar con regresar a casa, o a la oficina. Lo más probable era que ya la policía lo estuviera esperando en ambos lugares. Tal vez podría pasar la noche en una pensión poco dispuesta a hacer preguntas, como la que acababa de abandonar, pero era seguro que la Policía estaría peinando esos lugares. Tenía que ser más original. Por otro lado, necesitaba dinero. No podía mover sus cuentas bancarias, ni usar la tarjeta de crédito, porque tendría a ese comisario respirando sobre su nuca antes de concluir la transacción. Sacó la billetera. Por suerte, sus enemigos no se la habían quitado. Cuando la revisó comprendió por qué. Veinte euros. No llegaría muy lejos con eso. Metió las manos en los bolsillos, rebuscando. Salieron cinco euros en monedas varias. Veinticinco euros era todo su capital. Era definitivo, necesitaba ayuda.

Luis miró su reloj. Pasaba de las tres de la madrugada. Era

imperativo encontrar un lugar seguro donde pudiera pasar el resto de la noche, descansar un poco y meditar sobre lo que podía hacer a continuación. No conocía el barrio donde se encontraba, así que no tenía idea de cuál era la mejor dirección que podía seguir. Al doblar la esquina vio una casa medio derruida entre dos edificios pequeños. Un grafiti en el que se leía "Vendo" escrito a mano con pintura azul, hacía comprender que el intento no había tenido mucho éxito. Lo que llamó la atención de Luis fue el muro que se extendía desde la construcción hasta el edificio vecino y que debía cerrar un patio interno. Junto al muro había una señal de tráfico que le dio una idea.

Luis avanzó con paso rápido hasta la señal, luego miró en ambas direcciones para comprobar que no había testigos. Desde los edificios laterales el ángulo no permitía que lo vieran y al frente solo había un aparcamiento. Dio un salto hacia el poste de la señal y lo usó como trampolín, empujándolo con la mano y el pie izquierdos, lo cual le dio impulso para alcanzar el borde del muro con la mano derecha. Una vez sujeto con ambas manos, se alzó con esfuerzo hasta superar la barrera, dejándose caer hacia el otro lado. Como había supuesto, se trataba de un patio interno ahogado por las construcciones vecinas. Se acurrucó en la esquina más oscura y se dispuso a tomarse un descanso.

Lo despertaron los primeros rayos del sol. Hubiera matado por un café. La noche anterior no había cenado, así que sus tripas le recordaron que existían en cuanto abrió los ojos. Cuando terminó de despabilarse comprendió con angustia que la pesadilla de la noche anterior no había sido un mal sueño. Volvió a preguntarse qué podía hacer. ¿A quién pedir ayuda? ¿Su ex? No, Almudena era capaz de entregarlo a la Policía envuelto en papel de regalo y con un lazo coronando su cabeza. Eso sí, el lazo sería del mejor terciopelo.

Tenía que pensar en alguien de confianza, que supiera que él no había sido capaz de hacer algo así y no guardara ninguna vieja rencilla que quisiera cobrarse. Alguien que fuera de fiar. Un solo nombre acudió a su mente; Lucía.

Lucía Narváez era la hija del dueño de la naviera. La había conocido cuando ambos formaban parte del Equipo de Gimnasia Español. Desde entonces habían congeniado, resultando los mejores amigos. Luis había estado secretamente enamorado de ella, pero siempre se sintió intimidado por la condición social de Lucía. Le parecía inaccesible, así que nunca se arriesgó a decírselo. Sus caminos se separaron. Ella se fue a estudiar al exterior. Cuando regresó estaba casada. Su esposo, Carlos Torrealba, le resultó antipático desde el primer día.

De no haber sido porque ya Luis formaba parte de la plantilla de la naviera cuando Lucía regresó, además de haber opositado por el cargo de buena lid, su amistad hubiera sido motivo de conflictos con

sus compañeros, por haber creído estos que en realidad no merecía el trabajo. Por suerte, esa presunción nunca llegó a surgir. Sin embargo, Luis mantenía una distancia respetuosa con Lucía desde que era una mujer casada y él trabajaba para su padre. Se preguntó cuánto quedaría de la antigua amistad. ¿Sería prudente ponerla a prueba en un momento tan delicado para él? No tenía alternativa. Sin ayuda, lo más lejos que llegaría sería a la comisaría más cercana.

Luis se incorporó. Del lado de la calle, el poste de la señal le había permitido superar el muro, pero desde el interior necesitaría otro apoyo. Sonrió cuando vio la caseta de un perro pegada a una de las paredes y cerca del muro. Sería aún más fácil. Saltó sobre el tejado de Fido, lo cual le permitió asomarse al borde. Era muy temprano, así que no se veía a nadie en la calle. Trepó por encima del muro y pocos minutos después estaba de nuevo del otro lado.

Lucía vivía en Maravilla, un barrio de lujosos chalets, bastante alejada del centro. En su camino hacia el metro, Luis tropezó con un grupo de chicos tendidos en un callejón, durmiendo la mona. A su alrededor, media docena de botellas vacías y unas cuantas colillas liadas a mano daban fe de una noche de jarana. Luis sacudió el hombro de uno de los chavales, que se despertó con una maldición.

—¿Qué quieres, tío? ¡Déjame en paz!

—Te doy diez euros y mi chaqueta.

—No jodas. Estás de coña.

—Te cambio mi chaqueta por la tuya y te doy diez euros por el gorro de lana.

—Y los zapatos.

—No te pases.

—No soy imbécil, tío. Si me quieres cambiar esa chaqueta de buen corte por ésta de segunda, es porque estás de mierda hasta las cejas. Cambiamos también los zapatos, o no hay trato.

Luis miró sus Prada. Siempre había sentido debilidad por el buen calzado. Asintió con resignación y se agachó para quitarse los zapatos. El chico usaba unos tenis que no parecían de buena calidad, pero después de todo, resultarían mejores si se veía en la necesidad de correr. Aunque comprendió que si llegaba a esos extremos tendría pocas probabilidades de salir airoso.

Día dos.

Ya había amanecido cuando Luis salió del metro en Albonaya, pero los comercios aún no abrían. Su primera sorpresa fue encontrar un coche patrulla en el aparcamiento de la estación. Por un instante se preguntó si estaría allí por él, luego comprendió que aquella era una idea que rayaba en la paranoia. La Policía no tenía forma de saber que él escogería esa ruta. De cualquier manera, su rostro sí debía haber sido distribuido a todas las comisarías de Valencia, así que decidió ser prudente. Avanzó a paso rápido en dirección a la estación de autobuses con destino a Maravillas. Al pasar junto a una horchatería se preguntó si podría pararse a tomar un café, pero decidió que sería demasiado arriesgado, en especial porque parecía el único establecimiento abierto en varias calles a la redonda y los policías podían tener la misma idea.

Continuó su camino espoleado por la adrenalina. Mantenía la cabeza baja. Con el gorro del chaval no se podía saber de qué color tenía el cabello. El chaquetón de mezclilla tampoco encajaba mucho en la imagen de ejecutivo que tendrían las autoridades, gracias a la mujer de la pensión. La barba le había crecido un poco, pero aún no lo suficiente para ocultar sus facciones. De cualquier forma, no creía que aquello le sirviera de mucho, era muy probable que el comisario tomara en cuenta cuál sería su apariencia barbado.

Luis se sentó en el último asiento del autobús, mantuvo la cabeza baja y las manos metidas en los bolsillos. Su móvil permanecía en ellos, el aparato en uno y la batería en otro. Era la única forma de conservarlo sin que lo localizaran a través de él. No sabía si alguna información en la memoria del aparato podría tener importancia para descubrir qué era lo que estaba ocurriendo, así que decidió conservarlo.

Después de cincuenta minutos llegó al lujoso barrio. Había visitado la casa de Lucía en una ocasión, cuando debió llevar un dosier a Torrealba, quien era vicepresidente ejecutivo de la empresa y su jefe inmediato. Aunque en aquella oportunidad se había desplazado en coche, no tardó en orientarse y encontrar el chalet.

Asentado sobre un enorme terreno que se extendía desde la esquina hasta la mitad de la calle se encontraba una elegante construcción de dos plantas. Apenas se veía el segundo piso y el techado de tejas, pues el perímetro estaba rodeado por una cerca de cipreses bien recortados. A un lado había un terreno baldío que no dejaba muchos lugares donde ocultarse. En el resto de las calles solo

veía chalets similares. Ni un local comercial, ni un bar, ni un café desde donde vigilar la casa. Si se quedaba merodeando por aquellas calles, no tardaría algún vecino en llamar a la Policía para denunciarlo. En especial con esas pintas.

La suerte le sonrió cuando una furgoneta se detuvo frente al chalet de Lucía. Estaba identificada como una empresa encargada del mantenimiento de piscinas. Luis se ocultó, agachándose detrás de un coche aparcado en la calle hasta que los operarios se apearon, bajaron sus bártulos, llamaron al chalet y se perdieron en el interior.

Él se recostó de la furgoneta, como si fuera un trabajador más, en espera de sus compañeros. Sabía que no podía llamar a la puerta. Lucía no estaría sola. Además de la asistenta, debía haber una cocinera, el jardinero y el chófer. Demasiados testigos. Luis miró su reloj. Sabía que el hijo del matrimonio Torrealba entraba a clases a las nueve y que su amiga era quien lo llevaba personalmente. Carlos siempre criticaba esa costumbre. Solía decir que no podía comprender por qué alguien como su esposa, que podría dormir hasta la hora que quisiera, prefería madrugar para llevar al niño a la escuela.

Luis permaneció atento hasta que el conocido utilitario de Lucía cruzó la salida del aparcamiento, con su hijo Daniel trasteando su mochila en el asiento de atrás. Lucía reconoció a su viejo amigo en cuanto lo vio, pues la expresión de sorpresa la delató. Detuvo el coche y bajó la ventanilla del acompañante. Le hizo un gesto para que se le acercara.

—Necesito hablar con usted —le dijo—. Ese producto que le pusieron a la piscina la última vez no es el más apropiado.

—Lo que usted diga, señora Torrealba. ¿Dónde le parece que podamos conversar al respecto?

—Debo llevar a mi hijo a clases. Ya vamos retrasados, pero a la vuelta puedo encontrarlo en un bar que hay cerca. Está en la calle A, en una esquina. Es un chalet más de color verde, pero lo reconocerá por un pequeño letrero de una marca de gaseosa en la puerta. Espéreme allí.

—De acuerdo.

Lucía continuó su camino. Luis comprendió que ella ya sabía lo que había ocurrido, o al menos la versión oficial. ¿Cómo era posible que tan pronto…? Desde luego, el comisario aquel había dicho que quería su retrato hablado en los medios audiovisuales lo antes posible. Lo más probable era que hubiera aparecido en las noticias matutinas. Eso significaba que su rostro era conocido y su cabeza tenía precio.

Trató de orientarse. Estaba en la calle D, así que comenzó a caminar en busca de la calle A. Cuando llegó al lugar identificó sin problemas el chalet - bar. Por lo visto en aquel lugar no había una zona comercial como tal. Tolerarían ese tipo de negocios,

arquitectónicamente mimetizados y discretos, porque prestaban un servicio a la comunidad, pero no por gusto.

Desde la calle comprobó que el lugar estaba vacío y decidió esperar antes de entrar. No quería que los camareros prestaran atención a su apariencia. Como quedarse parado al frente tampoco era una buena idea, comenzó a caminar alrededor de la calle. Se volvería a acercar cuando comprobara que Lucía ya había llegado. Tuvo un atisbo de esperanza. Ella sabía lo que había ocurrido, de eso estaba seguro y sin embargo no había acelerado al verlo, ni había gritado, ni pedido auxilio a sus empleados, ni a los vecinos. Sabía que él nunca la lastimaría. Eso le hizo renacer la esperanza de recibir ayuda de parte de ella.

Al cabo de cuarenta minutos aproximadamente, Luis vio el coche de Lucía doblar la esquina en dirección al punto de encuentro. Le pasó por el lado antes de llegar y con la ventanilla abajo vocalizó sin emitir sonido, para decirle dos palabras.

—No entres.

Él comprendió la situación de inmediato. Si su rostro había aparecido en los medios de comunicación, entrar a un lugar tan solitario como aquel negocio a esa hora de la mañana, sería como colgarse al cuello un letrero luminoso que dijera: «Prófugo de la justicia. Favor llamar al 112.» Pero entonces, ¿por qué le había dado cita Lucía en ese lugar? Lo comprendió enseguida cuando ella aparcó el coche con el lado del chófer junto a la acera del negocio y se apeó sin asegurar las puertas.

A ambos lados, la calle se veía vacía de peatones y de coches, así que Luis se acercó con prisa, pero manteniéndose agachado, por si alguien estaba mirando desde el bar. Abrió con cuidado la puerta trasera del lado derecho del vehículo, entró a hurtadillas y se mantuvo encogido detrás del asiento.

Pocos minutos después, Lucía subió de nuevo al coche con una bolsa de la que emanaba un olor celestial a bollos calientes. El estómago de Luis protestó con un rugido, pero él no se movió. Su amiga dejó el paquete en el asiento del acompañante y le dirigió una mirada fugaz. Sabía que él estaba allí. Arrancó el coche, conduciendo en sentido contrario a su casa.

—Mantente oculto por si nos cruzamos con algún vecino. Es mejor que me vean sola en el coche. No podría explicar tu presencia.

—De acuerdo. Gracias, Lucía, yo…

—Luego me lo explicas. No comprendo cómo has podido meterte en semejante lío, pero sé que eres inocente. Te llevaré a un lugar seguro, donde hablaremos con calma.

—Eres la mejor, Lucía.

—No me hagas la pelota todavía. Aún no decido si estoy furiosa contigo.

Luis guardó silencio. Al cabo de cinco minutos y unas cuantas vueltas, al fin Lucía se detuvo frente a una casa aún más grande que la suya. Abrió el portón con un control a distancia y entró al aparcamiento. Solo una vez que estuvieron a salvo detrás de los muros de la lujosa mansión, se giró para mirarlo.

—Ya puedes enderezarte y comenzar tu explicación.

—¿Dónde estamos?

—Es la casa de mi hermano. Está de viaje con su familia por unos días, así que me dejó las llaves para que me hiciera cargo de ella.

—¿Con una casa así no tiene personal que se ocupe de cuidarla en su ausencia? Quiero decir: jardinero, asistenta…

—A ver… No me deja las llaves para que le riegue las plantas, pero Nacho es muy suyo. No le gusta que haya extraños en la casa cuando está afuera, así que yo estoy presente mientras el personal se hace cargo de sus tareas cuando él y su familia se encuentran de viaje.

—¿Me traes aquí a pesar de que a tu hermano no le gustan los extraños en su casa?

—Tú no eres extraño. Un poco gilipollas tal vez, pero un gilipollas conocido.

—Gracias, creo. ¿Dónde estamos? Me refiero al barrio.

—No hemos salido de Maravillas. Estamos en la calle B. Solo di algunas vueltas de más para despistar a cualquier curioso. Sígueme.

Lucía salió del coche y Luis la acompañó. El terreno vallado era enorme. En el fondo se veía una casa de tres pisos, que más que un chalet era una mansión. El aparcamiento estaba separado del edificio por un amplio jardín. Luis adivinó una piscina en la parte posterior. Lucía avanzó hacia una pequeña cabaña que parecía un cobertizo y usó una llave para entrar.

Se trataba en efecto de un cobertizo, que además de resguardar las herramientas de jardinería, contaba con una pequeña cocina y un sofá. Lucía colocó la bolsa que había comprado sobre la mesa y sacó de ella un par de croissants, además de un vaso térmico de café, con su correspondiente tapa.

—¿Me equivoco si asumo que no has desayunado?

—Lucía…no tengo palabras. Gracias.

—Agradece menos y come más.

Luis desayunó, obligándose a comer con calma, pese a que hubiera querido devorar aquellos manjares. Lucía simplemente se sentó frente a él en la pequeña mesa de la cocina, contemplándolo. Esperó con paciencia que terminara su desayuno. Luego se recostó en la silla, sacó un diario de la cartera y lo colocó sobre la mesa. Lo primero que vio Luis fue su propio rostro en un retrato robot, bajo un

titular que rezaba: « ¿HA VISTO USTED A ESTE HOMBRE? ASESINO APUÑALA A UNA CHICA EN PENSIÓN DEL BARRIO PORTUARIO.»

Él cogió el periódico y comenzó a leer. Era una corta reseña en la cual se describía el crimen, además de invitar a la población a comunicarse con la Policía si veían al sujeto del retrato. El oficial a cargo del caso era el comisario Rubén Campos. La buena noticia era que aún no conocían su nombre. La mala era que su rostro debía ser el más reconocible del momento en toda la provincia.

—¿Quieres explicarme esto? —le preguntó ella, como si lo hubiera pillado haciendo grafitis en las paredes.

—Me gustaría, pero yo mismo no comprendo qué fue lo que ocurrió.

En pocas palabras, Luis le contó todo lo que recordaba de aquella extraña noche.

—Es evidente que alguien te ha puesto una trampa —concluyó Lucía cuando él terminó su historia.

—¿Entonces me crees?

—Por supuesto que te creo. Te conozco lo suficiente para saber que no matarías ni a una mosca, pero no es probable que la Policía sea tan comprensiva. Esta mañana en el telediario vi el retrato robot y se te parecía demasiado, pero no lo creí posible hasta que te vi con esa facha en la puerta de mi casa. Entonces comprobé que se trataba de ti.

—¿Alguien más lo vio? Quiero decir, tu padre, tu esposo.

—De Carlos te puedo dar fe. Lo vio junto conmigo. Incluso comentó que ese tío se parecía mucho a ti. Luego soltó una carcajada. Hasta a él le pareció absurda la idea. Con respecto a mi padre, no lo sé, pero no tardará en enterarse.

—Lo que no comprendo es por qué yo. No se me ocurre ningún enemigo que pudiera querer hacerme algo así.

—Tal vez el blanco no seas tú, sino la naviera.

—¿A qué te refieres?

—Tu caso no es el único relacionado con la empresa —dijo Lucía, mientras desplegaba el periódico para mostrar otra noticia.

Luis leyó: «UN MUERTO EN APARATOSO ACCIDENTE AUTOMOVILÍSTICO.» El artículo describía cómo un coche que se desplazaba a alta velocidad por la A3, la noche del 10 de mayo, la del día anterior, había caído desde el puente con el resultado de la muerte del conductor. Se presumía que la causa había sido un desperfecto en los frenos. El nombre del fallecido era Javier Zavala, el gerente de finanzas de la naviera. Su subalterno inmediato.

Manuel escuchó la molesta melodía del teléfono mientras desayunaba a más de tres mil kilómetros de distancia de España. Pese a que él mismo la había escogido, de eso hacía un par de meses, así

que ya le resultaba aburrida. Decidió que la cambiaría ese mismo día. Cuando vio quién lo llamaba se enderezó en la silla en un gesto inconsciente.

—Aquí Fonseca. Ordene, jefe.

—¿Recuerdas lo que hablamos la semana pasada?

—Sí, señor. Desde luego.

—Te lo confirmo. Necesitamos de tus servicios nuevamente.

—Usted perdone, jefe, pero pienso que fue un error. Había otras alternativas y...

—No te pago para pensar. Además, a ti te conviene, ¿no?

—Tengo que reconocer que usted tiene razón. Casi tengo convencida a una chica rubia. Estoy seguro de que la aprobará.

—Olvídalo. Queremos a la chiquilla, a Isabela. ¿No es así como se llama?

—Sí, señor, pero ¿tiene que ser ella? Quiero decir, tendría que recorrer más de doscientos kilómetros. Y esta joven, Tamara…

—¿Estás sordo? No me sirve otra. Quiero a la chica Ardelean.

—Sí, señor, pero debo advertirle que eso aumentará los costos.

—¿Por qué?

—En este momento me encuentro en Bucarest y tendría que desplazarme a Rod, que queda al menos a dos horas de distancia. Además, si no recuerdo mal, Isabela aún es menor de edad, por lo que sacarla del país resultará mucho más caro.

—¿Y por qué tendría que resultar más caro?

—Necesita permiso de sus padres para viajar. Habría que falsificarlos.

—No seas imbécil. Nada de falsificaciones. Ese tipo de flecos son los que pueden hacer que se deshilache todo el tejido. Tendrás que conseguir el permiso de los padres.

—Convencerlos no será fácil —advirtió Manuel.

—Te llegará un sobre a tu apartado postal. El contenido te proporcionará buenos argumentos para que acepten gustosos. Es más, estoy seguro de que te rogarán que te la lleves.

—Haré lo posible, pero no le puedo prometer nada. No sabe lo difícil que resultó con Bianca y eso que ya era adulta. El viejo Ardelean es muy sobreprotector.

—Por muy sobreprotector que sea, supongo que querrá lo mejor para sus hijas ¿No es así?

—Sí, claro, desde luego.

—Pues eso es lo que usaremos para convencerlo.

—¿Puedo saber por qué tiene que ser Isabela y no otra?

—Es una cuestión de mantener la disciplina.

El teléfono sonó en el despacho de Carlos Torrealba. Los

acontecimientos de la noche anterior lo tenían de los nervios. No le resultaba difícil adivinar quién lo llamaba.

—Aquí Torrealba.

—¡Eres un imbécil! —le espetó la voz de un hombre del otro lado de la línea— Un trabajo tan sencillo y lo has arruinado.

—"Critón" escucha, no fue mi culpa. ¿Cómo iba a suponer que el tío iba a ser capaz de escapar de la Policía? Si es un pardillo.

—Pues por lo visto es menos pardillo que tú, porque no cayó en la trampa. Sabes que tú responderás por este fallo ¿Verdad?

—Lo resolveré —prometió Carlos, mientras se secaba el sudor de la frente.

—Más te vale.

—No tiene adónde ir. Más temprano que tarde la Policía dará con él. De cualquier forma, tampoco se puede acercar a la oficina para reincorporarse a su trabajo. El problema más urgente está resuelto.

—¿Es que no lo ves, estúpido? Ahora es peor. La Policía lo estará buscando, meterá las narices en sus asuntos, preguntará todo acerca de él para conseguir una pista que les permita encontrarlo. Ya no será un particular quien se entrometa, sino peritos policiales.

—No lo harán si lo encuentran.

—Asegúrate que den con él antes de que sea un problema mayor. Ya conoces las consecuencias si no lo consigues.

Antes de que Carlos pudiera tranquilizar a su interlocutor, éste colgó el teléfono. Un sudor frío recorrió la espalda del vicepresidente ejecutivo de la naviera. Sabía de lo que era capaz el hombre que acababa de amenazarlo. Un golpe en la puerta le hizo dar un respingo.

—¡Adelante! —autorizó con voz malhumorada.

Al abrirse la puerta pudo ver la cara de pájaro de Mónica. Su secretaria era una mujer de mediana edad que había comenzado en la naviera cuando su suegro fundó "GEONS". Habían crecido juntas ella y la empresa, así que era probable que supiera más que nadie acerca de su funcionamiento, incluyendo al gran Vicente Narváez. Torrealba era administrativo, pero carecía de experiencia, así que cuando contrajo matrimonio con Lucía, después de conocerla en una regata, don Vicente decidió darle trabajo como vicepresidente ejecutivo con la esperanza de que aprendiera sobre la marcha, así que le asignó a su propia secretaria, Mónica Ojeda, para que lo asistiera. El problema era que Carlos tenía muy poco interés en aprender a ser un buen ejecutivo. Le iban más los coches deportivos de lujo, las regatas de vela, las fiestas que terminaban al amanecer y en general, la buena vida. De manera que bajo la mirada reprobatoria de Mónica, Carlos se limitaba a firmar lo que ella le ponía delante. Se preguntó con qué pijotada lo vendría a molestar ahora.

—Disculpe la intromisión, señor Torrealba. Supongo que sabe

acerca del lamentable accidente del señor Javier Zabala ayer noche. Me preguntaba si GEONS tendría algún detalle con la familia.

—¿Detalle?

—Sí. En estos casos sería pertinente enviar una corona al velorio a nombre de la empresa. Por supuesto que quienes conocimos al pobre Javier asistiremos al funeral, pero estaría bien visto que también acudiera alguien de la directiva. Por otro lado, no sé si desea que se le entregue algún tipo de compensación económica a la viuda. El señor Zabala dejó dos hijos pequeños.

—¿No ves que estoy muy ocupado, Mónica? —le gritó— Haz lo que quieras. Mándale las flores que te parezca. Después del horario de trabajo os podéis marchar todos al velorio, pero no contéis conmigo para acompañaros. Habla con Ignacio. Seguro que él está dispuesto.

—Le recuerdo que el señor Ignacio está de viaje.

—Entonces a su asistente. No lo sé, busca a alguien más, pero a mí no me molestes.

—Sí, señor —respondió Mónica con el ceño fruncido, mientras salía y cerraba la puerta. No le simpatizaba el yerno de don Vicente. Le parecía un incompetente y un trepa.

Cuando por fin la molesta secretaria desapareció de su vista, Carlos comenzó a preguntarse qué podría hacer. El eficiente Jefe de Administración y Gestión se había convertido en un dolor de cabeza del que había que deshacerse. Cuando él dio la voz de alarma había sugerido un accidente como solución, al igual que hicieron con Zabala, pero el jefe máximo, a quien llamaban "Critón" desechó esa solución. Si había una muerte sospechosa, la Policía investigaría y podría llegar hasta el asunto que querían mantener en secreto. Fue entonces cuando a Carlos se le ocurrió involucrarlo en un crimen. Era una idea brillante. Mantenía a Armengol lejos de la oficina en forma definitiva y no daba motivos a la Policía para meter sus narices en GEONS, pero algo salió mal. El capullo escapó. ¿Cómo? Tenía que encontrarlo y hacerlo rápido. Levantó el teléfono para marcar un número que se sabía de memoria.

—¿Espina? Soy Torrealba. ¡Menuda chapuza hicisteis anoche!

—Pero…

—No, escucha. La situación ahora es peor. Tenemos que resolverlo y pronto, antes de que la Policía se aparezca. Quiero que busquéis al maldito Armengol hasta debajo de las piedras y se lo entreguéis a la "pasma."

—¿Tiene que estar vivo?

—Sería mejor, pero creo que a estas alturas ya no es importante. Es un prófugo. Será más fácil justificar su muerte, porque ya lo consideran un sujeto violento. Ya sabes, defensa propia, o cualquier excusa que encuentres.

—Comprendido, señor. ¿Puede decirme algo que me ayude a encontrarlo?

—¿Algo? ¿Algo como qué?

—No lo sé. ¿Tiene familia? ¿Amigos? ¿Alguien que hubiera podido darle refugio?

—No tengo idea, pero haré averiguaciones. Te llamaré en cuanto sepa algo, pero comienza a moverte.

—A sus órdenes, jefe.

Después de llamar a la puerta de nuevo, volvió a asomarse la nariz de pájaro de Mónica. Esta vez ni siquiera se molestó en esperar a que la invitara a entrar.

—¿Qué quieres ahora? —le gritó Carlos, mientras colgaba el teléfono.

—Lo solicitan, señor. Es la Policía.

Lucía dejó a Luis en el cobertizo y se encaminó al centro de la ciudad. Tenía muchas tareas pendientes si quería ayudar a su amigo. Aún se preguntaba de qué iría todo eso y en qué clase de lío se estaría metiendo, pero si de algo estaba segura era de la inocencia de Armengol. Lo conocía desde que ambos eran unos chiquillos. Recordaba la ocasión en la cual ella y su amiga Natalia salían de un entrenamiento en el gimnasio. Ya había oscurecido y dos gamberros, perdidos de borrachos, las esperaron junto al coche de Natalia. Uno de ellos, navaja en mano, se acercó a Lucía amenazante, le dijo media docena de insultos humillantes y quiso manosearla. Fue cuando Luis salió corriendo del gimnasio blandiendo un tubo de considerable tamaño. Armengol era más ágil que musculoso, pero las horas de gimnasia no dejaban lugar a dudas acerca de la fuerza de sus brazos. El efecto fue tan aterrador que hasta Lucía se asustó. Y eso que venía en su defensa.

—Ya os estáis largando antes de que empiece a fracturar cráneos de hijos de puta —les gritó.

El que llevaba la navaja la recogió de inmediato y ambos pusieron pies en polvorosa. Cuando Lucía se acercó a Luis para darle las gracias observó que temblaba de pies a cabeza. Era la primera vez que ella lo veía confrontar o amenazar a alguien, o ya puestos, decir una mala palabra, o gritar. Y lo había hecho por ella. Y por Natalia, claro. Desde aquel día se sintió en deuda con Armengol, a quien nunca antes había mirado dos veces. Fue entonces cuando se hicieron los mejores amigos.

Lucía estaba segura de que si no hubiera aparecido Luis, aquellos tipejos las hubieran violado a ambas. Ahora tenía la oportunidad de devolverle el favor a su amigo y no la iba a desperdiciar. Haría todo lo que estuviera en su mano para mantener a

Armengol fuera de la cárcel, porque sabía que era inocente.

Se dirigió a la calle Colón, donde Natalia tenía su bufete. Aunque su amiga era madrugadora, Lucía había tomado la precaución de citarla lo más temprano posible. Antes de las nueve y media de la mañana, ya ambas mujeres se encontraban en el despacho de la licenciada Conde.

—¿Puedo ofrecerte un café? —le preguntó Natalia en cuanto la pasaron a su despacho— Pareces agitada, ¿qué ocurre?

—¿Has visto el telediario esta mañana?

—No tuve la oportunidad. ¿Por qué? ¿Ocurrió algo?

—¿Algo? Algo es poco. ¿Recuerdas a Luis Armengol?

—Por supuesto. Sería una ingrata si me hubiera olvidado de él después de lo que hizo por nosotras. Todavía hoy, Luis es mi héroe.

—Pues tu héroe está metido en un gran lío —le informó Lucía poniéndola al corriente de la situación en pocas palabras.

—¡Eso si es un marrón! —exclamó la licenciada, echándose atrás en el asiento— ¿Y qué vienes, a buscar consejo? Porque como abogada debo decirte que lo mejor que puede hacer es entregarse a la Policía y esperar que las investigaciones demuestren su inocencia —Lucía enarcó las cejas— Como amiga, sin embargo, eso sería lo último que le recomendaría. Está claro que alguien se ha tomado muchas molestias para incriminarlo, por lo que las pruebas probablemente lo hundan más.

—¿Qué harías tú en su lugar?

—Supongo que buscar evidencias que prueben mi inocencia antes de presentarme ante las autoridades.

—Muy bien, pero por dónde empezar.

—Lo primero será encontrarle un lugar más seguro. El cobertizo de la casa de tu hermano está bien, pero tarde o temprano él regresará de viaje, o tendrás que permitir la entrada al ejército de empleados que se necesita para mantener ese caserón. Además, en ese barrio si alguien es encontrado vistiendo algo menos valorado que un Armani, llamarán a la Policía por sospechar que se trata de un maleante.

—Exageras.

—Debes reconocer que es el barrio más pijo de toda Valencia. Ni tu padre lo soporta. Y es él quien tiene mayores méritos para vivir allí, si de guarismos en la chequera se trata.

—Tienes razón, yo tampoco soporto el ambiente, pero comprar ese chalet fue idea de Carlos.

—¿Ves? Ese cabeza hueca sí encaja allí.

—No empieces, Nati.

—Sabes que no lo soporto. Te lo dije el día que me lo presentaste. No sé cómo pudiste casarte con semejante…

—Es el padre de mi hijo, Natalia.

—Posiblemente lo único bueno que ha hecho en su vida.

—Mejor vamos a dejar el tema de Carlos aparcado, ¿quieres? He venido en busca de consejo para ayudar a Luis.

—Tenemos que buscarle otro escondite —afirmó Natalia.

—¿Tenemos?

—No creerás que voy a dejaros solos con este marrón. Escucha, sé que han pasado más de quince años desde la última vez que vi a Luis. También sé que aquel gesto heroico no lo hizo por mí, sino porque estaba coladito por ti.

—Eso no es cierto —protestó Lucía, sonrojándose—. Si hubieras estado sola también hubiera acudido en tu ayuda.

—Lo sé. Es por eso que no lo dejaré en la estacada.

—¿Nos ayudarás?

—Haré lo que esté en mi mano. Es más, tal vez tenga lo que necesitamos. Uno de mis clientes acaba de poner en alquiler el local de un negocio que heredó de su abuelo.

—¿Qué tipo de negocio?

—Un teatro de barrio.

—¿Es en serio?

—Al parecer, su abuelo era productor de teatro en los años cincuenta. Una sala pequeña, algunos camerinos, sala de atrezos, pero lo más importante, cuenta con una discreta puerta trasera que era la usada por los actores. ¡Un escondite perfecto! Si estás dispuesta a asumir el costo de la renta, puedo llamar a mi cliente para trasladar hoy mismo a Armengol.

—¿Dónde está ese teatro?

—En el barrio portuario.

—Fue allí donde ocurrió el crimen —advirtió Lucía.

—Por lo cual la Policía ya habrá peinado el lugar. Allí no lo buscarán.

—De acuerdo, me parece buena idea.

—Hay algo más que debemos tener en cuenta: tarde o temprano la Policía te relacionará con Armengol. No es un secreto que ambos formasteis parte del equipo español de gimnasia, así que les podría resultar sospechoso que alquilaras un local veinticuatro horas después de su fuga.

—¿Qué hacemos entonces?

—Dificultarles el trabajo, por supuesto. Además de encontrar una buena excusa.

—No te sigo.

—La Boutique —señaló Nati con una sonrisa de complicidad.

—¿Qué tiene que ver la Boutique con un viejo y cerrado teatro de ba…? ¡Claro, ya comprendo dónde quieres llegar! Sería una excusa perfecta. Puedo decir que quiero el pequeño teatro como una pasarela

exclusiva. ¿Y la coincidencia de fechas?

—No olvides lo de hacerle el trabajo más difícil a la Policía. Esto es lo que haremos: Crearé una sociedad limitada, en la cual ambas seremos socias. Haré el contrato de la sociedad con fecha de tres semanas atrás. Luego le diré a mi cliente que conseguí alquilar el local hace dos semanas. No te importa pagar algunos días de más ¿Verdad?

—Claro que no.

—Entonces ya está. Lo prepararé todo con fechas anticipadas por unos días y haré los trámites de registro hoy mismo. Si alguien pregunta, me retrasé porque estaba muy liada con otros casos, lo cual es cierto.

—¡Nati, eres genial!

—¿Cuándo regresa Nacho de viaje?

— Mañana por la noche, pero el jardinero y los asistentes están citados para mañana por la mañana. Debo permitirles la entrada y estar presente.

—Entonces debemos trasladar hoy mismo a Armengol. Toma, ésta es la dirección del teatro —le dijo, mientras escribía en un papel — Te enviaré un mensaje de texto en cuanto tenga las llaves. No seré muy explícita. Será algo así como «Tenemos pasarela.» Te esperaré en la puerta trasera.

—De acuerdo. Allí estaremos.

Encerrado en el pequeño cobertizo, Luis se devanaba los sesos acerca de la razón por la que había sido incriminado de aquella manera. Lucía creía que el objetivo no era él, sino la naviera, basándose en la muerte accidental de Javier la misma noche en la que comenzó su pesadilla. Tal vez tuviera razón, pero ¿por qué? ¿En qué podría perjudicar a la empresa la pérdida de dos de sus ejecutivos medios?

Sus reflexiones fueron interrumpidas por los sonidos que provenían de la puerta del garaje. Aún no esperaba a Lucía, quien le había dicho que estaría ocupada toda la mañana. ¿Habría adelantado su regreso? La respuesta la tuvo a los pocos segundos. El corazón comenzó a latirle con fuerza y la sangre se le heló en las venas cuando escuchó la voz de un hombre.

—Ya te dije que lo lamento. No es mi culpa que mi padre me necesite en la naviera. Además, solo hemos adelantado el regreso en veinticuatro horas.

—No se trata de eso —respondió una voz femenina en tono recriminatorio—. Tuvimos que cancelar todos los planes del último día. Los niños quedaron muy desilusionados porque esperaban disfrutar de otro día de playa y por si fuera poco, nos hiciste preparar

las maletas y salir de allí como si nos persiguiera el diablo. ¿No podías regresar tú solo para atender el llamado de tu padre y dejar que nosotros volviéramos mañana con calma?

—¿Qué caso tendría? ¿Qué importa un día más, o menos?

—Admítelo, Nacho, cuando se trata de tu padre te comportas como un chiquillo. Él dice "salta" y tú solo preguntas "¿qué tan alto?"

—Eres injusta, Iris. Es mi padre. Gracias a él dispongo de un cargo de confianza en la naviera que nos permite mantener este estilo de vida. ¿Crees que podrías vivir aquí de no ser por él? Lo lógico es que si me necesita porque ha perdido dos de sus ejecutivos principales en menos de veinticuatro horas, yo sea capaz de recortar un día mis vacaciones para atender su llamado.

Luis no escuchó la respuesta de la mujer de Ignacio. Continuaron discutiendo en su camino hacia la casa, pero sus voces ya estaban lejos de sus oídos. Respiró aliviado. Al menos no habían tenido la ocurrencia de revisar el cobertizo. Suponía que ninguno de ellos lo pisaba jamás. Esperaba que Lucía pudiera encontrar algún lugar alternativo, o él tendría que volver a la calle y apañárselas solo. Lo que estaba claro era que no podía permanecer en aquel lugar. Ya no era seguro.

A partir de ese momento se mantuvo atento a cualquier sonido proveniente del exterior, pero aun así regresó a sus reflexiones. Las palabras de Nacho acerca de la naviera le trajeron un recuerdo: Había ocurrido la tarde anterior. Mientras realizaba una auditoría detectó una anomalía. No era algo muy significativo, tal vez incluso careciera de importancia, pero gracias a su experiencia saltaron las alarmas en cuanto lo vio. Había un problema en una de las rutas, pero en las facturas no especificaba cuál, ni qué era lo que transportaban. Solo indicaba el código que le correspondía, la distancia de la ruta, el precio que se había pagado por el combustible y la cantidad utilizada. Lo que le había llamado la atención era lo último. Le parecía que era un consumo excesivo para la distancia que había recorrido el barco. Comenzó a sospechar que podría tratarse de un desfalco. Alguien relacionado con la naviera podía estar vendiendo el excedente o sobre facturándolo a expensas de la compañía.

Decidió averiguar cuál era la ruta comprometida. Entró en la red de la empresa, buscó las rutas, e introdujo el código. El ordenador le pidió una clave de acceso. Eso no era normal. Se trataba de una información abierta, no clasificada y debía estar disponible para cualquiera. Lo intentó varias veces, con el mismo resultado. Esto terminó de alertarlo, así que decidió notificarlo a sus jefes. Su superior inmediato era Carlos Torrealba, pero no se encontraba en su oficina como era costumbre. Mónica le comunicó que estaba reunido con don Vicente. Mucho mejor, así mataba dos pájaros de un tiro.

Antes de informar acerca de la irregularidad, Luis decidió hablar con Zabala. Tal vez estaba haciendo una tormenta en un vaso de agua y la diferencia en el consumo de combustible entraba dentro de los rangos aceptables. Su subalterno había sido segundo oficial en uno de los buques hasta que tuvo familia. A partir de entonces, su mujer le planteó un ultimátum. El mar o ellos. Javier solicitó una plaza administrativa y se quedó en tierra.

Luis encontró a Zabala en su despacho. Le habló de sus dudas. Después de llevar a cabo algunos cálculos, Javier estuvo de acuerdo con él.

—Tienes razón. El consumo es muy alto para la distancia que recorre el carguero. Además se repite en todos los viajes. Claro que siempre hay una variación que puede esperarse, pero este excedente es demasiado evidente para ser casual. Fíjate en esta otra ruta, recorre la misma distancia, pero necesita un 15% menos de combustible en promedio.

—¿Qué puede causar esa variación? —preguntó Luis.

—Podrían ser muchas cosas. Quiero decir, este dato por sí solo no significa que exista una irregularidad. Podría tratarse de una ruta que transitara contra fuertes corrientes, depende también de la velocidad que impriman a los motores, el peso de la carga... Tal vez haya algún desperfecto en las máquinas que ocasione que sean menos eficientes en el consumo de combustible. En realidad, pueden influir muchos factores. Dime cuál es la ruta, qué transportan esos barcos y te daré una respuesta más precisa.

—Ese es parte del problema. El acceso a la información está restringido. Me pide una contraseña.

—¿Es en serio? Si esa es una información que necesitamos para nuestro trabajo ¿cómo va a estar restringida?

—Pues lo está. Sin embargo, el código de esa ruta es el único que encontré bloqueado.

—Vamos a intentarlo —dijo Javier, mientras trataba de acceder desde su propio ordenador.

Tuvo el mismo resultado de Luis, es decir, ninguno.

—Pues sí es extraño. ¿Quién puede haber dado la orden de bloquearlo? ¿Ves? Esto sí lo hace sospechoso.

—Entonces, lo mejor será que notifique el hallazgo a los jefes.

—Voy contigo. Tengo curiosidad por saber de qué va este asunto.

Ambos hombres se encaminaron a la presidencia. La secretaria, Rosario, les advirtió que don Vicente estaba reunido con el señor Torrealba.

—Perfecto. Necesitamos hablar con los dos —afirmó Luis—. Es importante.

—Aguarden un momento —les pidió la mujer, mientras se encaminaba al despacho. Al cabo de pocos segundos regresó.

—Pueden pasar.

Luis y Javier entraron a la elegante oficina. Encontraron a don Vicente detrás del escritorio y a Torrealba sentado frente a él con la cabeza gacha y expresión malhumorada. Luis comprendió que la "importante reunión", no era sino uno de los muchos rapapolvos que don Vicente le echaba a su yerno por su falta de interés en la empresa.

—Adelante caballeros —los invitó el señor Narváez—. ¿Cuál es ese asunto tan importante que desean informarme?

Luis resumió en pocas palabras su descubrimiento.

—Pues yo no he ordenado restringir ninguno de los códigos —dijo don Vicente—. ¿Sabes tú algo de eso, Carlos?

—No, señor. Debe tratarse de algún error de informática. Supongo que si hablamos con los técnicos, se podrá solucionar el acceso a esa ruta. ¿Qué tan grande es el exceso de consumo?

—Un 15% aproximadamente —respondió Javier.

—Eso podría explicarse por muchas variaciones operativas —indicó Torrealba, bajo la mirada satisfecha de su suegro. Después de todo, parecía que algo sí había aprendido.

—Podría tener una explicación plausible, pero no podemos asegurarlo si no sabemos de qué ruta se trata —argumentó Luis.

—De acuerdo, hablaré con los técnicos de informática —prometió Carlos—. En cuanto tengamos acceso a la información, la revisaremos juntos.

—¿Entonces puedo confiar en que te harás cargo de este asunto? —preguntó Narváez a su yerno.

—Puede estar tranquilo, don Vicente. Yo personalmente me ocuparé de esto.

Aquello ocurrió la tarde que dio paso a la noche fatídica en la cual Zabala perdió la vida en un accidente de tráfico y Armengol fue incriminado en un asesinato. A Luis le pareció demasiada coincidencia. ¿Sería esa la causa de su actual desgracia? ¿Habría encontrado el indicio de una irregularidad que sus jefes preferían mantener oculta? Pero entonces, ¿por qué asesinar a Zabala, e incriminarlo a él? Si eran capaces de matar a sangre fría como todo indicaba, por qué dejarlo con vida. Luis se respondió a sí mismo. El accidente de un ejecutivo sería eso, un accidente, pero dos muertes accidentales el mismo día era demasiado. La Policía investigaría todo lo relacionado con las víctimas, incluyendo aquello en lo que hubieran estado trabajando en las últimas horas. Sin embargo, al incriminarlo como asesino, la Policía no estaría interesada en sus últimas actividades laborales, sino en detenerlo.

Luis suspiró. Tenía que averiguar cuál era la ruta escondida tras

el código y qué delito ocultaba esa información, porque ahora estaba seguro que debía ser algo mucho más grave que el robo de combustible a la naviera. En especial si comprometía a la plana mayor. De Torrealba no le sorprendía, pero ¿estaría don Vicente involucrado? Recordó su expresión de alivio cuando Carlos prometió hacerse cargo del problema y las implicaciones le causaron un escalofrío en la espalda.

Carlos salió de su oficina después de ajustarse la corbata y abrochar los botones de su chaqueta. La presencia era fundamental, en especial si quería impresionar a la Policía, dando la imagen de ser alguien importante. Se encaminó al despacho del Jefe de Administración, donde según Mónica se encontraban los investigadores. Se preguntó cómo habrían averiguado tan pronto la identidad del pardillo de Luis. Estaba seguro de que nadie dentro de la Organización se había ido de la lengua. Lo último que necesitaban era a la «pasma» metiendo las narices en sus asuntos, o en los de Armengol.

Cuando entró a la oficina se encontró con media docena de sujetos atareados en diversos procedimientos. Mientras uno manchaba las superficies con un polvillo negro, otro ojeaba documentos y un tercero desconectaba el ordenador. En ese preciso momento llegó un cincuentón corpulento con entradas pronunciadas y anteojos de montura de pasta. Ceferino, el empleado de limpieza, contemplaba el espectáculo en silencio con expresión de desaliento. Carlos se dirigió a él.

—Ceferino, por favor ocúpese de otra área —Luego se encaró al sujeto de los anteojos.

—¿Qué significa esto? —le preguntó con voz autoritaria.

—¿Quién es usted? —quiso saber el policía.

—Soy Carlos Torrealba, vicepresidente ejecutivo de esta empresa. Creo que debería ser usted quien respondiera esa pregunta.

—Mis disculpas por la intrusión. Soy el comisario Rubén Campos y estos hombres son mis subalternos. Estamos aquí por orden del juez —informó, mientras sacaba un papel del bolsillo interno de la chaqueta para entregárselo a Carlos—. El señor Luis Armengol ha sido señalado como sospechoso de un crimen cometido anoche y se ha dado a la fuga. Está en busca y captura. ¿Lo ha visto usted?

—¿Luis? Debe tratarse de un error. El señor Armengol es de nuestra entera confianza y…

—Tenemos pruebas —le cortó el comisario—. Dígame, ¿cuándo fue la última vez que lo vio?

—Ayer… Ayer por la tarde. Estuvimos en una reunión con mi suegro, el presidente de la naviera.

—¿De qué se habló en esa reunión?

—Nada importante, asuntos operativos. Puede confirmarlo con mi suegro.

—¿Por qué? ¿Hay alguna razón por la que deba desconfiar de la palabra de usted?

—Por supuesto que no.

—Bien —dijo Campos, mientras observaba con cuidado al ejecutivo. Le pareció demasiado nervioso—. ¿Quién más estuvo presente en esa reunión?

—Mi suegro, el señor Armengol, su ayudante y yo.

—¿Quién es su ayudante? ¿Está aquí? ¿Puedo hablar con él?

—Por desgracia, sufrió un accidente de coche anoche. Falleció.

—¡Vaya! Pues qué lamentable. Por lo visto, no fue una reunión muy afortunada.

—La reunión no tuvo nada que ver.

—Claro. ¿Puedo hablar con su suegro, señor Torrealba?

—¿Por qué?

—Porque estoy tratando de encontrar a un presunto asesino.

—Sí, claro, comisario. Disculpe, es que todo esto es desconcertante.

—Me hago cargo. ¿Y bien? ¿Me lleva con el señor Narváez?

—¿Cómo sabe el nombre de mi suegro?

—Soy un policía experimentado, señor Torrealba. No creerá que haya venido hasta aquí sin saber con quiénes me iba a encontrar.

—Sí, desde luego —respondió Carlos, sintiéndose como un tonto. Debía tener cuidado con ese policía, porque parecía muy listo —. Me temo que mi suegro no se encuentra en este momento. Suele llegar un poco más tarde, pero creo que hoy debía reunirse con sus abogados, así que no estoy seguro de que venga.

—¡Vaya! Pues qué contratiempo. De cualquier forma, nos llevaremos el ordenador de Luis Armengol para que lo examinen nuestros peritos.

—¿El ordenador? Creía que había apuñalado a una chica, ¿para qué puede servirle a la Policía su ordenador?

—Y yo creí que usted no sabía nada del crimen del que se le acusa al señor Armengol —comentó el policía, mirando a Carlos con renovado interés.

—No lo sabía, es que esta mañana vi el retrato robot en el telediario, se me pareció mucho a Luis, aunque no di crédito a mis ojos. He atado cabos, es todo —argumentó Torrealba, mientras se enjugaba el sudor de la frente—. Puede preguntárselo a mi mujer.

—Por lo visto, usted insiste en proporcionarnos testigos para todo lo que afirma con relación a este caso. ¿Puede decirme por qué está tan nervioso, señor Torrealba?

—¿Nervioso? Yo no estoy nervioso. Disgustado, tal vez. Hoy ha sido un día terrible con esto y la muerte accidental de Javier.

—¿El asistente de Armengol?

—Sí —confirmó Carlos, arrepentido de haber mencionado a Zabala, recordándoselo al puntilloso policía.

—¿No le parece curioso?

—¿Qué?

—Que la misma noche uno de sus empleados cometa un crimen y otro muera en un accidente.

—¿Por qué… Por qué cree que es curioso?

—Porque ambos hechos son muy extraños. Que ocurran al mismo tiempo da que pensar.

—No… No sé a qué se refiere, comisario.

—Que es demasiada coincidencia. Dígame, señor Torrealba, ¿desde cuándo conoce al señor Armengol?

—Desde… Desde hace un par de años, cuando me casé y vine a Valencia para trabajar con mi suegro.

—Ya veo. Y ¿cuál era la relación entre ustedes?

—Solo laboral, por supuesto.

—Por supuesto —confirmó el policía, tomando nota en una libreta—, pero ¿se llevaban bien?, ¿tenían discusiones?, ¿eran amigos?

—Manteníamos una relación de respeto mutuo. Yo era su jefe y él mi subalterno. Nada más.

—¿Sabe de alguien que pueda haber podido ayudar al señor Armengol después de su fuga de anoche? No es común que no hayamos podido dar con él todavía. Alguien le debe estar prestando apoyo.

—Lo siento, no sé quiénes pueden ser sus amigos. Pero dígame algo, comisario. ¿Cómo han podido identificar tan rápido a Luis?

—Recibimos una llamada de su ex esposa, Almudena Prieto. Reconoció el retrato robot.

Manuel llegó a Rod poco después de la hora del almuerzo. Se había demorado porque tuvo que pasar por su buzón para recoger el sobre que le envió Sileno. Comprendió que su jefe no había perdido el tiempo, pues el matasellos tenía fecha de un par de días atrás, cuando aún no habían ejecutado el plan. Manuel sintió un escalofrío en la espalda ante la sangre fría del hombre para el cual trabajaba.

En cuanto lo tuvo en las manos revisó el contenido del sobre. En él había fotos de Bianca sonriendo, en alguna sola, en otras, acompañada por dos muchachas que parecían españolas. Posaban en diferentes lugares de la ciudad de Valencia. A Manuel no le sorprendió. Eran los detalles que le habían permitido a Sileno llevar a buen puerto el negocio. De hecho, una de las tareas del propio Manuel

era mantener una correspondencia con las familias de las chicas, a través de un móvil destinado a ello. De vez en cuando les enviaba fotografías, notas, felicitaciones en las fechas señaladas, todo a través de programas de chateo. Lo único que no podía simular eran las conversaciones telefónicas, pero de eso se encargaba Sileno. Cada seis semanas aproximadamente, la familia de cada chica recibía una llamada desde un número oculto para hablar con la joven en cuestión, quien por su propio bien colaboraba en mantener la charada. Hasta el momento nadie había sospechado.

Además de las fotografías de una Bianca "feliz" posando en zonas turísticas de la ciudad, Sileno había incluido mil euros. Toda una fortuna en Rumanía. Pero lo más astuto y desalmado era la nota. Se trataba de una carta manuscrita donde Bianca invitaba a Isabela a reunirse con ella en España. Le prometía ayudarla a continuar sus estudios y le decía que ya le había encontrado empleo a medio tiempo como dependiente en una tienda por departamentos. La animaba diciéndole que de esa forma podrían ayudar a sus padres enviándoles remesas con mayor frecuencia. Manuel se preguntó si la carta habría sido escrita por la propia Bianca bajo coacción, o si se trataría de una falsificación. En cualquier caso, sería su mejor baza a la hora de vencer la resistencia del viejo Ardelean.

El pueblo no había cambiado nada desde que lo visitó con Bianca, el fin de semana que lo invitó para que lo conocieran sus padres. De eso ya hacía tres años. La joven lo había presentado como su novio, algo de lo que ella en aquel momento estaba convencida, así que los Ardelean no tendrían motivo para sospechar de él, ni de su visita. Esa misma mañana, después de hablar con Sileno, Manuel había enviado un mensaje a Isabela como si fuera Bianca, para decirle que "su esposo" se encontraba en Bucarest por motivos de trabajo y que aprovecharía para pasar por Rod y llevarles un encargo de su parte. La respuesta de felicidad de Isabela ante la visita no se hizo esperar. Era una suerte que los Ardelean de mayor edad no se sintieran cómodos con la tecnología, pues así podía mantener la comunicación con la joven, quien era más receptiva a sus mentiras.

Llamó a la puerta de la vieja casa rural y le abrió una entusiasta jovencita que apenas contaba dieciséis años. Tenía el cabello como la miel y los ojos del mismo color, en contraste con su hermana que era morena. Manuel reconoció que era más bella que la propia Bianca.

—Manuel. "Benvenido" —dijo, en un español con marcado acento. Isabela estaba entusiasmada con la idea de marcharse a España desde que Bianca se fue, así que a la primera oportunidad se había inscrito en clases de español.

—Hola Isabela. Me alegra verte. Bianca os envía todo su cariño.

—Pasa, pasa.

—¿Están tus padres? Solo he venido a traeros este sobre y esperar la respuesta.

—Adentro. Están…Adentro —reiteró, cogiéndolo por el brazo y halando de él para introducirlo en la casa.

Al cabo de pocos minutos, Manuel se encontraba tomando una limonada fría, mientras los Ardelean se esforzaban en contener las lágrimas al revisar el contenido del sobre.

—No lo sé —dijo Costel después de leer la nota—. Isabela es aún muy joven.

—Es cierto —argumentó Manuel—, pero no estará sola. Su hermana y yo cuidaremos de ella. Usted sabe que allí tendrá mejores oportunidades.

—Aquí también tiene oportunidades. Esta es su casa. Es su tierra —insistió el padre con terquedad—. ¿Dónde podría estar mejor?

—¿No está Bianca mejor? Perdone, señor Ardelean, pero creo que debe pensarlo bien. Es una oportunidad única para Isabela. Seamos honestos. No hay mucho que hacer en este pueblo. Y no se ofenda.

—No me ofendo, pero ya hablamos con su tía, la hermana de mi esposa que vive en Constanza. Ella está dispuesta a recibirla hasta que termine sus estudios y pueda conseguir un trabajo.

—Constanza es una hermosa ciudad —aceptó el invitado—, pero debe reconocer que no puede compararse con las oportunidades que una chica como Isabela tendría en España. Además, allí ya dispone de un empleo. Bianca se ha encargado de ello. Y podría seguir estudiando.

—No lo sé. Bianca está muy lejos. Hace casi tres años que no la vemos. Desde Constanza, Isabela podría venir con más frecuencia para visitarnos.

—Perdóneme señor Ardelean, pero ¿no es eso un poco egoísta de su parte? Estaría coartando el futuro de su hija por no dejar de verla.

Costel lanzó una mirada furiosa a su "yerno", pero en el fondo le dio la razón.

—¿Qué opinas tú, Ionela? —le preguntó a su esposa.

La mujer suspiró. Se debatía en sentimientos contradictorios. Por un lado, quería que Isabela fuera feliz y tuviera las mismas oportunidades de progresar que su hermana. Por otro lado, le rompía su corazón de madre pensar que pasarían años antes de que pudiera volver a verla.

—Creo que debemos escuchar lo que Isabela tiene que decir de todo esto. Después de todo, es su vida. Y ya tiene dieciséis años.

—Es una niña —argumentó el padre.

—A los dieciséis años, yo ya me estaba casando contigo y no

era menos niña que ella. Dinos hija, ¿quieres irte a vivir con tu hermana?

—Sí, sí, sí. Claro que quiero —respondió Isabela emocionada—, estoy soñando con marcharme desde que Bianca se fue. Por eso he estado estudiando español.

—¿Cuándo se iría? —preguntó Costel.

—Tendría que venir conmigo hoy mismo hasta Bucarest.

—¿Hoy? Pero si ni siquiera tiene pasaporte.

—Podemos tramitarlo en Bucarest, donde permaneceríamos un par de días hasta que tengamos todos los documentos para el viaje. Yo me haré cargo de todo.

—¿Qué pasa con la escuela?

—El período escolar casi termina, padre. He tenido las mejores calificaciones durante todo el año. Estoy segura de que si hablo con mis maestros y el director, podrán promediarlas para permitirme concluir el año sin presentar los últimos exámenes. Es por una buena causa.

—Pareces muy decidida —se lamentó Ionela.

—Es lo que siempre he querido. Papá, mamá, por favor.

—Muy bien. Si es lo que quieres, no seré yo quien me interponga en tu futuro. Puedes marcharte con Manuel, después de todo, es el esposo de tu hermana. Es de la familia.

Lucía detuvo el coche en el callejón que daba a la parte trasera del teatro. Recoger a Luis en la casa de su hermano resultó un poco más complicado de lo que esperaba. Cuando lo llevó a ese refugio no se le ocurrió pensar que Nacho pudiera adelantar su regreso, pero ahora que lo meditaba con calma le parecía lógico. Su padre lo había mandado llamar porque lo necesitaba después de las bajas que había sufrido la naviera en su personal ejecutivo. Era una suerte que la casa de Nacho estuviera tan alejada del garaje. Lucía usó el mando a distancia que el propio Ignacio le había proporcionado. Dejó el coche abierto y al pasar junto al cobertizo hizo una señal que podía ser vista desde el interior con la puerta entreabierta. Como imaginó, su amigo se mantenía alerta desde la llegada de los dueños de la casa. Lucía se encaminó hacia la casona. Haber entrado y salido sin saludar podría despertar sospechas. Mientras ella entretenía a su cuñada, Luis se escabulló hacia el coche y se ocultó agachado en la parte posterior, igual que aquella misma mañana. Luego solo tuvo que esperar que Lucía regresara de su breve visita y se lo llevara dentro del coche. Durante el trayecto, Lucía le explicó en pocas palabras acerca del nuevo escondite hacia el cual se dirigían. En cuanto Natalia la vio llegar se apresuró a abrir la puerta. Después de asegurarse que la calle estaba desierta y que no había vecinos asomados a las ventanas,

Lucía hizo un gesto afirmativo con la cabeza. Luis, que aún se mantenía agachado detrás del asiento del conductor, abrió la puerta y dio una corta carrera hasta el lugar donde lo esperaba Natalia. Entró al teatro y se mantuvo en las sombras. Nati dejó la puerta abierta para dar la bienvenida a su amiga. Una vecina se asomó para sacudir una sábana por la ventana, pero solo vio a las dos jóvenes saludándose junto a la entrada trasera del teatro.

Lucía entró y Natalia cerró la puerta detrás de ella.

—Hola Luis, me alegra verte —lo saludó Nati.

—A mí también, aunque me gustaría que fuera en otras circunstancias.

—Tenías razón con respecto a este lugar, Natalia —intervino Lucía—. ¡Es perfecto!

—Pienso que aquí estarás cómodo. Además, no creo que nadie descubra dónde te escondes.

—Me preocupa que sospechen que vosotras me estáis ayudando —reconoció Armengol—. No quiero que tengáis problemas por mi culpa.

—No te preocupes por eso. Primero tendrían que relacionar tu retrato robot con tu identidad. Y eso no es tan fácil.

—¿Quieres decir que tal vez aún no sepan quién soy?

—Si tenemos suerte, la Policía tardará un tiempo en identificarte. Luego tendrían que relacionarte con Lucía. Vuestra amistad se había enfriado. ¿No es así?

—Digamos que entró en una pausa —reconoció Lucía—, aunque nunca comprendí por qué.

—Cuando regresaste estabas casada y yo era empleado de tu padre —explicó Armengol—. Haber tratado de reanudar nuestra vieja amistad podría haber traído malentendidos.

—Hay que ver que eres antiguo… —dijo Lucía.

—Y pardillo —refrendó Natalia—. En cualquier caso, ese distanciamiento ahora nos viene bien. Lo más probable es que la mayoría de los que os rodean hayan olvidado vuestra amistad, o no tengan noticias de ella. De cualquier forma, Lucía y yo hemos tomado precauciones a la hora de alquilar este local para que no lo relacionen con tu huida.

—¿Funcionará? —quiso saber Luis.

—No lo sé, pero de momento no hay otro lugar más seguro.

—Gracias. No sabéis cuánto os agradezco lo que habéis hecho por mí.

—«Quid pro quo» —respondió Natalia. Luis puso cara de desconcierto—. «Una cosa por otra». Tú saliste en nuestra defensa aquella noche en el gimnasio.

—Aquello no fue nada. Cualquiera en mi lugar hubiera hecho

lo mismo.

—No fue cualquiera, fuiste tú. Ese día, a Lucía y a mí nos ahorraste ser víctimas de un estupro. Eso es algo que no se olvida, Luis.

—De cualquier forma, creo que ya habéis hecho suficiente por mí. Lo mejor es que os vayáis y no os acerquéis más por aquí.

—¿Ah sí? ¿Y cómo pretendes alimentarte, genio? ¿Irás al ultramarino de la esquina y harás la compra?

—No, eh… —Luis calló. Comenzaba a ser consciente de lo precaria que era su situación. Tendría que seguir dependiendo de sus amigas—. Supongo que tienes razón.

—Te mostraré el lugar para que te vayas familiarizando con él.

Natalia lo guio en un recorrido por el pequeño teatro. Luis se alegró de que hubieran escogido aquel lugar. En la sala de atrezos había toda clase de ropa de utilería, e incluso maquillaje de teatro. Eso tal vez podría ser útil. Sin embargo, lo que más llamó su atención fue una motocicleta arrumbada en el fondo del depósito. Se acercó y la miró con detenimiento.

—¿Funciona? —le preguntó a Nati.

—No tengo la menor idea.

—¿A quién pertenece?

—Por lo antigua, supongo que al dueño original del teatro, el abuelo de mi cliente.

—¿Se puede usar?

—¿Estás hablando en serio? —le preguntó Lucía—. ¿Es que tienes intenciones de darte un paseo por el barrio?

—No puedo quedarme encerrado mientras espero que la Policía llegue hasta aquí…—Natalia tuvo intenciones de protestar, pero él levantó la mano para impedírselo—. Sé que habéis hecho todo lo posible para retrasar ese momento, pero sabes bien, Nati, que tarde o temprano me encontrarán. Mi única esperanza de no terminar en prisión es averiguar quién mató a esa chica y por qué. También necesito saber la razón por la que se tomaron tantas molestias para incriminarme. Si quiero moverme, esta motocicleta es el vehículo ideal. Siempre que funcione, claro.

—Le preguntaré a mi cliente y averiguaré su situación legal. Tampoco es cuestión de que te pillen porque conduzcas una motocicleta robada, o algo así.

—¿Tienes alguna idea de quién puede haber querido incriminarte, o por qué? —le preguntó Lucía.

Luis se contuvo. ¿Cómo decirle a su amiga que sospechaba que su esposo y tal vez su padre eran quienes estaban detrás de todo aquello?

—No, aún no lo sé, pero hay algo en lo que tienes razón, tal vez

el blanco no sea yo, sino la naviera.

—¿Quieres que hable con mi padre? Tal vez podría ayudarnos.

—No creo que sea buena idea involucrarlo —discrepó Luis—. Recuerda que en este momento soy un prófugo de la justicia, y él es un hombre con una imagen pública que cuidar.

Por suerte, Lucía asintió.

—¿Qué hacemos entonces? —preguntó Natalia.

—Os agradezco vuestra ayuda, pero sospecho que esto es algo muy peligroso y debo hacerlo yo solo.

—¡Ya habló Supermán! —se quejó Natalia—. A ver si te enteras, cabezota, que necesitas ayuda.

—Lo que necesito es un informático —reconoció Luis, mientras se dejaba caer en una silla con desaliento.

—¿Para qué quieres un informático?

—La tarde antes de la trampa encontré un fallo sospechoso en una de las rutas. Es la única razón que se me ocurre que puede haber ocasionado que terminara en medio de toda esta locura. Si alguien no quería que continuara investigando…

—¿Qué clase de fallo encontraste? —preguntó Lucía.

—Un consumo de combustible excesivo para la distancia de la ruta.

—¿Y eso qué significa?

—No lo sé. Tal vez alguien está desfalcando a la naviera y no querían que yo lo averiguara —explicó Luis, aunque ya estaba seguro de que el asunto debía ser mucho más grave.

—¿Se lo contaste a alguien?

—A Zabala.

—Y Zabala murió en un accidente.

—Precisamente.

—¿Estás insinuando que quien te puso esa trampa también mató a Zabala? —preguntó Lucía, sintiendo un escalofrío en la espalda.

—¿Por qué no? Quien haya sido asesinó a sangre fría a una chica inocente, solo para incriminarme.

—Sí, tienes razón.

—¿Lo hablaste con alguien más? —intervino Natalia, comprendiendo que Luis no les estaba diciendo todo.

—Eh…sí.

—¿Con quién? —quiso saber Lucía.

—Con Carlos. Con tu esposo.

—¿Qué quieres del informático? —preguntó Natalia, mientras le daba tiempo a Lucía a recuperarse del impacto, por lo que sugería Luis.

—Descargué una copia del documento que compromete la ruta

en el teléfono móvil. Allí están todos los datos. Un informático podría ayudarme a entrar en la red de la naviera para identificar cuál es la ruta y los barcos involucrados.

—Tú no necesitas un informático. Lo que quieres es un Hacker.

—Es justo lo que necesito.

—Te lo tengo —declaró Natalia con una sonrisa.

Aquella misma tarde, el comisario Campos entró en el laboratorio de dactiloscopia. Sandoval lo recibió con su expresión de enfado de siempre. Rubén sabía que era un poco cascarrabias, pero muy competente en su trabajo.

—Hola Juan. ¿Tienes algo para mí?

—Vosotros los detectives siempre con vuestras prisas —protestó el técnico—. ¿Qué os creéis? ¿Qué cada caso que me traéis es el único? Joder, si acabo de recibir el material hace apenas dos horas.

—Sé que tienes mucho trabajo, pero yo tengo al asesino de una chica suelto por la ciudad y para identificarlo solo cuento con un retrato robot y la palabra de una ex esposa cabreada. Necesito algo más preciso para llamar a la cacería y soltar a los sabuesos en busca de ese malnacido.

—¿Sabes cuántos casos tengo antes del tuyo?

—¿Cuántos son de homicidios a sangre fría con el sospechoso en fuga?

Sandoval lo miró fijamente, más cabreado aún porque no encontró argumento para refutarle.

—Está bien. Espera un momento.

El perito preparó el material para cotejar las huellas encontradas en el cuchillo con el que mataron a la chica y las que obtuvieron del escritorio de Armengol. Hizo la comparativa.

—Es positivo —concluyó—. Ambos juegos de huellas pertenecen al mismo individuo. Tu asesino es Luis Armengol. Aunque…

—¿Qué?

—Nada. Me estoy volviendo viejo y quisquilloso.

—Juan, nos conocemos desde hace treinta años. Yo también soy viejo y quisquilloso. Dime lo que ha llamado tu atención.

—Este sujeto cogió el cuchillo de una forma extraña.

—¿A qué te refieres?

—Te lo mostraré. ¿Quieres coger este lápiz como si fueras a apuñalar a alguien con él?

Campos obedeció. Empuñó el lápiz sujetando la punta hacia arriba.

—Muy bien. ¿Qué quieres mostrarme? La herida tenía una trayectoria ascendente, de manera que Armengol debió sujetar el

cuchillo así, con la punta hacia arriba.

—Pues no fue así como lo cogió. Eso es lo extraño.

—¿Lo sujetó con la punta hacia abajo? No es posible. El ángulo de entrada de la herida…Sería imposible apuñalar a una persona y causarle una herida como la que tenía la chica, sujetando el cuchillo con la punta hacia abajo.

—Pues te lo voy a poner peor. Tampoco lo sujetó de esa forma —Rubén frunció el ceño con desconcierto—. Te lo explico: Si agarras un cuchillo con la intención de emplear la fuerza con él, lo puedes coger de la forma en que tú lo has hecho, pero en ese caso una parte de la palma dejaría su impronta, además de la que quedaría de los pulpejos de los dedos.

—¿Y no dejó marcas de la palma?

—Ahí está lo extraño. El arma con la que mataron a la chica no tiene huellas de palma. Ni de Armengol, ni de nadie. Solo de los pulpejos de sus dedos. Esas sí son claras y están completas. Un juego de huellas precioso, todo hay que decirlo.

—Pero entonces…

—Tu asesino tuvo que coger el cuchillo con las puntas de los dedos. ¿La herida fue profunda? ¿Requirió mucha fuerza?

—Sí.

—Entonces no lo comprendo. Este cuchillo fue sujetado como si se tratara de un bisturí. ¿Es un sujeto fuerte?

—Fue gimnasta con categoría olímpica en su adolescencia y entrena con frecuencia. No es un tío musculoso, pero tiene una fuerza considerable en los brazos.

—Aun así, parece poco probable que sosteniendo el arma con la punta de los dedos haya podido infligir una herida profunda y mortal. ¿Tenía la chica otras heridas? Me refiero a cortes superficiales.

—No, la asesinó con una única herida profunda que entró por debajo de las costillas y alcanzó el corazón.

—Es necesario emplear mucha fuerza para infligir una herida como esa. Imposible si coges el cuchillo de la forma en que Armengol lo hizo.

—A menos…

—¿A menos qué? —preguntó Sandoval con curiosidad. El caso comenzaba a interesarle, por el reto intelectual que representaba.

—A menos que alguien más haya apuñalado a la chica, limpiado la empuñadura del cuchillo y luego presionado los dedos de Armengol sobre el arma para incriminarlo. ¿Es plausible esa explicación?

—¿De acuerdo a la posición de las huellas? Lo explicaría todo.

—En ese caso, no solo tengo un asesino suelto por la ciudad, Juan, sino que ni siquiera tengo idea de quién se trata. Ahora más que

nunca tengo que encontrar a Armengol.

—¿Por qué? ¿No estás considerando que el asesino pueda ser otra persona?

—Estoy abriendo mi mente a esa opción, pero todos los indicios siguen apuntando al mismo sospechoso. Solo un juez podría absolverlo. Mi trabajo como policía es atraparlo. Además, si alguien se ha tomado tantas molestias para incriminarlo de esa forma, si no lo detenemos, la vida del señor Armengol corre un serio peligro. En especial si llega a saberse que tenemos dudas sobre su culpabilidad. ¿Me harías un favor?

—Tú dirás.

—Me llevaré el informe y lo estudiaré con calma, pero no le digas a nadie más sobre nuestras dudas. Si estás en lo cierto, alguien se ha tomado muchas molestias para incriminar al sospechoso y si se ve descubierto podría atentar contra él.

—Descuida, no diré nada sobre este asunto hasta que tenga que declarar ante un juez.

A más de cinco mil kilómetros de distancia, Mahra se estremeció dentro de su nikab, pese a que la habitación donde se encontraba era cálida. Los acontecimientos recientes todavía agitaban los latidos de su corazón. Todo había comenzado tres días atrás, en Al Hudayda. La noche había sido particularmente hermosa, con una luna que invadía el cielo, escoltada por docenas de estrellas. Las noches así, Mahra se complacía en escapar de los aposentos de su esposo y junto con Rasha, su compañera de infortunios, se iban a la costa para corretear en la arena y meter los pies en el agua fría del mar.

Aquellas aventuras eran su único consuelo. Un suspiro de libertad en medio de una vida de sumisión que ninguna de ellas comprendía, pero que todos repetían que era su destino. Mahra tenía catorce años, pero su padre la había casado a los diez con un hombre que superaba los cuarenta y cinco. La situación de Rasha era similar, aunque su amiga había cumplido los dieciséis años dos meses atrás. Cuando Mahra llegó a Al Hudayda después de su matrimonio forzado, pasó las primeras noches llorando. Fue Rasha quien la ayudó a aliviar su tristeza. Trataba de consolarla diciéndole que ese era el lugar que debían ocupar las mujeres, que lo mejor que podían hacer era resignarse a su suerte. Al menos su marido era un comerciante rico, así que no pasaban hambre pese a la cruel guerra que las rodeaba. El padre de Mahra había sido un hombre, si no acaudalado, sí con una posición cómoda, pero la guerra lo había arruinado, mientras que a Isam, su esposo, el conflicto armado parecía enriquecerlo cada día más.

En sus conversaciones con Rasha, Mahra agradecía el consuelo

que su amiga hacía lo posible por prodigarle, pero no compartía su resignación. Asentía sin embargo a todo lo que le decía. A cambio, Rasha aceptaba acompañarla en sus paseos furtivos. En sus ratos libres, Mahra soñaba con escapar, pedir el divorcio y vivir sin esposo. Pero eran sueños imposibles hasta aquella noche.

Salieron por la puerta del patio de atrás. Yamama, la hermana de su marido, quien se hacía cargo del harén, siempre olvidaba cerrarla. Las dos chicas se escudaron en las sombras y corrieron hacia la playa en la oscuridad. Si alguien las veía, las detendrían y llevarían a su casa, donde Isam las castigaría, así que eran muy cautelosas en su paseo. Cruzaron la carretera y subieron la pequeña cuesta de tierra que precedía el descenso hasta la playa. Sin embargo, cuando alcanzaron el punto más alto, ambas jóvenes se detuvieron en seco y se ocultaron tras unos matorrales. Anclado cerca del puerto de Al Hudayda, había un carguero, del cual un grupo de hombres vestidos con uniforme militar, descargaba grandes sacos con celeridad.

—¡Vámonos, Mahra! Es peligroso que nos quedemos aquí.

—Espera, quiero ver.

Rasha no dijo nada, pero era evidente que no quería estar allí. Mahra contemplaba la escena fascinada, mientras se preguntaba qué era lo que en realidad estaban presenciando.

Al cabo de un par de minutos, Rasha insistió.

—Te digo que debemos irnos. Si Isam se entera de que nos hemos quedado aquí fisgoneando, nos golpeará.

—¿Y cómo se iba a enterar? —preguntó Mahra—. Si nos cree durmiendo en nuestras habitaciones.

Rasha se mordió el labio inferior y se ruborizó por toda respuesta. Mahra la contempló y comenzó a comprender.

—¡Él sabe que venimos aquí!¿Verdad? ¡Me has traicionado!

—Hace dos meses, Yamama nos vio salir y nos siguió porque creyó que nos veríamos con otro hombre. Al darse cuenta que solo era un paseo no hizo nada contra nosotras, pero se lo contó a Isam. Él acudió a mis aposentos. Fue horrible. Lo siento, Mahra. Me hizo jurar que no te diría nada. Debía acompañarte y cuidar que no escaparas, ni te metieras en líos.

—Así que venías conmigo para espiarme.

—No tuve alternativa, Mahra. Compréndeme. Ahora, por favor vámonos.

—No. Regresa tú si quieres. Yo voy a averiguar qué pasa aquí —dijo Mahra con firmeza, centrando su atención en el barco y lo que ocurría en la playa.

Al parecer, los soldados habían terminado su tarea. Dos de ellos se reunieron alrededor de algunos de los sacos y con una navaja rajaron uno de ellos. El contenido, que parecía tierra, o estiércol, se

derramó en la arena. Del interior salieron fusiles.

Mahra abrió los ojos con sorpresa, ignorando el parloteo de Rasha que seguía tratando de convencerla de que debían volver. Una idea comenzó a rondar la cabeza de la niña. Una idea que tenía olor a oportunidad. Se fijó en los detalles: los uniformes de los soldados eran rebeldes, la descarga se había hecho de noche, en una playa cercana al puerto y con una actitud furtiva. Los jefes de los soldados discutían con los marinos del buque. Luego una maleta de mano fue entregada al capitán del carguero. Mahra comprendió que estaba presenciando un acto ilegal. Miró en dirección al barco. Desde donde estaba solo podía ver con claridad la bandera. Tres franjas: roja, amarilla y roja. La recordaba de los días en los que recibió instrucción en la casa de su padre, porque aquella bandera en particular le había gustado mucho por sus colores vivos y alegres. De inmediato supo que era el pabellón español.

Mahra comprendió que lo que acababa de averiguar era muy importante y podría tener mucho valor. El valor de la libertad. Trató de vislumbrar el nombre del barco en la oscuridad, pero no era fácil pese a su buena vista. Solo pudo identificar la primera y la última letra. Una "H" y una "l". Esperaba que fuera suficiente.

Sintió un tirón en el brazo. Rasha desesperaba por llevársela de allí.

—Regresemos —le insistió su amiga.

—Regresa tú sola. Yo no vuelvo a esa maldita casa.

—Pero Mahra, ¿estás segura? ¿Dónde piensas ir?

—Me voy a Saná.

—¿A Saná? ¿Te estás oyendo? ¿Cómo piensas llegar hasta allí?

—Me las apañaré. Será mejor que no lo sepas. Así no podrás traicionarme.

—Mahra. Te juro que yo no quería. Me obligaron y…

—Está bien, Rasha. No es tu culpa. Te comprendo y te perdono. Ven conmigo. Con lo que hemos visto esta noche, tenemos una oportunidad de escapar.

Rasha negó con la cabeza.

—Tengo miedo, Mahra. Además, yo ya he aceptado mi vida como es. Isam no es tan malo si obedecemos.

—Tal vez, pero yo no puedo ser feliz si tengo que obedecer todo el tiempo.

—Está bien. Vete. No diré nada. Descubrirán que has huido por la mañana, por supuesto, pero eso te dará algunas horas de ventaja.

—Pero si haces eso, te castigarán, Rasha.

—Me castigarán de cualquier forma, por no haber impedido que escaparas. Por lo menos así, tú tendrás una oportunidad y yo habré hecho algo para compensarte por haberte mentido.

Luis contempló con sorpresa a la chica que se encontraba sentada frente a él. No podía tener más de veinte años. Usaba una coleta que le llegaba hasta la mitad de la espalda. Parecía una colegiala haciendo novillos. Natalia, sentada a su lado se la presentó con un orgullo mal disimulado.

—Ella es Paulina. Mi hermanita. Es la persona que necesitas para que te ayude.

—¿Y en qué puede ayudarme una chiquilla? Sin ánimo de ofender —aclaró cuando vio el ceño fruncido de la joven.

—Creí que buscabas alguien experto en vulnerar códigos de seguridad de redes.

—Lo que necesito es un informático experto. Un hacker —aclaró Luis.

—No tienes ni idea, tío. Para tu conocimiento, trabajo para una empresa que elabora un conocido programa de seguridad para redes informáticas.

Luis no pudo evitar la expresión de sorpresa.

—¿Eso quiere decir que eres una hacker?

—Mi trabajo consiste en penetrar los agujeros que deje el programa, para poder cubrir las fallas, antes de lanzar una nueva versión al público. Sí, supongo que eso me define cono hacker.

—Perdona, es que no lo pareces.

—¿Ah no? ¿Y qué apariencia debe tener para ti un hacker?

—No lo sé. No tengo ni idea, pero tú pareces una buena chica, quiero decir, eres una chica decente. No te imagino causando problemas por diversión, o pirateando programas, o… Cualquier otra cosa que suelan hacer los hackers.

—Será mejor que te calles antes de que te líes más —le aconsejó Nati, con una sonrisa. Sabía lo que esas palabras desatarían en su hermana, así que se preparó para el temporal.

—No me habías dicho que tu amigo era un prejuicioso, ignorante, tonto de capirote.

—Yo… Eh… Si te he ofendido, lo siento… —trató de justificarse Luis, antes de que el cabreo de la chica fuera a más.

—A ver, supongo que ser ignorante sobre este tema no es tu culpa, pero al menos deberías evitar hablar de lo que no sabes.

—Paulina, escucha, yo no sé mucho acerca de informática, así que perdóname si te ofendí. Es solo que no quiero que te involucres en algo en lo cual probablemente no puedas hacer nada.

—¿Siempre es tan pardillo? —le preguntó Paulina a su hermana.

—Solo con la luna llena —bromeó Natalia.

—Muy bien. Haré lo posible por aclarártelo: cualquier persona

con conocimientos suficientes de informática que los use para penetrar redes protegidas por códigos de seguridad, puede ser considerada hacker. Te advierto que no todos son chicos friki, con anteojos de pasta y acné, que pasan las horas muertas frente al ordenador. Algunos de los colegas que conozco pasan de los cincuenta años y son padres, o madres de familia, aunque tengo que reconocer que no son la mayoría. Por otro lado, tener los conocimientos para vulnerar un código de seguridad no significa que lo harás. La mayoría seguimos siendo ciudadanos respetuosos de la ley. A los que tú te refieres es a los crackers, o sombreros negros, quienes usan sus conocimientos en beneficio propio, aunque quebranten la ley. Yo soy sombrero blanco.

—¿Sombrero blanco? ¿Qué significa?

—Que mis habilidades de informática están al servicio de causas legales.

—No es muy legal la ayuda que necesito —reconoció Luis.

—Lo sé. Nati me lo contó todo.

—¿Todo?

—Sí, Nati ha sido clara conmigo.

—No podía comprometer a Poli sin advertirle en qué se estaba metiendo —explicó Natalia.

—Descuida, no te delataré. Nati también me contó que eres un tío legal y lo que hiciste por ella y Lucía hace algunos años. Salvaste a mi hermana, así que puedes contar conmigo.

—¿Puedes entrar a la red de la naviera?

—Desde luego.

—¿Eres consciente del riesgo que corres si lo haces?

—Puedo entrar y salir sin que nadie sepa que pasé por allí —explicó Paulina, con orgullo—. La Policía nunca podrá probar…

—No me refiero a la Policía, Poli, sino a los sujetos que me incriminaron.

—Ellos tampoco lo sabrán.

—¿No dejarás ningún rastro?

—Ninguno.

—Natalia, Paulina, quiero que comprendáis que los tipos que me incriminaron han asesinado a una chica inocente y es posible que también a Zabala, mi ayudante, para que no se sepa lo que contienen esos archivos a los que quiero acceder.

—Lo sabemos, Luis —le respondió Natalia—. Confío en Poli, y sé que puede hacerlo. La única esperanza que tienes de no terminar en la cárcel es que averigüemos qué hay detrás de todo esto, para que puedas acudir a la Policía con algo más que tu palabra.

—De acuerdo, en ese caso, acepto tu ayuda.

—Traje mi ordenador —anunció Paulina sacando el portátil del maletín que reposaba en sus piernas—. Nos conectaremos por satélite.

¿Cuál es la información que necesitas?

—Está en mi móvil.

—¿Tienes el móvil aquí? ¿No sabes que pueden encontrarte por él aunque esté apagado?

—Lo sé, por eso le quité la batería. No me deshice de él porque allí descargué la información que necesito para identificar el documento que puede darnos la clave sobre lo que se está cociendo en la naviera.

—Pero si vuelves a conectar la batería para acceder a esa información te encontrarán —argumentó Nati con preocupación.

—Hay una forma —dijo Poli—. Retira la tarjeta Sim antes de conectar la batería de nuevo. Eso desvinculará el móvil de la línea telefónica. Podrás usarlo como si se tratara de una tableta.

Luis obedeció a la chica y siguió sus instrucciones. Una vez dejaron el teléfono sin afiliación a ningún número, colocaron la batería y lo encendieron. Armengol buscó el documento que había descargado la tarde anterior en la naviera. En él aparecían los códigos de las principales rutas. Le señaló a Poli el que despertaba sus sospechas. Paulina encendió su ordenador y comenzó a teclear. Luego se concentró en romper las barreras de seguridad de GEONS. Transcurrieron algunos minutos en los cuales Natalia y Armengol vieron pasar letras y números por la pantalla del pequeño ordenador. Al fin, la chica los miró y sonrió.

—¡Ya estoy adentro! A ver, ¿cuál es ese código de ruta?

—Es HKGP4511473

Paulina tecleó el código. Apareció un mensaje que ocupó el centro de la pantalla. «Acceso restringido. Ingrese clave de seguridad»

—Es el mismo mensaje que aparecía ayer, cuando intenté acceder desde mi ordenador en la naviera.

—¿Es información restringida? —preguntó Natalia.

—No, eso es lo que resulta sospechoso. La información de las rutas debe ser accesible a todos los ejecutivos. Si no, no podríamos hacer nuestro trabajo.

—¿Es esto lo que debía resolver Carlos ayer?

—Es lo que prometió. Aunque tal vez no haya tenido la oportunidad. Imagino que con todos los acontecimientos de las últimas horas, las oficinas de GEONS deben haber sido una locura el día de hoy.

—Tal vez —admitió Nati, aunque no parecía muy convencida.

—No es lo que crees ¿Verdad?

—No voy a negar que no confío en Carlos Torrealba. Siempre me ha parecido un trepa y un oportunista.

—Si está metido en esto, no sería solo eso —argumentó Luis—. También sería un asesino.

—Alguien lo es —sentenció Nati.

Mientras ambos discutían acerca de Torrealba, Paulina seguía trabajando en romper las barreras de seguridad.

—¡Al fin! —exclamó—. Es extraño. Este archivo tiene más barreras que la empresa. No ha sido fácil romperlas.

—¿Pudiste hacerlo? —preguntó Luis, esperanzado.

—La duda ofende, colega. Ya lo estoy descargando a mi ordenador —En pocos segundos el escurridizo documento se asentó en el disco duro del ordenador de Poli—. Aquí hay algo interesante —comentó la joven.

—¿De qué se trata? —quiso saber Luis.

—Se trata de los sistemas de alarma del depósito de mercancía de GEONS en el puerto. Están bloqueados.

—¿Estás segura?

— Por completo. Ninguno de los detectores de las alarmas, ni las cámaras están en funcionamiento.

—Esto puede ser más grande de lo que parece. Sal de ahí, Poli —le pidió Armengol.

Ella se afanó en salir, borrando todo rastro de su paso por allí.

—¿Te detectaron? —le preguntó Armengol, preocupado.

—No lo creo.

—¿No estás segura?

—Podría haber algún programa de detección que sea imperceptible, pero en todo caso, solo informaría que alguien accedió al archivo. No tendrían forma de saber quién, ni mucho menos de dónde vino la vulneración de la seguridad. Fui muy cuidadosa.

—Paulina, si alguien sospecha que tú tienes ese documento en tu ordenador, tú y Natalia podríais correr peligro.

—Pero qué malas vibras tienes, tío. Deja de preocuparte y abre de una vez el dichoso archivo.

Luis obedeció. En la pantalla del ordenador apareció un documento con cifras que ninguna de las mujeres pudo comprender. Armengol hizo algunos cálculos con papel y lápiz, comprobó las cifras y se echó hacia atrás en el asiento.

—¿Y bien? —preguntó Nati—. ¿Están robando combustible?

—No, no creo que se trate de eso —confesó Armengol.

—¿No hay un excedente en el consumo?

—Eso sí. La ruta con el consumo anómalo es entre Hong Kong y España, sin escalas. La cubre un solo buque que transporta abonos potásicos para la importación y productos textiles para la exportación.

—¿Por qué estás tan seguro de que el excedente en el consumo no se debe a robo de combustible? —quiso saber Natalia.

—Si lo que les interesara fuera el combustible escogerían una ruta que se hiciera con más frecuencia, que empleara más buques,

porque así sería mucho más difícil detectar la anomalía. Además habría excedente tanto en la ida como en la vuelta. No es lo que ocurre. El consumo excesivo solo ocurre en el viaje hacia España.

—¿Qué significa? —preguntó Paulina.

—Que se trata de contrabando. De cualquier forma lo sabré esta noche.

—¿A qué te refieres?

—El barco que cubre la ruta, «El Heral,» acaba de llegar al puerto de Valencia. Iré a los depósitos de la naviera para averiguar qué trae ese barco.

—Sabes lo peligroso que es eso, ¿no es así?

—Quedarme aquí sin hacer nada es peligroso —refutó Luis—. ¿Has podido averiguar algo de la motocicleta?

—Perteneció al dueño original del teatro, ya fallecido. Está a su nombre. Tiene los documentos en regla. Hasta donde sabe mi cliente, funciona. Solo necesita combustible. Hay un par de galones en el coche.

—En ese caso, vamos a llenar el depósito.

El comisario Campos llegó sin resuello al tercer piso del viejo edificio. Detestaba cuando sus investigaciones lo obligaban a esforzarse físicamente. Años de vida sedentaria no se podían ignorar con tanta facilidad. Su ayudante, el inspector Osvaldo Quirós lo esperaba en el rellano, fresco como una lechuga. Rubén lo miró con envidia. Se dio un par de minutos para recuperarse antes de llamar a la puerta. La investigación sobre Luis Armengol los había llevado hasta allí.

El señor Armengol tenía treinta y cinco años. Era divorciado. Su matrimonio escasamente había durado diez años. No tenía hijos, ni parientes cercanos, pues su madre murió cuando él era un niño, y su padre, quince años atrás. No había hermanos, tíos o primos conocidos, de manera que no resultaba fácil adivinar quién podría estar protegiéndolo.

En los interrogatorios a los compañeros de trabajo surgió un dato interesante. Durante su adolescencia, Luis Armengol había formado parte del Equipo de Gimnasia Artística español. Y era bueno. Al parecer, hubiera participado en las Olimpíadas de no haber sido por una lesión en un tobillo que sufrió durante un entrenamiento. Eso explicaba cómo pudo escapar de la habitación de la pensión donde la chica había sido asesinada, pese a que el lugar estuvo rodeado por la Policía a los pocos minutos de haberse cometido el crimen.

De sus indagatorias en GEONS, también descubrieron que el sospechoso nunca había dejado de entrenar. Lo que significaba que tenían que vérselas con un sujeto con habilidades casi acrobáticas.

Malas noticias. Las buenas, sin embargo, eran que había alguien que conocía a Armengol en un plano personal: su antiguo entrenador.

Una llamada al Comité Olímpico español les permitió saber que en la fecha en la cual Armengol entrenaba como atleta, su tutor era Aurelio Pavía, quien ya había pasado a la jubilación. Era el hombre al que se disponían a interrogar. Rubén asintió con la cabeza para indicar a Osvaldo que podía llamar a la puerta. Esperaron, pero no hubo respuesta.

Al cabo de cinco minutos, ya Campos comenzaba a perder la paciencia. Antes que pudiera pensar en una alternativa a la entrevista con Pavía, un hombre alcanzó el rellano y los miró con curiosidad. Era calvo y tenía el rostro marcado por arrugas, pero parecía en buena forma. Al menos, había subido los tres pisos sin ningún esfuerzo.

—¿Qué desean, caballeros? —preguntó, con cierta reserva en su expresión.

—¿Es usted el señor Aurelio Pavía?

—¿Quién pregunta?

—Policía —respondió el comisario, mientras sacaba su identificación del bolsillo—. Soy el comisario Rubén Campos, y me acompaña el inspector Osvaldo Quirós.

—¿En qué puedo ayudarlos? —preguntó Aurelio, desconcertado.

—¿Podemos pasar? Nos gustaría hacerle algunas preguntas acerca de uno de sus pupilos.

—¿De mis pupilos? —preguntó, mientras abría la puerta y los invitaba a entrar con un gesto.

—Uno de los chicos que entrenó.

—Estoy jubilado. Hace muchos años que no entreno a nadie. Tomen asiento, por favor. ¿Desean un café, un vaso de agua?

—No, gracias. Nos referimos a alguien que entrenó usted hace algunos años. Su nombre es Luis Armengol. Tal vez haya escuchado en las noticias la razón por la que lo buscamos.

—Sí, claro, lo escuché esta mañana, pero debe tratarse de un error.

—¿Conoce usted al señor Luis Armengol?

—Sí, lo conocí hace más o menos veinte años. Formó parte del Equipo de Gimnasia Artística masculina en el año 96. Era muy bueno, pero sufrió una lesión durante el entrenamiento y no pudo participar. Fue una lástima, porque es seguro que nos hubiera conseguido una medalla.

—Así que era bueno.

—De los mejores.

—¿Y cree que conserve sus habilidades?

—No puedo saberlo, quiero decir, depende mucho de si

continuó entrenando o si se entregó al sedentarismo. Sin embargo apostaría por lo primero. Luis llevaba la gimnasia en la sangre.

—¿Ha contactado con usted recientemente?

—Ya le dije que no lo veo desde hace veinte años. Para él fue una gran decepción no poder participar en las Olimpíadas después de haber trabajado tan duro, así que dejó la gimnasia.

—¿No dice que la llevaba en la sangre?

—Es mi apreciación. Lo que le puedo decir es que renunció al equipo y se concentró en sus estudios, como quería su padre. Creo que obtuvo una licenciatura en algo relacionado con empresas. El caso es que salió de mi ámbito de influencia. No lo he vuelto a ver. Sin embargo, no me creo toda esa basura de que asesinó a sangre fría a una chica. Lo creería de cualquiera, menos de Luis.

—Parece muy seguro.

—Era un buen chico.

—Han pasado veinte años.

—Aun así.

—¿Tenía amigos, familia, alguien a quien pudiera acudir por ayuda?

—Era huérfano de madre y su padre murió a los pocos años de haber renunciado a la gimnasia. No tengo noticias de que tuviera más familia.

—¿Y amigos?

Aurelio guardó silencio, como si calibrara la conveniencia de continuar respondiendo al interrogatorio. Todo aquello debía ser un terrible error y no quería perjudicar a Luis.

—Voy a ser honesto con usted, señor Pavía. Armengol está metido en un buen lío, pero además de sus problemas con la ley, existe la posibilidad de que alguien lo haya incriminado. Si ese es el caso, su vida corre peligro. Comprendo su lealtad, pero lo mejor que puede hacer por él, es ayudarnos a encontrarlo. De la cárcel puede salir. Del cementerio, no.

Las palabras del policía hicieron que Aurelio se decidiera.

—Tenía una amiga. Ella formaba parte del Equipo de Gimnasia femenino.

—¿Eran muy cercanos?

—Bastante. Muchos creímos que terminarían como pareja. Llegué incluso a discutirlo con la entrenadora del equipo femenino, porque una relación así puede comprometer el desempeño de los gimnastas, pero después que Luis renunció y la chica regresó de los juegos, cada uno siguió su camino.

—¿Recuerda el nombre de la chica?

—Narváez. Lucía Narváez. Su padre era dueño de una naviera o algo así.

Cuando Campos y Quirós regresaron a la comisaría comenzaron a investigar a la señora Narváez. Descubrieron que la joven, no solo era la hija del dueño de una naviera, sino concretamente de GEONS. Aquel dato le pareció muy interesante al comisario, así que decidió profundizar en sus indagaciones.

Lucía Narváez de Torrealba era una prestigiosa diseñadora de moda femenina. Después de solicitar la orden de un juez hurgaron un poco más en su vida. Campos estaba casi seguro de que Armengol había acudido a ella en busca de ayuda, por lo que prefería contar con algunos datos concretos antes de interrogarla.

Hizo varios descubrimientos interesantes. Aquella misma mañana, a primera hora, Lucía había retirado cinco mil euros en efectivo de su cuenta personal. A Campos no le resultó difícil comprender el destino de aquel dinero. En especial porque no era un movimiento habitual. Por lo general, la señora Narváez cumplimentaba sus gastos mediante talones, o transferencias.

Una vez que identificó con poco margen de duda a la persona que estaba ayudando a Armengol, decidió hacer todas las averiguaciones posibles, antes de advertirle que estaba sobre su pista con un interrogatorio. Lo más importante para el fugitivo sería contar con un refugio, así que indagó si la señora Narváez había hecho algún contrato de alquiler en las últimas horas. El resultado fue negativo. Quirós vio la decepción pintada en el rostro de su jefe, quien en pocas palabras le explicó los motivos.

—Por lo que comprendo, esa señora es "de posibles". ¿No es así?

—Sí, ¿por qué?

—¿No estará usando algún intermediario?

—Joder, tienes razón. Hoy estoy bastante espeso. Lo comprobaré.

Campos hizo algunas llamadas para averiguar quién se encargaba de los trámites y papeleo de los asuntos de Lucía. Fue entonces cuando surgió el nombre de Natalia Conde. Siguiendo una corazonada, Rubén llamó por teléfono a Pavía. No le sorprendió saber que la licenciada Conde había formado parte del Equipo de Gimnasia y que también conocía a Armengol. Las piezas del puzle comenzaban a encajar.

Volvió a revisar los datos del registro, esta vez con Natalia en mente. Y allí estaba. Esa misma mañana, la licenciada Conde había registrado el contrato de alquiler de un teatro. Aunque la fecha del contrato databa de dos semanas atrás, con toda seguridad para despistar a cualquiera que quisiera relacionar ese trámite con la fuga de Armengol, él tenía ya muchos años de investigación a sus espaldas como para caer en un truco tan pueril.

El siguiente paso sería hablar con el juez para que le extendiera una orden de registro del teatro. Estaba seguro que allí encontraría a Luis Armengol.

Antes de llegar al teatro con todo el equipo, el comisario Campos decidió apretarle un poco las tuercas a Torrealba. El sujeto le pareció demasiado inestable y eso le molestaba. El presuntuoso ejecutivo respondió al segundo timbrazo de su móvil.

—Aquí Torrealba. ¿Quién es?

—Soy el comisario Campos. Hablamos esta mañana en la naviera.

Carlos expulsó el aire de sus pulmones en un suspiro de alivio. Por un momento había creído que se trataba de Critón.

—Comisario. ¿En qué puedo ayudarle?

—Hay algunas preguntas que quiero hacerle acerca de Armengol, o más bien de la esposa de usted.

—¿Lucía? ¿Qué tiene que ver ella con esto?

—¿Continúa siendo amiga del señor Armengol?

—Mi esposa nunca ha sido amiga de Luis —afirmó Carlos con seguridad.

—En eso se equivoca, señor Torrealba. Según mis datos, ambos formaron parte del Equipo español de Gimnasia hace algunos años. Tengo entendido que eran muy buenos amigos.

—No…no lo sabía. Supongo que esa amistad se diluyó en el tiempo, porque nunca los he visto ni siquiera conversar.

—Sí, claro. Pertenecen a mundos muy diferentes —reconoció el comisario—, fuera del gimnasio no tendrían nada en común.

—Así es.

—De manera que no considera posible que su esposa esté ayudando al fugitivo.

—Por supuesto que no. Eso es ridículo.

—Muy bien. Muchas gracias, señor Torrealba —claudicó el comisario, no muy convencido con las respuestas que recibió—. De todas formas le estaré agradecido si me avisa en caso de tener alguna información al respecto.

—Por supuesto, comisario. No tengo ningún interés en proteger a un asesino. Y le aseguro que Lucía tampoco.

—De acuerdo, señor Torrealba, entonces buenas tardes.

La despedida de Campos llegó tarde. Carlos ya había colgado.

Cuarenta minutos después de la llamada del comisario, Torrealba llegó al callejón faltando todavía un par de horas para el anochecer, así que encontró el club «de alterne» todavía cerrado. Como siempre, la puerta estaba vigilada por aquel sujeto que parecía

un gorila mal depilado, a quien el dueño del Poga llamaba Bucéfalo. Torrealba no pudo evitar pensar en lo ofendido que se hubiera sentido el noble caballo de Alejandro Magno con semejante comparación. Carlos no recordaba ninguna ocasión, ni de día, ni de noche, en la que hubiera visitado el local y no estuviera el portero en su puesto. El motivo durante la noche era evidente. Por su naturaleza, el Poga se reservaba el derecho de admisión de sus clientes, pero ¿durante el día también era necesaria su sempiterna presencia en la puerta? Luego comprendió que era una estupidez hacerse esa pregunta. Por la noche controlaba quién entraba y por el día, quién salía.

—¿Usted por aquí otra vez? —le ladró el sujeto, a modo de saludo.

—Necesito hablar con tu jefe. Traigo un recado del mío.

—Pase.

El gorila lo siguió al interior del local, donde un par de empleados, seguramente de confianza, se ocupaban de limpiar.

—Espere aquí —le advirtió.

Carlos obedeció la orden, moviéndose con nerviosismo. No le gustaban ese tipo de encargos, le hacían sentir como un matón de segunda siguiendo instrucciones de tercera, pero no sería él quien discutiera una orden de Critón. Respiró profundo y se arrepintió. El aire allí dentro estaba cargado de olor a tabaco rancio, además de una mezcla desagradable de perfumes baratos y ambientador floral.

Finalmente Bucéfalo volvió a aparecer.

—El jefe dice que pases.

Carlos pasó junto al sujeto mientras este mantenía la puerta del despacho de su jefe abierta. En cuanto él entró, el guardaespaldas-portero la cerró a sus espaldas. Torrealba sabía que el sujeto se mantendría del lado de afuera, listo para acudir si Sileno lo llamaba.

—Bucéfalo me dice que tienes un mensaje para mí de parte de Critón —le soltó el dueño del local sin siquiera saludarlo— ¿De qué se trata?

Carlos lo miró con cautela. Aunque el tío parecía un pobre diablo, gracias a su aspecto de maestro de escuela, Torrealba sabía que era peligroso, pues no le temblaba el pulso para quitar del medio a cualquiera sin pensárselo dos veces. Para muestra ya estaba la chica de la pensión.

—Critón dice que la entrega será esta noche.

—¿La carga está completa?

—Sí, pero hay un pequeño cambio.

—¿Qué clase de cambio? No pretenderá subir el precio acordado. ¿No?

—No se trata de eso. No podrá asistir en persona.

—¿Por qué?

—Estará ocupado con el asunto Armengol.

—¡No me jodas! Quien es con toda probabilidad el contrabandista más importante de la provincia, ¿tiene que ocuparse él mismo de este tipo de asuntos? Está claro que está rodeado de inútiles.

—Yo solo doy el mensaje —argumentó Carlos, encogiéndose de hombros.

—Sí claro, tú solo eres un mandado —le señaló Sileno sin ocultar su desprecio—, uno en el que por lo visto tu jefe solo confía para traerme un mensaje.

—Puedo servir de correo, pero Critón sabe que entregar mercancía no forma parte de mis obligaciones —dijo Torrealba, palideciendo.

Sileno soltó una carcajada de buena gana.

—Pero tú que te crees, chaval. Si Critón no te encarga la entrega de la mercancía y solo te usa como mensajero es porque no confía en ti, no porque no esté estipulado en vuestro "contrato" —puntualizó Sileno mientras dibujaba comillas en el aire con los dedos —. ¿O es que tú crees que la chapuza que hiciste en el asunto Armengol te compromete menos? —Carlos quiso responder, pero se quedó sin palabras—. Sí, no disimules, ya sé que la pifiaste con ese trabajito, así que será mejor que te andes con cuidado, porque Critón no es de los que perdona los errores y menos cuando son tan gordos como este.

—No fue mi culpa.

—Pues eso se lo cuentas a tu jefe. Por mi parte, el asunto que me concierne respecto a eso ya está solucionado. Yo he cumplido y no creas que no me costó. Esa chica era una mina de oro, pero en fin. No se puede tener todo.

—¿Qué le digo entonces a Critón?

—Que esperaré a su emisario en el lugar de costumbre. Será el mismo de siempre, supongo.

Carlos asintió, se dio media vuelta y salió sin despedirse. Como suponía, Bucéfalo estaba del otro lado de la puerta. No tenía idea de si había escuchado algo de la conversación, pero a esas alturas ya no le importaba. Apuró el paso hasta que llegó a la puerta y salió de aquel maldito burdel sin mirar atrás.

A pocas calles de distancia, Ramón Díaz bebió un trago de su copa de vino cuando vio aparecer a Critón. Aquel hombre le producía escalofríos, aunque su aspecto no hacía sospechar el poder que ostentaba en los bajos fondos. Sin embargo le proporcionaba muy buenos beneficios. Así que cuando se preguntaba a sí mismo en qué clase de lío se había metido, se tranquilizaba al recordar su cuenta en Antigua.

—Hola Critón.

—¿Qué es eso tan importante que tienes que decirme? ¿Ya sabes que no me gusta que nos vean juntos?

—Ya me dieron aviso de la llegada del Heral. Ordenaron una inspección de la mercancía.

—¡Maldita sea! ¡Precisamente en este viaje! ¿No puedes evitarlo?

—Llamaría la atención. Y eso es algo que no nos interesa.

—Tienes razón. ¿Por qué la inspección? ¿Sospechan algo?

—No. Fue una selección al azar llevada a cabo por el ordenador.

—¡Condenada máquina! ¿Quién será el comisario?

—Seré yo, acompañado de un representante de las autoridades portuarias, un agente aduanero y dos guardias civiles.

—En ese caso no debería haber problema.

—Eso depende. Recuerda que no estaré solo. Necesito saber cómo escoger los sacos correctos. O más bien, cómo evitar los inadecuados.

—No tendrás problemas. Todos los sacos están rotulados como "Fertilizante potásico", algunos son de calidad estándar y otros premium, pero no es eso lo que te interesa. Deberás fijarte en los códigos. Puedes hacer el registro de aquellos cuyas últimas cifras sean impares. Si el número de identificación del saco termina en par, ni te le acerques. Muchos de los pares están limpios, pero no todos pasarían una legítima inspección ¿Cuándo la llevarás a cabo?

—Esta misma tarde.

—En ese caso, buena suerte. Y avísame cuando hayas terminado.

Lucía ayudaba a su hijo Daniel a hacer los deberes cuando recibió la llamada de Nati.

—Tenemos problemas —le dijo su amiga—. La Policía se ha presentado en mi despacho con una orden de registro para el teatro.

—¿Cómo…?

—Al parecer establecieron las conexiones más rápido de lo que creí posible. El caso es que reunieron las evidencias circunstanciales suficientes para que el juez permitiera la revisión.

—¿Qué hacemos? ¿Avisamos a…?

—¡No digas nombres! Todo va a salir bien. Te espero en el teatro.

Carlos aún no regresaba de la naviera, así que Lucía dejó al chiquillo con la niñera y salió en dirección al barrio portuario. Cuando llegó al teatro se le hizo un nudo en el estómago. Había dos patrullas en el frente y dos en el callejón al que daba la puerta trasera. Hizo una

inspiración profunda para calmarse y bajó del coche.

En el interior encontró a varias personas atareadas embadurnando las superficies con un polvillo negro y aspirando los rincones. Sentado a una mesa junto a Natalia había un hombre de mediana edad que ojeaba una libreta. Lucía supuso que se trataba del detective que dirigía la operación.

—¡Ah! Usted debe ser la señora Narváez de Torrealba, supongo —dijo el policía, mirándola inquisitivamente de arriba abajo.

—Soy Lucía Narváez. La inquilina de este local. ¿Y usted es…?

—Soy el comisario Rubén Campos. Estoy encargado del caso del asesinato de una joven la noche de ayer, en una pensión de este mismo barrio.

—¿Y eso qué se supone que tiene que ver conmigo?

—El principal sospechoso de ese asesinato es el señor Luis Armengol, quien se encuentra en este momento en busca y captura.

—Sigo sin comprender por qué está usted aquí.

—Han pasado horas desde que el retrato robot del señor Armengol fue difundido por la televisión y la prensa, pero aún no tenemos ningún indicio de su paradero. Eso es bastante inusual. Alguien debe estar ayudándolo.

—Ya le expliqué al comisario que no hemos visto a Luis desde que encontró este teatro para ti hace dos semanas —explicó Natalia.

—Licenciada Conde, le agradecería que no interfiriera en el interrogatorio a la señora Torrealba. Es más, preferiría que permaneciera en otra habitación mientras hablo con ella.

—Si este es un interrogatorio, comisario, debo recordarle que soy la abogada de la señora Narváez, así que a ella le asiste el derecho de que la acompañe, y la aconseje.

—En ese caso, limite sus consejos al ámbito legal, por favor.

Lucía quedó desconcertada por un momento. Campos hablaba abiertamente de interrogatorio y Nati fijó su último contacto con Luis en el alquiler del teatro, que en los documentos redactados por ella se había concretado dos semanas atrás. Algo había ocurrido que obligaba a su amiga a desviarse de la historia que ambas habían elaborado. Y le estaba avisando. Por lo visto, Luis no estaba allí cuando llegó la Policía, pero el equipo que rastreaba el teatro encontraría evidencias que lo ubicarían en el lugar. Entonces comprendió. Si negaba su amistad con Armengol, no habría forma de explicar sus huellas, o algún cabello, o cualquier rastro que hubiera dejado, pero si era él quien había encontrado el local, aquellas evidencias no probarían demasiado. El comisario volvió a centrar su atención en ella.

—Y bien señora Torrealba, ¿está usted ayudando al señor Armengol?

—Mi apellido es Narváez —le corrigió ella, irguiendo los

hombros—. Torrealba es el apellido de mi esposo, pero yo prefiero conservar el mío.

—Mis disculpas, señora Narváez, pero no ha respondido a mi pregunta.

—No estoy ayudando a nadie. Y como bien le dijo Natalia, no he visto al señor Armengol desde hace un par de semanas. ¿Por qué ha pensado en mí? Tengo entendido que su sospechoso tiene una ex esposa.

—Una ex esposa que no tardó ni diez minutos en darnos su nombre cuando vio el retrato robot en el telediario. Créame cuando le digo que ella sería la última persona que lo ayudaría. Yo también tengo una ex esposa.

—Pues tendrá que buscar en otra parte.

—Ustedes eran muy amigos. ¿Verdad?

—De eso hace muchos años. Ambos teníamos un interés común, la gimnasia olímpica, pero superada la etapa, cada uno continuó con su vida.

—Lo comprendo. Lo que no me explico es para qué quiere usted un teatro.

—Es evidente que no sabe usted mucho de moda, comisario. Soy diseñadora de ropa femenina. Por lo tanto, la exposición de mis creaciones es fundamental para mi trabajo. Este teatro es perfecto para eso. Es pequeño, acogedor y exclusivo.

—¿Piensa organizar desfiles de moda en este barrio?

—¿Por qué no?

—¿Y dice que fue el señor Armengol quien se lo recomendó?

—Hace algunas semanas hice saber que buscaba un local con estas características. Luis me contó sobre este lugar. Incluso me acompañó a verlo.

—¿Pidió ayuda a alguien más?

—Desde luego.

—¿A quién?

—A Natalia, por ejemplo.

El comisario soltó un suspiro que expresaba tedio.

—¿Alguien que no pueda considerar que está involucrado en esto?

—Está usted haciendo acusaciones sin fundamento, comisario —protestó la abogada.

—Lo comenté a varias personas. Algunos me tomaron en serio y otros no. No recuerdo en este momento a alguien en particular, además de Luis y Natalia.

—¿Se lo comentó a su padre, a su esposo?

—No.

—¿Por qué?

—Quería que fuera una sorpresa.

—De acuerdo —dijo Rubén mientras tomaba nota en su libreta —. Me está diciendo, señora Narváez que está realizando un proyecto para organizar desfiles exclusivos y habla acerca de sus planes a su antiguo amigo de la juventud, Armengol y a su abogada, pero no le dice nada ni a su esposo, ni a su padre. ¿Y usted quiere que yo crea eso?

—Usted puede creer lo que quiera, comisario —argumentó Natalia—. No tiene ninguna evidencia de que Lucía no diga la verdad.

—Y dice que el señor Armengol la acompañó cuando vino a ver el teatro.

—Sí.

—Así que es seguro que encontraremos sus huellas y probablemente algún cabello con su ADN.

—Supongo que es posible.

—Pero eso no significa que se haya escondido aquí.

—¿Lo ve usted por alguna parte, comisario? —preguntó Natalia, cruzando los dedos para que al merluzo de Luis no se le ocurriera regresar aquella noche.

—No, es evidente que si usó este lugar como escondite, ya no lo hace. Muy bien. De momento no tengo evidencias concretas de que hayan colaborado en la huida del señor Armengol, pero les juro que si llego a encontrar la menor prueba, caeré sobre las dos con todo el peso de la ley, sin importar qué apellido usen, ni que tan poderoso sea su padre.

Armengol se infiltró entre los cargadores que se ocupaban de transportar las cajas desde el interior de un contenedor lleno de electrodomésticos, en los depósitos de GEONS. Correspondía al barco de otra ruta que llegó el día anterior. El "Donsuri".

Luis había salido un par de horas antes del teatro ataviado como un obrero, después que Natalia le tiñó el cabello y la barba de rubio. Luego cambió el sombrero del chaval por una gorra de béisbol, que cubría parcialmente sus facciones.

En cuanto llenaron el depósito de la vieja motocicleta, una *"Triumph Tiger"* del año 1951, esta había encendido a la primera. Paulina encontró el casco, que por suerte ocultaba por completo su rostro. Así que Armengol no tuvo ningún contratiempo para trasladarse hasta el puerto. Dejó la motocicleta en un aparcamiento cercano, medio oculta entre dos camiones y caminó hasta la zona de carga y descarga, mimetizándose entre un grupo de trabajadores que regresaban de almorzar. Pasó el resto de la tarde sacando electrodomésticos de un contenedor, para colocarlos en camiones pequeños que los distribuirían directamente a las tiendas.

Se mantuvo ocupado para poder mimetizarse con el resto de los cargadores. Al cabo de una hora de estar allí, un grupo se acercó al almacén. Lo precedía un hombre con traje y una carpeta en la mano. Detrás de él venían otros dos civiles y dos guardias. Luis se preguntó quiénes serían. Al cabo de unos segundos comprendió que se trataba de una inspección. Se sintió esperanzado. Si encontraban contrabando entre la mercancía del "Heral", todo comenzaría a aclararse. El grupo permaneció adentro aproximadamente veinte minutos, al cabo de los cuales salieron sin hacer ningún comentario. Armengol se mantuvo expectante, esperando que los guardias regresaran para precintar el depósito, hacer un registro, o algo similar, pero no pasó nada. Casi dos horas después, el local permanecía en calma, mientras él continuaba cargando cajas.

A la primera oportunidad avanzó hasta el fondo del local, donde había menos luz, dejó la caja que cargaba en el suelo y se escondió entre la mercancía, con la tranquilidad de que los sistemas de alarma y vigilancia se encontraban desconectados, según había averiguado Paulina. Las malas artes de sus enemigos le favorecían en esta ocasión. Los cargadores terminaron su trabajo, cerraron la puerta del depósito y la aseguraron con una cadena y un candado. Estaba encerrado.

Los almacenes de esa zona del muelle tenían un ventanuco en la parte posterior, cercano al techo, que se usaba para pasar mercancías directamente desde los barcos. La pequeña ventana estaba abierta y le permitía calcular la hora del día. Esperó a que anocheciera y el puerto quedara desierto.

Usando una potente linterna, Armengol localizó la mercancía que había traído el "Heral" aquella misma mañana. Se disponía a abrir una de las cajas para examinar su contenido, cuando escuchó ruidos que provenían de la puerta. Se escondió. Entró un grupo formado por cinco hombres. A uno de ellos, que por su actitud presumió que era el jefe, no podía verlo bien, pues se mantenía oculto en las sombras. Los otros cuatro le eran desconocidos. Todos estaban armados y Luis tuvo la certeza de que si lo descubrían allí era hombre muerto.

Los recién llegados se acercaron a una de las cajas señaladas como «Fertilizante potásico, calidad premium.» La abrieron. Uno de ellos apartó un saco que parecía bastante pesado y con un cuchillo afilado lo rasgó. El fertilizante se derramó en el suelo del almacén esparciendo un olor desagradable. Del interior del saco, muy bien envuelto en plástico, el hombre sacó un fusil de asalto. Luego repitió el procedimiento con otra de las cajas. Estaba señalizada como «Fertilizante potásico, calidad estándar». Lo que escondían aquellos sacos no eran armas, sino pequeños paquetes de droga. Luis se contuvo para no soltar un silbido de sorpresa. Ahora comprendía las

molestias que se habían tomado para mantener sus narices alejadas de aquel cargamento.

Los hombres discutían sobre la calidad y cantidad de la mercancía, así como del dinero acordado. Uno de los sujetos llevaba un maletín y lo abrió. Estaba lleno de billetes. El jefe cogió un fajo, lo revisó y lo volvió a guardar en el maletín, quedándose con él. Comenzaron a hablar del próximo cargamento.

Luis se movió, tropezando con un madero suelto que estaba sobre una de las cajas y que cayó al suelo haciendo ruido.

—¡Hay alguien ahí! —gritó el jefe—. ¡Que no salga vivo!

Luis comenzó a correr zigzagueando entre las cajas. Los contrabandistas le dispararon y varias balas le pasaron muy cerca. Dos de los hombres fueron hasta la puerta, cerrándola. Uno de los delincuentes se plantó frente a ella para cortarle la salida. Parecía que no había escapatoria. El ventanuco por el que se reflejaban las luces del puerto estaba casi a nivel del techo, a la altura de un tercer piso. Solo volando podría llegar hasta él. Los hombres rodearon el lugar donde estaba y comenzaron a estrechar el cerco, pronto lo atraparían. Era obvio que tenían entrenamiento militar, pues actuaban en forma coordinada, así que era probable que se tratara de mercenarios. Luis se movía sin cesar entre las cajas mientras continuaban disparándole.

Cerca de él vio una cuerda gruesa amarrada a una anilla en el suelo. Miró hacia arriba, la cuerda daba vuelta sobre una polea y sujetaba del otro lado un contrapeso suspendido en el aire. Era un sistema rudimentario para subir cargas y la única esperanza de Luis. Sacó una navaja del bolsillo y se dirigió hacia la cuerda, moviéndose siempre entre la mercancía. Los soldados se aproximaban rápidamente por todos lados. Los disparos golpeaban en las cajas haciendo saltar astillas, cada uno más cercano que el anterior. Cuando estuvo a pocos metros de la cuerda, corrió hacia ella, la cogió con firmeza y cortó la sujeción a la arandela con la navaja. El contrapeso cayó, y Luis subió a toda velocidad sujeto a la cuerda, Tuvo que agarrarse con todas sus fuerzas para no soltarla. Al llegar se aferró a las vigas del techo, se impulsó hacia arriba y corrió por ellas en dirección al ventanuco.

Los soldados quedaron tan sorprendidos por la estratagema que en un primer momento no dispararon. En cuanto reaccionaron continuaron disparándole, mientras él corría por las vigas del techo. El ventanuco quedaba muy lejos de la viga más cercana, como para alcanzarlo desde ella. Las balas pasaban rozándolo. Se sentía como una rata. Seguía atrapado, pero ahora era un blanco más fácil.

Miró hacia arriba, hacia el techo. Un riel lo atravesaba desde el ventanuco hasta el otro lado del almacén. Del riel colgaba un

gancho. Era la grúa que usaban para meter mercancía a través del ventanuco. No tenía alternativa, de un salto alcanzó el gancho y usó la inercia para impulsarse hacia adelante. El gancho rodó a través del riel en dirección a la ventana, la cruzó, con Luis sujeto a ella. El impulso que llevaba era tan fuerte que al terminar el riel, el gancho chocó con el tope final y él salió disparado para caer en las aguas del puerto.

—¡Aaaaahhhh! —gritó cuando se sintió lanzado hacia adelante en un vuelo improvisado.

Por suerte consiguió dominarse y atesorar aire en los pulmones antes de caer de forma poco elegante y bastante dolorosa en las aguas del puerto. Soportó el impacto porque ya estaba preparado para sentirlo, dejó que la inercia lo sumergiera y evitó sacar la cabeza del agua, porque sabía que pronto comenzarían a llover las balas, pero sería menos probable que dieran en el blanco si los soldados no tenían idea de dónde se encontraba.

Los mercenarios, sin poder creer que se les hubiera escapado corrieron fuera del almacén y dispararon al agua, pero ya era tarde para alcanzarlo. Luis nadó bajo la superficie hasta encontrarse lo suficientemente lejos para sentirse a salvo. Cuando salió del agua, Armengol corrió al aparcamiento para recoger su motocicleta. Ahora sabía la razón por la que su vida se había convertido en un galimatías. Para que aquello estuviera ocurriendo era necesario que los contrabandistas contaran con apoyo dentro de la naviera y Luis tenía una clara idea de quiénes podían ser los responsables.

La presencia de las patrullas alertó a Armengol cuando se acercó al callejón del teatro. Aun siendo noche cerrada, las entradas a su refugio estaban vigiladas. Eso significaba que la Policía ya había establecido una conexión entre él y Lucía. Esperaba que su amiga no tuviera problemas por haberlo ayudado, pero de momento, lo mejor que podía hacer por ella y por sí mismo era mantenerse alejado del teatro. Era una lástima, no podía imaginar mejor refugio, aunque le había durado menos de veinticuatro horas.

Gracias al casco de motorista que ocultaba su rostro, pudo pasar de largo sin llamar la atención de los patrulleros. Sin embargo, no ocurrió lo mismo con el hombre que se ocultaba en uno de los portales cercanos.

Espina tuvo noticias del allanamiento del teatro a los pocos minutos de haberse emitido la orden. Si Armengol se ocultaba en ese lugar como la Policía sospechaba, lo detendrían, con lo cual su encargo quedaría anulado. El entrometido ejecutivo tendría suficientes problemas como para preocuparse por meter las narices en los asuntos de sus jefes. Así que Sósimo llegó al lugar minutos después que la

Policía, se ocultó en un portal cercano y se dispuso a observar. Pero el tiempo pasaba y no ocurría ninguna detención. ¿Se lo habrían llevado en los primeros minutos, antes de que él llegara? Una llamada a su contacto descartó esa posibilidad. No había nadie en el teatro. El investigador a cargo estaba que trinaba, porque había estado seguro de que encontraría allí a su sospechoso. Por esa razón, después de terminado el allanamiento dejó un guardia en cada puerta.

Sósimo decidió seguir el ejemplo del detective, apostó a su socio Rocha en el frente con el coche y él se mantuvo en el portal, vigilando la entrada trasera. Hacia la medianoche, un motorista redujo la velocidad cuando se acercó al callejón, pasó junto al guardia y siguió de largo, acelerando un poco. Gracias a esa conducta, Espina comprendió que se trataba de Armengol. Presionó la tecla de llamada de su móvil que volvió a comunicarse con el último contacto.

—¡Rocha, enciende el coche! He visto a Armengol.

Corrió hacia el frente mientras daba la orden. El callejón salía hacia una calle perpendicular, por lo que si se daban prisa alcanzarían al fugitivo en pocos minutos.

Luis salió a la avenida principal sin saber hacia dónde debía dirigirse. No podía volver a acercarse a Lucía, o a Natalia. Era seguro que la Policía las tendría vigiladas. Además, ya las había comprometido bastante. Disponía de una cantidad considerable de dinero en efectivo gracias a la generosidad de Lucía, pero no se atrevía a registrarse en ningún hotel o pensión, por miedo a ser reconocido. Comenzaba a considerar la posibilidad de regresar a la casa abandonada que le había servido de refugio la primera noche, al menos hasta que se le ocurriera una mejor solución, cuando se dio cuenta que lo seguía un coche. Se trataba de un Honda Accord blanco. Luis aceleró y el Honda hizo lo mismo.

La persecución se hizo evidente. Por suerte, la motocicleta de Luis pese a su antigüedad alcanzaba casi 160 km/hora. Sin embargo, eso no le daba mucha ventaja con respecto al Accord, así que sabía que tarde o temprano lo alcanzarían. Tendría que hacer algo, pero de momento, solo se le ocurría correr lo máximo que pudiera. Aceleró por las vías principales hasta alcanzar la autovía A3, con el coche pegado a su rueda trasera. En un par de ocasiones estuvieron a punto de alcanzarlo, pero él había respondido apretando aún más el acelerador.

Las vías estaban poco transitadas a esa hora, pero Armengol aprovechaba cada vehículo que encontraban, fuera coche, o camión, para zigzaguear. La flexibilidad de los movimientos de su vehículo era su mejor baza. Llegados a un puente, el Accord aceleró bruscamente y consiguió ponerse a la altura de su rueda trasera. Lo golpeó. No fue un gran impacto, pero a esa velocidad, Luis estuvo a punto de perder el

control de la motocicleta y saltar por encima de la defensa, cayendo hacia la vía que cruzaba el puente. En el último momento, con el corazón en la boca, consiguió recuperar el control, recondujo la motocicleta de vuelta a la vía y aceleró aún más.

Los sujetos del coche debieron perder la paciencia, porque desde el lado del acompañante comenzaron a dispararle, lo que le hizo comprender que no se trataba de la Policía. En la oscuridad de la noche y a esa velocidad no era un blanco fácil, pero si alguna de las balas le acertaba a él, o a la motocicleta, era hombre muerto. De eso estaba seguro, así que apuró al máximo la máquina, rezando para que soportara la caña que le estaba dando. Pese a lo apurado de su situación, Luis ya tenía un objetivo. Un camión que adelantó, saltándose todas las leyes de tránsito, le permitió distanciarse un poco del Honda.

Armengol se internó en un polígono industrial. El lugar que buscaba no se encontraba muy lejos. Al cabo de pocos segundos llegó a un circuito de motocross y se internó en él. La zona más cercana a la entrada estaba bien iluminada, pero las pistas, que se solían usar de día, carecían de luz eléctrica. Aunque no era visitante asiduo, alguna vez había estado allí. Se internó entre los pequeños árboles, tratando de mantenerse en las zonas más oscuras. Cuando comprendió que ya no había nadie detrás de él, apagó el motor y las luces, arrastrando la motocicleta, que ocultó detrás de uno de los árboles más frondosos. Él se agachó detrás de otro y esperó.

Sósimo gritó a Rocha que acelerara cuando el maldito fugitivo adelantó al camión, pero el coche no tenía la flexibilidad de maniobra de la motocicleta y cuando al fin pudieron hacerlo, ya Armengol se había perdido de vista. Continuaron hacia adelante. Estaba claro que trataba de esconderse en el polígono industrial.

Espina le ordenó a su cómplice que redujera la velocidad. Vieron la parte trasera de la motocicleta justo cuando entraba en el circuito de motocross. Sósimo apuró a Rocha para que lo siguiera, pero solo pudieron llegar hasta la entrada. Aquel lugar no estaba diseñado para coches. Maldiciendo su suerte, ambos hombres se apearon. Sósimo avanzó empuñando una potente linterna junto al arma y le pidió a su socio que se quedara en la entrada. Al poco de recorrer el terreno comprendió lo inútil de su precaución. El campo era abierto, así que su presa no necesitaba salir por el mismo lugar por el que había entrado. Tal vez en ese momento ya estuviera en la autovía, de regreso a Valencia.

Desde su escondite, Luis vio acercarse la luz de la linterna y se encogió detrás del árbol. La luz iluminó todo el campo, pero se detuvo en los senderos que regresaban a la calle. Era probable que sus perseguidores pensaran que había salido por uno de ellos, de vuelta a

la ciudad. Cruzó los dedos para que así fuera. Aguardó con la respiración contenida, mientras la luz regresaba por el mismo sendero que había venido, luego escuchó el ruido del motor que se alejaba. ¿Sería una trampa? ¿Estaría uno de ellos esperando que saliera de su escondite para meterle una bala en la cabeza? Esperó. Mientras lo hacía, meditó acerca de su siguiente paso. Ya sabía cuál era la razón por la cual lo habían involucrado en aquel horrendo crimen. Nada menos que tráfico de drogas y de armas, pero seguía sin tener pruebas. Necesitaba que alguien le ayudara a conseguirlas. De repente lo tuvo claro. Cogió la motocicleta y la arrastró sin dejar de vigilar su entorno. Siguió un sendero diferente del que había usado para entrar, alejándose del lugar donde el coche había aparcado. Aún no confiaba en que sus perseguidores se hubieran dado por vencidos. Parecían muy decididos a acabar con él.

Cuando llegó al límite del campo encendió el motor y aceleró al máximo en dirección a la autovía. Le pareció escuchar el silbido de una bala junto a su cabeza, lo que lo animó a aumentar la velocidad. En cuanto llegara a Valencia tendría que deshacerse de la motocicleta. Además de que ya habría sido marcada por la Policía por exceso de velocidad, los contrabandistas la tenían identificada. Pasó de largo el puerto y rodó por la V21. Se detuvo en la vía poco antes de llegar a la ermita de los Peces, justo a tiempo, porque el depósito de combustible ya estaba casi vacío. Arrastró el vehículo por un paseo marítimo y lo arrojó al agua. Esperaba que no lo encontraran con facilidad, o que sencillamente se perdiera para siempre. Estaba bastante lejos del barrio portuario, o de cualquier lugar que le pudiera servir de refugio, así que comenzó a caminar. Anduvo por casi media hora hasta que encontró una zona con matorrales. Aquel día era el peor que recordaba en toda su vida, así que no esperaba mucho más de la noche. Al menos no hacía demasiado frío. Se protegió del viento debajo de algunas plantas y se encogió sobre sí mismo, disponiéndose a dormir.

Día tres.

Luis se despertó con los primeros rayos de sol. Tenía la espalda como si se la hubieran retorcido y no era para menos. Se había pasado la mitad de la noche buscando una posición medianamente cómoda que le permitiera conciliar el sueño. Así que entre la preocupación por el caos en el que estaba sumergida su vida y la dureza del suelo, era poco lo que había podido descansar. Se levantó y se sacudió la arena lo mejor que pudo. El casco había terminado junto a la motocicleta en el fondo del mar, pero aún conservaba la gorra de béisbol. Se pasó la mano por la barba, que al cabo de dos días ya tenía una longitud respetable. Se preguntó si sería demasiado evidente que había sido teñida, después de todo, las raíces debían seguir siendo oscuras. De cualquier forma, era poco lo que podía hacer al respecto. Decidió evitar usar el autobús, por si alguien se preguntaba por qué su barba tenía dos colores.

Armengol cruzó la V21 y llegó a la avenida Mediterráneo, donde comenzó a andar en dirección al puerto. Le llevó casi un par de horas a buen paso. El hombre al que iría a buscar era su última esperanza. Si se negaba a prestarle ayuda, no sabía qué podría hacer.

Darío Cuéllar llevaba toda su vida trabajando como chófer de camiones. A él le gustaba bromear diciendo que era «técnico en transporte de campo,» pero la verdad era que no hubiera cambiado su labor por ninguna otra. Cuando recorría las carreteras del país llevando su carga, la soledad del camino le permitía sentirse a gusto consigo mismo. Después de cuarenta y cinco años en aquella labor, no había ciudad o pueblo de España que no hubiera visitado. Darío veía la cercanía de la jubilación como una amenaza a su modo de vida.

Había comenzado siendo ayudante de chófer en una empresa textil y por eso sus viajes terminaban en el puerto con frecuencia. Cuando a comienzos de los ochenta lo ascendieron y le encargaron la conducción de un camión, fue cuando conoció a Jorge Armengol, quien era Jefe de Operaciones del puerto. Se hicieron amigos y al cabo de algunos años, Jorge le sugirió que se independizara.

Darío tenía algunos ahorros, así que compró su propio vehículo, siguiendo el consejo de su amigo. Al cabo de veinte años ya tenía tres camiones y para la fecha contaba con una pequeña flota. No tenía ninguna necesidad de recorrer las carreteras y sin embargo, no lo hubiera dejado por nada.

Aquella mañana, regresaba de Alicante con una carga de aceite de oliva que debía ser despachado por la tarde con destino a algún

país de la Unión. Había salido en la madrugada y apenas eran las ocho cuando entró en el puerto. Descargar el camión llevó casi una hora, que él aprovechó para desayunar.

Salió en dirección a su empresa. Ahora tocaba un poco de trabajo administrativo. La compañía de transportes se encontraba junto a un parking público en el mismo puerto. Se trataba de un enorme galpón que albergaba media docena de camiones y una pequeña oficina fabricada con paredes de yeso y elevada a un segundo piso sobre una estructura metálica. Se accedía a ella por una escalera, también metálica.

Darío se sorprendió cuando se acercó al galpón y vio la figura de un hombre que salió de un callejón en cuanto identificó el camión. Cuéllar se preguntó si se trataría de un asalto. El aspecto del sujeto daba pie a ello. Después de años en las carreteras había aprendido a ser un hombre precavido, así que siempre tenía una llave de cruz bajo el asiento. La buscó tanteando con la mano y la puso a su lado.

No tenía más remedio que reducir la velocidad para entrar al galpón. Abrió el portón eléctrico con un mando a distancia usando una mano, y mantuvo la otra en contacto con la llave. Como supuso, el individuo aprovechó para acercarse, mientras él esperaba que la lenta puerta eléctrica terminara de abrirse.

—¡Darío, soy yo, Armengol! —le gritó el mendigo.

—¿Armengol? Armengol lleva muerto más de quince años —respondió él, sujetando la llave con la mano derecha.

—Ese era mi padre —insistió el desconocido—. Soy Luis, su hijo.

Darío entornó los ojos. Su amistad había sido con Jorge, el padre. Al hijo lo había visto en contadas ocasiones. Una de ellas, el funeral de su amigo. Después de eso se habían cruzado en alguna que otra ocasión en el puerto, pues Armengol hijo trabajaba como alto ejecutivo en una empresa naviera. Siempre había sido muy correcto y amable cuando se daban esos encuentros, pero no podía reconocer al elegante ejecutivo en el tío zarrapastroso que lo había interceptado de tan mala manera. No se fiaba.

—Luis Armengol es un ejecutivo, no un indigente —le gritó.

—Por favor. Mírame bien.

Cuéllar percibió la desesperación del hombre que afirmaba ser Armengol y le echó un segundo vistazo. Si lo imaginaba con un buen traje, maletín, bien peinado y sin esa extravagante barba a dos colores… Darío abrió mucho los ojos cuando lo reconoció.

—¡Por la Virgen de la Aparecida, señor Armengol! ¿Qué le ha pasado?

—Para ti soy Luis, Darío. ¿Podemos hablar con calma?

—Nadie nos molestará en la oficina. Entra y sube aquellas

escaleras. Enseguida estoy contigo.

Darío aparcó el camión y cerró la puerta con el mando a distancia. Sus empleados no llegarían hasta dentro de dos horas. Él siempre iba antes que comenzara la jornada laboral, porque le aburría el trabajo administrativo y prefería despacharlo temprano. Luis lo esperaba en el tope de la escalera, junto a la puerta. Cuéllar subió hasta la oficina y la abrió. No imaginaba qué podría haber ocurrido para que el pobre hombre tuviera semejante aspecto, pero era el hijo de su buen amigo, quien le apoyó y lo animó cuando él era solo un chófer con ganas de trabajar, quien le facilitó los contactos para que su pequeño camión se convirtiera en una flota. Le debía mucho a Jorge Armengol y si ahora podía ayudar a su hijo, lo haría.

Una vez en el despacho, Cuéllar invitó a Luis a sentarse y le ofreció un café, que Armengol aceptó con gratitud.

—Muy bien, Luis. ¿Qué es lo que te ha pasado y cómo puedo ayudarte?

Armengol le contó toda la historia, desde que despertó junto a la chica muerta hasta la persecución de la noche anterior, cuando trataron de matarlo. Darío silbó.

—¡Menudo marrón en el que estás metido, chaval! Pero sigo sin comprender qué puedo hacer por ti.

—No puedo regresar al teatro y si sigo deambulando por las calles, más temprano que tarde me detendrán.

—Sí, desde luego que no pasas desapercibido. Para ser sincero contigo, estuve a punto de romperte el cráneo con una llave de cruz, pero aquí no puedes quedarte. En menos de dos horas este lugar se llenará de empleados. Yo no sabía nada de ese asesinato, ni había visto tu retrato robot, porque he pasado los últimos días en la carretera y cuando al fin llegaba a una pensión, o motel, me lanzaba de una a la cama. Ni pensar en encender la tele, pero casi seguro que más de uno de mis trabajadores es capaz de reconocerte.

—No creo que este sea un buen lugar para esconderme, pero puedes ayudarme a conseguir uno.

—¿Cómo?

—Tal vez puedas alquilar un piso, o un local a tu nombre. Por el dinero no te preocupes. Yo te lo daré —dijo, mientras sacaba un fajo de euros del bolsillo.

—Eso te lo dio tu amiga, la gimnasta, supongo —Luis asintió—. Consérvalo. No sabemos para qué lo puedas necesitar en tu situación. Tu padre me ayudó mucho, Luis. Y es de bien nacidos ser agradecido. Alquilaré ese piso para ti y no debes preocuparte por el dinero.

—Gracias.

—¿Qué piensas hacer? Porque no puedes pasarte la vida escondiéndote. Aún con mi ayuda, tarde o temprano ese comisario te

echará el guante y lo sabes.

—Lo he estado pensando con detenimiento. Necesito probar que yo no maté a esa chica y que me tendieron una trampa.

—¿Y cómo harás eso?

—Tengo que hacer que la Policía sepa que existe una trama de contrabando, que el asesinato fue una forma de inculparme para quitarme del medio y que no lo descubriera. Tengo que averiguar quién contrató la ruta, quien bloqueó el acceso a la información. Alguien en la naviera debe estar involucrado. Es la única explicación. Debo encontrar pruebas contra él y hacer que le lleguen a la Policía.

—¿Sabes quién puede estar detrás de esto?

—Sospecho de Carlos Torrealba.

—¿El esposo de tu amiga?

—Y tal vez de su padre.

—¿Y ella está al corriente de tus sospechas?

—No tiene idea.

—Entonces tendrás que estar muy seguro al respecto…

—…para no lastimarla. Sí, lo sé. Es posible que necesite volver al puerto, o incluso a la naviera para encontrar evidencias. Quiero saber si cuento con tu ayuda.

—¡Chaval, acabas de hacer que me sienta como si tuviera veinte años menos! —le respondió Darío frotándose las manos—. Ya te lo dije, cuenta conmigo para lo que haga falta.

Mahra se sobresaltó cuando llamaron a la puerta con dos golpes suaves. Todavía no se acostumbraba a su nueva situación. Se colocó la nikab por encima de su ropa e invitó a su visitante a pasar. Una mujer entró, le dio los buenos días y dejó la bandeja del almuerzo sobre una mesita. Al ver la comida, Mahra comprendió que estaba hambrienta. Después que tomó la decisión de huir de la casa de Isam, alimentarse había sido un problema.

Sabiendo que solo contaba con las horas de la noche de ventaja antes de que comenzaran a buscarla, Mahra decidió no perder tiempo. Sabía por conversaciones que había escuchado en el harén, que había una venta de Shawarma donde solían hacer una pausa los camioneros que seguían ruta hacia Saná. Era un lugar poco recomendable, del que las mujeres del harén hablaban con susurros en medio de risas nerviosas. Mahra se encaminó hacia allí.

Como iba a pie y tratando de mantenerse en las sombras para no ser vista, le costó casi una hora llegar. Por suerte, el lugar sí existía. Llegó a temer que se tratara de un cuento, pues su mala fama se debía a que se rumoraba que en ese local vendían alcohol. Como ella esperaba, el aparcamiento del pequeño restaurante estaba lleno de camiones. Se desanimó cuando comprobó que la mayor parte de los

compartimentos de carga tenían cerraduras con fuertes candados. Ya comenzaba a preguntarse qué más podía hacer, pues pedirle a cualquiera de aquellos hombres que la llevara hasta Saná estaba descartado. Era una mujer casada fugitiva. Ningún hombre la asistiría. Se sentó en un rincón a lamentarse de su mala suerte, cuando vio llegar un pequeño camión cargado de hortalizas. Su compartimento de carga era abierto. De él se bajaron dos hombres, un anciano y un adolescente. Iban conversando y aunque ella no pudo escuchar lo que decían, logró captar la palabra Saná. Mahra esperó a que entraran al local de comidas y cuidó que no hubiera nadie más en el aparcamiento. Luego subió a la zona de carga del camión y se ocultó debajo de los sacos de patatas y lechugas. Al cabo de un rato que se le hizo eterno, el camión reemprendió su viaje.

Casi amanecía cuando llegaron a Saná. Entraron en un mercado. Mahra, con los músculos entumecidos, trató de bajarse cuando nadie podía verla, pero no era fácil apreciar su entorno desde debajo de un saco de patatas, así que cuando quiso saltar al suelo sintió un fuerte apretón en el brazo que le impedía avanzar. Cuando volteó pudo ver al anciano dueño del camión.

El miedo la invadió. Si la regresaban con Isam, después de su intento de huida, era seguro que le esperaba un castigo ejemplar. Decidió que lo mejor era mantener una actitud firme.

—Soy Mahra, esposa de Isam Fawaz. He venido a Saná porque quiero divorciarme.

La afirmación sorprendió a los que la rodeaban.

—¿Sabe tu esposo que estás aquí? —preguntó el viejo.

—A estas horas debe saber que no estoy en casa.

—Entonces te has fugado.

—Llamad a su esposo —sugirió uno de los curiosos que rodeaba el camión.

—Llamad a la policía —dijo otro.

—¿Por qué no dejamos que lo decida un juez, abuelo? —intervino el adolescente que acompañaba al hombre que la mantenía sujeta—. Ha dicho que quiere divorciarse. Tal vez tenga buenas razones para hacerlo.

Mahra pensó con rapidez. Pese a que podía decirse que su padre la había vendido, era cierto que antes de hacerlo la había instruido bien acerca de sus derechos. Sabía que podía solicitar el divorcio argumentando que nadie había pedido su consentimiento para el matrimonio. Algunos jueces fallarían en su favor, otros no, pero al menos ganaría tiempo.

—Tengo buenas razones para pedir el divorcio. Llevadme ante un juez.

Después de algunas discusiones aceptaron atender su petición.

Mahra sentía que su destino pendía de un hilo. Si el juez decidía en su contra la devolverían a Al Hudayda, a casa de Isam. En el juzgado decidieron que la audiencia se celebraría al día siguiente, cuando debían comparecer Mahra e Isam, para que cada uno pudiera exponer su postura. Mientras tanto, Mahra quedaría bajo custodia en un hotel de la ciudad, cuyos gastos correrían a cargo de Isam, que aún continuaba siendo legalmente su esposo. Era allí donde había despertado después de quedarse rendida. A su puerta montaba guardia un oficial del juzgado, por lo que era impensable intentar la huida. Su futuro de nuevo estaba en manos de un hombre, solo que en esta ocasión se trataba de un juez. Si fallaba en su contra, Mahra tendría que regresar a Al Hudayda y afrontar las consecuencias de su huida. Si la divorciaba sería libre, pero también tendría que afrontar consecuencias. Después de rechazar a su marido no sería bien recibida ni en su casa, ni en su pueblo, pero Mahra tenía la esperanza de que lo que había visto en la costa le permitiera abrirse paso a una nueva vida.

Luis esperaba en la caja de carga del camión furgón que Darío eligió para transportarlo al refugio que había escogido para él. En un primer momento tuvo sus dudas, pues se trataba de una caja refrigerada, pero el amigo de su padre le prometió que el trayecto sería de pocos minutos, además de proporcionarle un grueso chaquetón.

—Es el mejor camuflaje —argumentó Cuéllar—. A la Policía nunca se le ocurrirá buscarte ahí.

—¿Y si algo sale mal y no puedes dejarme salir a tiempo?

—No seas gallina. ¿Qué puede salir mal?

A Armengol se le ocurrieron al menos media docena de cosas que podían salir mal, pero comprendió que no tenía alternativa. Si alguien veía a Darío salir acompañado del galpón resultaría extraño, podían recordarlo y contárselo a la Policía, si el comisario que lo buscaba encontraba su conexión con el amigo de su padre. La mejor solución era salir en la caja de carga, como si fuera mercancía. El problema era que el único camión furgón que en ese momento había en el aparcamiento de la empresa de transportes era refrigerado.

Resignado, Luis entró al frigorífico, se encogió dentro del chaquetón y se acurrucó en un rincón. Al cabo de pocos minutos, Darío abría la puerta.

—Llegamos —le dijo.

—¿Ya?

—¿No te dije que era cerca?

—¿Hemos salido del puerto?

—Estamos a pocas calles.

Armengol se bajó, al tiempo que se quitaba el chaquetón. En el exterior hacía calor. A su alrededor había un aparcamiento amurallado. Junto al camión vio un Volkswagen Golf del año de color azul. Una puerta eléctrica de hierro negro los separaba de la calle. Era sólida, por lo que impedía miradas curiosas desde el exterior.

—¿Dónde estamos? —preguntó Luis.

—Es mi casa. O solía serlo cuando trabajaba para la empresa textil. Pasé muy buenos tiempos aquí, así que nunca me he decidido a venderla, ni alquilarla. La uso como depósito para repuestos, guardar algún camión cuando el galpón está lleno. Ese tipo de cosas. Sígueme.

Luis acompañó a Darío hasta el interior de la casa. Según le explicó, estaba en la esquina de una calle bastante amplia. Aunque había vecinos en uno de los lados, quedaban tres frentes que daban directamente a la calle, por lo que era bastante discreta.

—Aquí estarás cómodo. Te traeré algo de comida y alguna ropa. También una rasuradora para que te deshagas de esa ridícula barba.

—Gracias. Nunca podré pagártelo Darío —dijo Armengol mientras se mesaba la barba—. Mi padre tenía razón acerca de ti.

—¿Ah sí? ¿Y qué te dijo acerca de mí?

—Que eras un buen amigo y un tío legal.

—Bueno, deja ya de hacerme la pelota —respondió Cuéllar, sonrojándose—. Regresaré pronto. Mientras tanto, trata de descansar, que sospecho que en las últimas horas no has podido hacerlo.

—Gracias. Hay algo más que quisiera pedirte.

—Si está en mi mano.

—No puedo acercarme a Lucía, ni a Natalia. ¿Podrías hacerles saber que estoy bien y averiguar si han tenido algún problema con la Policía?

— Debes decirme algo de Lucía que solo sepáis vosotros dos, si quieres que confíe en mí.

—Aunque es una gimnasta de primera, no sabe bailar. Es una contradicción que me confesó en una oportunidad.

—De acuerdo. ¿Algo más?

—Necesitaré la ayuda de Paulina.

—La chica esa que es experta en ordenadores ¿No es así?

—Sí. No sé si aún querrá ayudarme, pero…

—Le haré saber que la necesitas. ¿Algún otro encargo?

—Darte nuevamente las gracias.

—Hay que ver que eres pesado, chaval. Me voy.

Darío se marchó. Luis escogió la habitación más fresca de la casa y se tendió en la cama. Antes de cinco minutos se había dormido.

Lo despertó el ruido de la puerta automática. Esperaba que se tratara de Darío, porque temía que el comisario pudiera dar con él. Si

se guiaba por la rapidez con la que había encontrado el teatro, tenía que concluir que era muy listo. Por suerte, sí era Darío. Comenzó a sacar bolsas de la cajuela del coche.

—A ver, chaval, échame una mano.

Luis se apresuró a ayudarlo. En un par de viajes pasaron todas las bolsas al interior de la casa. La mitad era comida, la otra mitad ropa.

—¿En qué tiempo has comprado todo esto?

—No has visto la hora. ¿Verdad?

Luis miró su reloj. Se sorprendió al comprobar que la tarde estaba avanzada. Había dormido casi todo el día. Lo asaltó la angustia. No estaba para perder el tiempo.

—No te sientas culpable, muchacho. Llevas dos días de aúpa. Es normal que estuvieras derrengado. Necesitabas el descanso. Verás que ahora las ideas fluyen mejor.

Luis comprendió que el viejo tenía razón. Después de ducharse, afeitarse y cambiar su ropa, se sintió mucho mejor. Se miró en el espejo. Se veía más normal sin la barba a dos colores, pero tendría que hacer algo con el cabello. Ya las raíces oscuras también comenzaban a notarse. Hablaría con Paulina para que volviera a teñírselo con un color más similar al suyo. Cuando regresó a la cocina, Darío lo esperaba con una tortilla y una hogaza de pan. Armengol comenzó a comer con apetito.

—¿Hay alguna novedad? —le preguntó a Cuéllar.

—Alguna. Mientras hacía las compras entré en una exclusiva tienda de ropa femenina, para comprarle un regalo a mi hija.

—No sabía que tuvieras una hija —señaló Luis, sin dejar de comer.

—Y no la tengo. ¿Me vas a dejar terminar? El caso es que le dije a la joven que atendía en la tienda que quería mandar a hacer un modelo exclusivo y que por lo tanto quería ver a la dueña. La chica quiso darme excusas. Que si no trabajaban así, que si la señora Narváez no atendía directamente a los clientes. Bueno, para hacerte el cuento corto, que me puse pesado y por fin la chica accedió a comunicarme con la dama, con la finalidad de que me mandara a la porra, para así librarse de mí. En cuanto respondió el teléfono le dije que era un gran admirador suyo, de los años en que ella era gimnasta. Que la invitaría a bailar si no supiera que la danza no era lo suyo. No mencioné tu nombre porque podría haber escuchas. Ella tampoco lo hizo, pero es una chica lista y comprendió enseguida. Me pidió que la esperara en la tienda.

—¿Pudiste hablar con ella?

—Por supuesto. Media hora después había llegado. La empleada estaba muy sorprendida, pero ella le dijo que era amigo de

su padre y que consideraba el regalo a mi hija como un reto personal. La chica pareció conforme y se desentendió de la conversación.

—¿Ella y Natalia están bien? ¿Les ha dado problemas la Policía?

—Están bien. Se inventaron que habías sido tú quien le recomendó el local. Eso justificará cualquier huella o muestra de ADN tuyos que encuentren en ese lugar. La Policía tiene sospechas, pero no puede probar nada. Sin embargo, ella también considera que de momento es mejor que te mantengas alejado de ambas, por si ese comisario las tiene bajo vigilancia.

—Sí, lo más prudente es que las deje en paz.

—No seas merluzo. No es eso lo que me quiso decir. Ella se encargará de hacerle llegar tu mensaje a Natalia.

—¿Qué mensaje?

—Acerca de Paulina —Darío miró el reloj—. La chica debe estar esperándome en mi bar favorito. Si acepta seguir ayudándote, la traeré esta misma tarde. No hay tiempo que perder. Cada hora que pasa, ese policía te resopla más cerca del cuello. Por no hablar de los contrabandistas. ¡Menudo follón! —concluyó Cuéllar, mientras salía por la puerta trasera en dirección a su coche.

Al cabo de un par de horas, Darío regresó con Paulina. La joven corrió al encuentro de Luis, sorprendiéndolo al darle un abrazo y dos besos, como si fuera un viejo amigo al que hacía mucho tiempo que no veía.

—Me alegra comprobar que estás bien. Cuando ese policía descubrió tu escondite nos preocupamos mucho. Creímos que te atraparían.

—Todavía me quedan algunos recursos, pero necesitaré tu ayuda. ¿Estás dispuesta?

—¿Crees que habría venido si no lo estuviera?

—Lo siento. Es que me quedan muy pocas opciones.

—Bien, yo os dejo —anunció Cuéllar—. Me esperan en la empresa de transportes. Si me necesitáis, Paulina tiene mi número móvil. Un mensaje de texto y estaré aquí antes de diez minutos.

—Gracias, Darío.

—A mandar —dijo Cuéllar, mientras se despedía con la mano.

Luis y Paulina se quedaron sentados a la mesa de la cocina. En pocas palabras, él le contó lo que había ocurrido en las últimas horas.

—¡Joder, tío! ¡Armas y drogas! Me dejas de piedra. ¿Tienes algún plan?

—Lo he pensado mucho. Mi principal problema es que necesito pruebas concretas para llevárselas a la Policía y que me crean.

—¿Y lo del asunto del combustible consumido en exceso no es

suficiente?

—No. Es demasiado técnico. Claro que puede corroborarlo un perito, pero podrían argumentar media docena de motivos por los cuales el consumo es excesivo. Necesito algo más concreto.

—¿Cómo qué?

—En primer lugar, debo saber quién contrató la ruta. Alguien debe estar detrás del pedido de fertilizante potásico. Debe existir un papeleo que respalde la importación. También es importante conocer los detalles.

—Pero la importación del fertilizante podría tener toda la documentación en regla, aunque su verdadero objetivo sea ocultar el contrabando.

—Lo más probable es que así sea. Sin embargo, debe existir un historial que refleje las cantidades transportadas en cada viaje. Tal vez encontremos alguna divergencia. Tal vez los contrabandistas manejen una doble contabilidad que nos permita demostrar la existencia del contrabando. Solo con los datos de esa ruta sabremos cómo lo hacen. Y necesitamos saberlo para poder conseguir las pruebas.

—¿No aparecían esos datos en el archivo que descargué?

—Me temo que no. Debe existir más información oculta en algún lugar.

—Bien, vamos a intentarlo.

Paulina comenzó a trabajar con el ordenador. Su rostro expresaba concentración la mayor parte del tiempo con algunas pinceladas de frustración, o de euforia, dependiendo de si lo que buscaba se le resistía, o lo superaba. Al cabo de veinte minutos apartó la mirada de la pantalla y resopló.

—Me lo temía. Han reforzado los cortafuegos —al ver la expresión de desconcierto de Luis, aclaró—. Me refiero a las barreras defensivas para impedir la entrada de intrusos. Es probable que detectaran mi incursión anterior.

—¿Entonces no has podido acceder?

—¡Oh, eso sí! Ha sido mucho más difícil que ayer, pero por fin lo logré. Sin embargo no hay acceso a los archivos de esa ruta desde aquí. Esa información está en el servidor principal de la naviera y no se comparte con ninguno de los terminales esclavos.

—¿Eso qué quiere decir?

—Que para tener acceso a la información que quieres obtener, tenemos que intentarlo desde el servidor maestro. Supongo que sabes cuál es.

—Pues así, a bote pronto…

—A ver, déjame explicártelo de manera que un lego en informática como tú lo entienda. ¿No hay un ordenador en la naviera al que están conectados todos los demás ordenadores, que es el más

potente y el que guarda la información más importante?

—Sí, claro. El ordenador de don Vicente.

—Pues bien, en ese caso tenemos que ir a la naviera, entrar en el despacho de don Vicente y desde allí, tratar de recuperar este archivo.

—¿Hablas en serio? —preguntó Luis, palideciendo.

—Muy en serio. Tampoco es algo que me resulte agradable, pero es la única forma posible de obtener esa información.

—En ese caso, supongo que tendremos que tener un plan.

—Bien dicho.

Pasaron las siguientes horas trazando un plan que les permitiera entrar en la boca del lobo y salir con lo que necesitaban. Al final, Luis se puso de pie y se estiró como un gato.

—Es una locura, pero puede funcionar.

—¡Me encanta! —dijo Paulina, aplaudiendo como una niña.

Ya había anochecido. Darío regresó con la cena que había comprado en un bar cercano. Escuchó las explicaciones de ambos jóvenes, se quedó pensativo un momento y luego dio su opinión.

—Es muy arriesgado. Demasiadas cosas pueden salir mal, pero comprendo que no hay alternativa. Tienes razón, Luis, si te presentas a la Policía con una historia como esa y sin ninguna prueba, te encerrarán y tirarán la llave.

—¿Entonces estás con nosotros?

—Hasta el final.

—En ese caso, me voy a hablar con Natalia para que le pregunte a Lucía si tiene una copia de la llave del despacho de su padre —dijo Poli.

Darío y Paulina se marcharon a sus respectivas casas. Veinte minutos después, Luis recibía un mensaje de texto de Paulina, confirmándole que ya tenía la llave que requerían. En su mente, Armengol repasó una y otra vez el plan que había trazado con la joven, hasta que se quedó dormido.

Día cuatro.

Al día siguiente, Darío acudió a buscarlo. Ocultaba su rostro con una barba postiza y su ralo cabello con una boina. Además, se había agenciado una furgoneta de fontanero. Ante la mirada interrogante de Luis, respondió.

—De mi cuñado. Se la alquilé por el día de hoy.

Luis prefirió no saber qué excusa le había dado. Se vistió con un mono, se manchó el rostro con grasa y entró en la furgoneta. El mayor riesgo que correrían sería que alguien lo reconociera. Esperaba que la grasa en la cara ocultara parte de sus facciones y que nadie se fijara en él, al pensar que era un obrero. Antes de salir, Darío envió un mensaje de texto a Paulina para avisarle que el plan estaba en marcha. La chica debía entrar al sistema de seguridad de GEONS y programarlo para que se desactivara entre las 9:00 y las 9:15 a.m. Cuéllar y Armengol llegaron a las oficinas de la naviera en menos de quince minutos. Aparcaron en uno de los sótanos y buscaron al bedel. Luis se quedó rezagado, mientras Darío hablaba con Ceferino.

—Venimos de "Frioval", mantenimiento de sistemas climatizados, para una revisión.

—Nadie me ha hablado de una revisión —protestó Ceferino.

—Y a mí que me cuentas. Cubro esta ruta y vosotros sois clientes nuevos. El primer mantenimiento es gratuito. Firma aquí y me largo a beber unos chatos. Eso sí, el próximo viaje lo tendréis que pagar a tocateja.

—Está bien. Siempre soy aquí el último mono en enterarse. Venid conmigo.

Ceferino los condujo a la habitación donde se encontraba el compresor. Luis se mantuvo con la cabeza gacha, la gorra de béisbol con la visera baja y la actitud más sumisa que pudo simular. El bedel lo miró en un par de ocasiones, pero cada vez que lo hacía, Darío decía alguna barbaridad que desviaba su atención. Al final se aburrió de verlos mover tuercas y se marchó.

—Creí que no se iría nunca —comentó Armengol, mientras se dirigía hacia la puerta.

—De acuerdo, date prisa. Os recogeré a la hora acordada.

Paulina vestía con traje de falda y chaqueta, blusa de color claro, un fular y se había recogido el cabello en un moño. Su atuendo lo completaba un maletín ejecutivo donde transportaba su portátil. Entró con paso decidido en la naviera y pidió hablar con uno de los ejecutivos, porque quería contratar una ruta. El segurata de la puerta

le entregó un pase de visitante y le dio las instrucciones para llegar hasta las oficinas que estaban en el tercer piso. Subió por las escaleras. Por precaución, se colocó el fular como si fuera un velo, mantuvo la cabeza gacha y evitó mirar de frente a las videocámaras. Miró el reloj. En tres minutos exactamente, todas las cámaras de seguridad del edificio quedarían desactivadas. Esperaba que para entonces, nadie lo notara.

Luis alcanzó uno de los servicios para hombres del primer piso. Esperó a quedarse solo, oculto dentro de uno de los privados, luego cerró la puerta por dentro. Cogió una de las papeleras, que como bien sabía era metálica y terminó de llenarla con papeles húmedos. Luego esperó mientras miraba el reloj. El último minuto se le hizo eterno, pero era importante la sincronización. A las nueve en punto encendió la papelera con un yesquero y la colocó debajo de uno de los detectores de humo.

La alarma de incendios comenzó a sonar estruendosamente al cabo de pocos segundos. Con precaución, entreabrió la puerta y pudo ver a todos los empleados evacuando ordenadamente el edificio. Don Vicente era obsesivo con la seguridad, así que hacían un simulacro de incendio cada trimestre. Armengol sabía que el edificio quedaría completamente vacío antes de cinco minutos. Esperó. Cuando volvió a asomarse solo vio pasillos desiertos. En pocos minutos llegarían los bomberos, por el sistema informatizado determinarían cuál era la alarma que se había disparado, alguien acudiría a comprobar y encontrarían la papelera humeante. Lo considerarían una broma de mal gusto, o un acto de sabotaje. En cualquier caso, para entonces esperaba encontrarse muy lejos.

Luis corrió escaleras arriba hasta el tercer piso, donde sabía que lo estaría esperando Paulina. En efecto, la chica aprovechó la soledad de la zona ejecutiva para usar la llave que les había prestado Lucía. Ya había conectado su portátil con el ordenador del señor Narváez y hurgaba en sus entrañas informáticas.

—¿Todo bien? —le preguntó en cuanto la vio.

—No me distraigas. Puedes quedarte si mantienes la boca cerrada.

Armengol obedeció, mirando el reloj de vez en cuando. Tenían poco tiempo. Todo el personal de GEONS esperaba en la calle, mientras las sirenas de los bomberos ya comenzaban a escucharse a lo lejos. Además, a las 9:15 volverían a funcionar las videocámaras del sistema de seguridad y si no habían salido para entonces, sus rostros quedarían grabados. Por él no le importaba. Ya lo buscaban todas las autoridades de la provincia y era probable que también del país, pero no quisiera que Paulina tuviera problemas.

La chica continuaba trabajando y de vez en cuando se le

marcaba una pequeña arruga entre las cejas cuando fruncía el ceño por la concentración. Nueve y catorce. Armengol decidió abortar el plan. Abrió la boca para decírselo a Poli y sacarla de allí, cuando ella comenzó a apagar los ordenadores, mientras le mostraba una pequeña tarjeta de memoria.

—¡Aquí está! Espero que valga la pena, Armengol, porque nunca lo había tenido tan difícil.

—Después me lo cuentas —le dijo él, mientras tiraba de ella por el brazo y la obligaba a correr.

Llegaron al aparcamiento y se escondieron en el mismo cuarto del climatizador que usaron Luis y Darío como excusa. De la caja de herramientas que deliberadamente había dejado allí Darío, sacaron un mono de trabajo que Paulina se enfundó a toda prisa. Él le puso la gorra de béisbol para esconder el moño. Diez minutos después, Cuéllar llegó con la furgoneta y la aparcó lo más cerca que pudo. Subieron deprisa, aunque sin correr. Era posible que si se llevaba a cabo una investigación, alguien notara que con la empresa de mantenimiento habían llegado dos operarios y se habían marchado tres. También era posible que en las grabaciones alguien reconociera a Luis, pero eso no le importaba. Él ya era fugitivo. De lo que sí se aseguró fue que los rostros de Darío y Paulina, en ningún momento quedaran expuestos a las cámaras.

Cuando Carlos regresó a su despacho, después que algún gracioso activara la alarma de incendios, apenas tuvo tiempo para encender su ordenador, cuando la pelma de su secretaria le anunció que tenía una llamada.

—No espero ninguna llamada. ¿De quién se trata?

—Dice que es el señor Critón y que está seguro que usted lo atenderá. Es muy insistente.

—¿Qué espera? ¡Pásemela! —casi gritó a Mónica, mientras un escalofrío le recorría la espalda.

Carlos colgó el auricular y enseguida un pitido acompañado de una luz intermitente, le indicaron que Ojeda le acababa de pasar la llamada.

—Aquí Torrealba.

—¡Eres un imbécil!

—Critón ¿Qué ocurre?

—Que ¿qué ocurre? Hace cuarenta y ocho horas tenías que haberte encargado de Armengol, y el tipo no solo está vivo y libre, sino que se da el lujo de interrumpir una entrega y robar la información de nuestros archivos en tus narices.

—¿De qué hablas? Estoy en GEONS. Nadie ha… ¡La falsa alarma de incendio! ¡Maldita sea!

—Nuestro otro contacto en la naviera acaba de hacer una comprobación. Alguien entró en el servidor principal y descargó un archivo que compromete una de nuestras rutas. ¿Adivinas cuál?

—¡Mierda!

—Sí, mierda. Fuiste tú quien sugirió guardar esa documentación en ese ordenador. Dijiste que era seguro,

—Escucha Critón. Me haré cargo de Armengol y recuperaré los archivos.

—Es lo que prometiste ayer.

—Ayer estuvimos a punto de acabar con él.

—A punto no es suficiente, Torrealba. Quiero que Armengol deje de ser un problema y quiero que destruyas toda copia de ese documento que haya salido de la naviera. ¡Ah!, también quiero que te ocupes de cualquiera que tenga información acerca de esto. Aunque se trate de tu mujer.

—¿A qué te refieres?

—¿No lo sabes? Entonces eres más imbécil de lo que suponía. Tu mujercita ha estado brindando apoyo a Armengol. Fueron amigos cuando eran más jóvenes, quien sabe si algo más. Y tú no te enteras.

—Le pondré remedio. Yo me haré cargo de que Lucía no vuelva a ayudarlo —prometió Carlos, limpiando el sudor de su frente con un pañuelo.

—No. Si le dices algo a tu mujer, se preguntará cómo lo averiguaste y podrías comprometer mi posición.

—No pensaba decirle nada, sino que Espina se ocupara.

—Peor me lo pones. Antes confiaba en Sósimo, pero está claro que este asunto es demasiado para él. Además, si algo le ocurriera a tu mujer se abriría una investigación de tres pares de narices.

—Entonces ¿qué quieres que haga?

—Te lo voy a decir en pocas palabras para que me comprendas. Si para la media noche no has resuelto el problema Armengol, incluyendo la recuperación de toda la información que sustrajo hoy, serás tú quien ocupe su lugar.

—Vamos Critón. Sabes que eliminarme a mí no resolverá tu problema —argumentó Carlos, volviendo a secar el sudor de su frente con el pañuelo— Muy al contrario, puede complicarte las cosas porque se abriría una investigación policial.

—Es muy amable de tu parte pensar en mi bienestar, pero no te preocupes. Yo me encargo de que la Policía no sea un problema. Por otro lado, si bien ocuparme de ti no acabaría con las complicaciones que nos está causando Armengol, serviría de ejemplo para otros dentro de la organización y me quitaría de encima a un inútil que no es capaz de controlar a un simple ejecutivo sin ningún entrenamiento.

—Está bien. Comprendí el mensaje. Haré mi mejor esfuerzo por

resolver el asunto Armengol hoy mismo.

—Más te vale —dijo Critón y colgó antes de darle oportunidad de responder.

Carlos colgó el teléfono. El corazón le latía con fuerza en el pecho y sudaba a mares por el miedo. Cuando aceptó participar en el asunto del contrabando sabía que estaba entrando en una mafia que no admitía errores, pero su papel en aquel asunto era muy sencillo: hacer los contactos en Hong Kong para que le informaran cuándo salía la mercancía de contrabando y en qué cantidad, hacer los contactos en el puerto intermedio para que descargaran la mayor parte en el trayecto y asegurarse que si alguna fracción del contrabando tenía como destino Valencia, era retirada de los almacenes antes de que pasara por aduana. Luego avisar a Critón.

Sobre su superior en la organización criminal no sabía mucho. Todos los contactos habían sido por vía telefónica. Sabía que Critón era un seudónimo y no tenía idea de quién se trataba en realidad. Aquello nunca le molestó mientras las transferencias continuaran engordando sus cuentas en un paraíso fiscal. Cada cargamento dejaba beneficios enormes y Critón pagaba puntualmente, sin rechistar.

Todo era perfecto hasta que el estúpido de Armengol descubrió la anomalía en el consumo de combustible de la ruta. Por supuesto que había un exceso. El barco llevaba un peso superior al reportado oficialmente y se desviaba para dejar el cargamento en un país junto al cual pasaba en su trayecto. Luego tenía que acelerar para recuperar el tiempo perdido. Eran contadas las ocasiones en las que parte del contrabando llegaba hasta el puerto de Valencia porque había algún pedido especial muy bien pagado. Por desgracia, era lo que había ocurrido con el cargamento de armas y drogas que descubrió Armengol la noche anterior.

Carlos rechinó los dientes. Critón lo trataba a él de inútil, e imbécil porque Espina y Rocha habían fallado a la hora de incriminar, o eliminar al ejecutivo, pero a sus mercenarios se les había escapado de un almacén cerrado. Tampoco eran tan listos. Sin embargo, Torrealba sabía que su jefe no hablaba en balde. Si no resolvía el problema ese mismo día, era hombre muerto. Aunque su actividad para la banda dentro de la naviera era importante, Carlos sabía que contaban con otro topo. Y debía ser alguien de muy alto nivel, en vista de lo rápido que identificó la intrusión en el servidor principal. Tenía que tratarse de alguien con acceso a ese ordenador.

Se preguntó quién sería el otro. Si pudiera identificarlo y eliminarlo, a Critón no le resultaría tan fácil prescindir de sus servicios, porque necesitaba un cómplice en un alto puesto de la naviera. Podía ser una solución si no encontraba a Armengol. Trató de calmarse para pensar mejor. ¿Quiénes tenían acceso al ordenador del

despacho principal? Don Vicente, por supuesto. Sabía que también los hijos de Narváez, Ignacio y Lucía, tenían copia de la llave del despacho de su padre. Luego estaban las secretarias. Rosario, la ayudante de don Vicente, era una. También Mónica, quien aunque había dejado de ser la amanuense del presidente para atenderlo a él, conservaba muchos de sus privilegios.

Sabía que podía descartar a Lucía. Al no trabajar en la naviera se le haría muy difícil desempeñar el trabajo de infiltrada de Critón, pero podía ser cualquiera de los demás. Eran demasiados. Su única esperanza era encontrar a Armengol.

Carlos se preguntó qué podría hacer, porque no tenía ni la más remota idea del paradero del maldito fugitivo. Entonces recordó algo de lo que había dicho Critón: Lucía. Su propia esposa estaba saboteando sus esfuerzos. Nunca hubiera sospechado que podía tener amistad con aquel simplón de Luis Armengol, pero si su jefe lo afirmaba era porque tenía la certeza. Carlos no sintió celos porque le importara Lucía, pero sí lo consideró una ofensa a su orgullo. Decidió buscar a su mujer y plantarle cara. La obligaría a confesarle dónde se ocultaba Armengol. Y más le valdría no mentirle.

Mahra entró al juzgado protegida por su nikab negro. Era una suerte que el juez no pudiera ver su rostro y apreciar lo asustada que estaba. Allí se encontraba también Isam, la barba bien arreglada y elegantemente vestido con su turbante y su futá. A la cintura llevaba su ornamentado *yambiyyah,* una fastuosa daga curvada cuyo mango estaba engarzado con piedras preciosas. Mahra se sintió desolada. Su marido hacía gala de una ostentación poco habitual en él, pero que con toda seguridad estaba dirigida a impresionar al juez. Mahra observó al hombre que decidiría su destino y casi se echó a llorar. Tenía suficiente edad para ser su abuelo y sus facciones eran muy severas. Por lo general, los viejos eran más apegados a las tradiciones, lo que hacía menos probable que fallara a su favor. El magistrado los observó a ambos, abrió una carpeta y se dispuso a dar inicio a la causa.

—Veamos, la señora Mahra Fawaz, aquí presente, de soltera Talep, solicita el divorcio de Isam Fawaz, residente de Al Hudayda, de ocupación comerciante —expuso el juez— ¿Quiere explicar sus motivos, señora Fawaz?

—Sí, señor juez. Deseo divorciarme pues al momento de mi boda tenía diez años y no se me solicitó consentimiento.

—¿Quién tomó entonces la decisión?

—Fue un acuerdo entre mi padre y mi marido. A cambio de un pago.

—¿Está usted insinuando que su padre la vendió?

—Solo digo que acordó mis nupcias con Isam Fawaz aquí presente cuando yo tenía diez años y que después de la boda aceptó un pago importante a cambio. Deseo divorciarme pues nadie solicitó mi opinión al respecto.

—Debo deducir que usted no quería casarse.

—Por supuesto que no. Yo solo quería jugar a las muñecas.

La honestidad de la respuesta tocó el alma del juez, pues él también tenía hijas.

—¿Qué dice usted a eso, señor Fawaz?

—Que no hice nada que contraviniera la ley y las costumbres, señor juez. Conozco a Talep desde hace muchos años, me enamoré de su hija y se la pedí en matrimonio, acordamos la boda y nos casamos.

—Entonces reconoce que nadie le preguntó su opinión a su actual esposa.

—No es lo acostumbrado. Lo acordé con el hombre que la representaba. Su padre. Es la tradición.

—¿Consumó usted el matrimonio?

—Por supuesto.

—Aun cuando su esposa solo tenía diez años.

—No es ilegal.

—Pues debería serlo —sentenció el juez—. Mahra Fawaz, te concedo el divorcio. A partir de ahora eres Mahra Talep y este hombre no tiene ningún derecho sobre ti.

Cuando llegaron a la casa de Darío, a Luis le temblaban las piernas. ¿En realidad había funcionado? ¿Habían entrado al despacho de don Vicente, manipulado su ordenador y salido de allí sin que nadie los detuviera? ¡Joder, qué subidón! Nunca se hubiera imaginado capaz de hacer algo así. Paulina debía sentirse igual porque tenía las mejillas arreboladas. Luis se sintió afortunado. Él estaba metido en ese brete porque no tenía alternativa, pero sus amigos lo hacían porque lo apreciaban y eso nunca lo olvidaría.

Una vez estuvieron a salvo en la cocina, Darío se dispuso a preparar café para todos. Mientras trasteaba con la cafetera se dirigió a ambos.

—¿Y entonces? Contádmelo todo. ¿Lo habéis conseguido?

—No fue fácil, pero sí, aquí está —dijo Paulina sonriendo, mientras sostenía en alto una tarjeta de memoria.

—¿Estaba muy protegida la información? —quiso saber Armengol.

—No sabes cuánto. El ordenador de tu jefe, el servidor de la naviera apenas tenía los antivirus y cortafuegos habituales en cualquier empresa, pero este archivo… La encriptación de esta información es obra de un genio de la informática y debe haberles

costado un pastón.

—¿Por qué ser tan laxo en la seguridad informática de la naviera y esmerarse tanto para proteger un solo archivo? —preguntó Darío.

—Porque es la información de la ruta involucrada en el contrabando —respondió Luis.

—Es probable que los códigos de seguridad de este pequeño ni siquiera tengan nada que ver con la naviera —explicó Poli.

—¿A qué te refieres?

—Alguien más puede haber guardado el archivo en el ordenador del presidente de GEONS sin que él mismo lo supiera. Siendo así, ni siquiera él tendría acceso a la carpeta, a menos que supiera la contraseña.

—Entonces tendría que ser alguien cercano —opinó Luis—. Me refiero a que tiene que ser alguien con acceso al ordenador de Narváez.

—Es lo más probable.

—¿Quiénes pudieran ser? —preguntó Darío.

—Don Vicente, sus hijos, su secretaria y Carlos Torrealba, por supuesto.

—Ese tío sigue siendo el más sospechoso. Tal vez debamos hacerle una visita —sugirió Cuéllar.

—¿Debamos? Ya te has involucrado demasiado en esto, Darío. Es algo que debo hacer yo solo.

—¿Y qué vas a hacer? —preguntó Poli, con sentido práctico—. ¿Te vas a acercar a él y le vas a preguntar, oye eres tú el gilipollas que está metido en contrabando y que asesinó a una chica para incriminarme? No seas pardillo, Luis. Tú no tienes ninguna autoridad, más bien te persigue la ley. Si te acercas a ese tío, le bastará con llamar al 112 y hasta ahí llegó tu flamante investigación.

—Tienes razón, pero entonces ¿qué puedo hacer?

—Nos hemos dejado la piel para conseguir esta información. ¿Verdad? Pues vamos a verla. Tal vez surja alguna pista que puedas seguir y que sea más prometedora que plantarte frente a ese impresentable para que tenga una crisis de arrepentimiento y confiese.

Paulina conectó la tarjeta a su portátil y abrieron el archivo. Allí estaba toda la información. La ruta llevaba funcionando dos años. La empresa que hacía traer el fertilizante desde Hong Kong y que había contratado a GEONS para llevar a cabo la importación, se llamaba "TEIFE" y tenía su sede en Valencia. Una rápida investigación informática por parte de Poli descubrió que "TEIFE" nunca había declarado impuestos a Hacienda. Algo cuando menos extraño e ilegal. Darío trató de comunicarse con ellos usando su móvil, pero nadie respondió los teléfonos, así que decidieron acudir a sus oficinas en la

calle Mallol. Por otra parte, el documento que ahora examinaban parecía el hermano gemelo del anterior, pero con los datos reales. Era la información contable de la operación de contrabando. Ante ellos se desplegaban una serie de cifras y siglas que para cualquier lego representaban un galimatías. Luis lo comprendió enseguida porque ese era su trabajo, pero Cuéllar y Paulina se quedaron "in albis".

—No entiendo una mierda —confesó Darío.

—La ruta se extiende entre Hong Kong y Valencia —explicó Luis—. Atraviesa el canal de Suez. Aunque varios barcos de GEONS la cubren transportando todo tipo de mercancías, el contrabando siempre involucra al mismo mercante, el "Heral", lo cual significa…

—…que deben contar con la complicidad del capitán y probablemente de parte de la tripulación —lo interrumpió Cuéllar, completando la idea.

—Exacto. En ocasiones transporta armas, o droga, o ambas. Casi siempre el Heral se desvía de su ruta en dirección a Yemen, donde suele permanecer unas horas, siempre por la noche. Eso les obliga a aumentar la velocidad durante el resto del trayecto para no despertar sospechas al retrasarse en todos los viajes. Todo esto justifica el exceso de consumo de combustible que puso mi vida de cabeza.

—Por eso se tomaron tantas molestias en incriminarte —opinó Paulina.

—Sí. De haberme asesinado como hicieron con Zabala, la Policía hubiera investigado mi vida personal, pero también mis últimas actividades laborales y alguien podía haber recordado las preguntas que hice sobre esta ruta.

—Pero como sospechoso de un homicidio, a las autoridades les tendría sin cuidado en qué estabas trabajando y te estarían quitando del medio de igual forma. ¡Qué cabrones! —concluyó Cuéllar—. ¿Le harás llegar esta información a la Policía?

—Por supuesto. Ese comisario que me persigue debe tenerla cuanto antes. Ahora debo pensar cómo hacérsela llegar sin arriesgarme a que me detenga.

—Yo tomaría precauciones con respecto a eso, Luis —opinó Paulina.

—¿A qué te refieres?

—No conocemos a ese policía, pero a Nati la hizo sentirse incómoda. Parecía solo interesado en atraparte, sin importarle ninguna otra consideración.

—Se supone que ese es su trabajo. ¿No?

—¿Y si es uno de esos tíos que no atiende a razones? Estarías poniendo todos los huevos en la misma cesta, sin ninguna garantía de que te escuche.

—¿Qué propones entonces?

—Además de él, podríamos hacérselo llegar también a un juez. Al haber más personas que dispongan de esta información, será más probable que alguien te escuche.

—También será más probable que se la entreguemos a un cómplice de los contrabandistas.

—¿Y qué? Ya te persiguen. Ya deben saber que tienes este archivo en tu poder y nadie mejor que ellos conoce su contenido. No empeorarás tu situación por hacerle llegar la información a alguien que esté metido en la trama, pero si no la reciben quienes pueden creer en ti y ayudarte, nunca saldrás de este atolladero.

—Tienes razón, por supuesto. Es solo que no quisiera perjudicar a Lucía y su familia.

—Me temo que ya es tarde para eso —reconoció Poli, con honestidad—. La naviera está metida en un entramado grave de contrabando. Tendrán que capear el temporal. Tú no puedes cambiar eso.

Luis suspiró. ¿Lo perdonaría Lucía después de que embarrara a su familia con aquella pestilencia? Pero Poli tenía razón, él no podía cambiar un hecho constatado. Si guardaba silencio sería cómplice y no tendría forma de demostrar su inocencia.

—¿Qué sugieres? —le preguntó a Paulina, claudicando.

—Vamos a elaborar un informe donde expliques cómo te metiste en este berenjenal. Haré copias del archivo. Prepararemos un dosier con tu historia, el documento comprometedor impreso y la tarjeta de memoria. Luego se lo enviamos a Campos y a un juez que esté dispuesto a recibirlo. Entonces nos sentaremos aquí a esperar a ver qué pasa.

Isabela sintió que la emoción la desbordaba cuando la azafata anunció que en breve aterrizarían en el aeropuerto de Barajas, en Madrid. Le parecía imposible que su sueño se hubiera hecho realidad en pocas horas. Manuel, a su lado, se entretenía leyendo un libro.

Su cuñado había sido muy amable y solícito. Además, debía ser mucho más importante de lo que su familia imaginaba porque había resuelto los trámites para el viaje de ella en pocas horas.

Ambos salieron de Rod hacia Bucarest la misma tarde de la sorpresiva visita de Manuel. Isabela tenía listo su equipaje antes de una hora. Después tuvo que esperar un par de horas más, hasta que su padre y Manuel regresaron del juzgado del pueblo con los permisos de viaje que le permitirían salir del país aun siendo menor de edad.

Para el anochecer, ella y su cuñado se registraban en un lujoso hotel de Bucarest. A ella le pareció increíble pensar que pasaría aquella noche en un lugar tan espléndido, en especial cuando a la

mañana siguiente, el servicio de habitaciones se presentó con un abundante desayuno servido en la cama. Y todo había sido idea de Manuel. No le sorprendía que su hermana se hubiera enamorado de él. Isabela se preguntó si ella algún día tendría la suerte de encontrar un hombre como él, tan sofisticado, gentil y solícito, tan diferente de sus amigos, quienes eran buenas personas, pero en comparación con su cuñado no dejaban de ser campesinos de modales rústicos.

El avión finalmente tocó tierra y como el resto de los pasajeros, ambos esperaron que se detuviera para levantarse de sus asientos y buscar sus equipajes de mano. Ninguno de los dos llevaba maleta. Manuel le había explicado que su viaje había sido solo por un par de días y le recomendó a Isabela que se limitara a una pequeña maleta de mano, porque la ropa que usaba en Rod no encajaría bien en España. Le prometió que Bianca le compraría ropa nueva cuando llegaran a Valencia.

Isabela se sentía como la princesa de un cuento de hadas, a quien le eran concedidos todos sus deseos. Al no llevar sino el equipaje de mano no tuvieron que esperar la salida de las maletas y fueron los primeros en inmigración. Manuel era quien llevaba los pasaportes de ambos.

Pasaron la inmigración sin mayores contratiempos, gracias a los trámites que había adelantado Manuel en Bucarest. Pese a que Isabela hubiera querido quedarse aunque fuera unas horas en Madrid, el avión con rumbo a Valencia despegaba en una hora, así que no salieron del aeropuerto. Se prometió a sí misma que en la primera oportunidad regresaría para visitar la ciudad. De cualquier forma, nada le importó. Ya estaba en España y ese mismo día podría abrazar a su hermana.

Solo un pequeño detalle enturbió su entusiasmo. Desde el momento en que llegaron a Barajas, los modales de Manuel comenzaron a ser menos amables y más imperativos. Ya no le daba explicaciones, ni le pedía que hiciera lo que deseaba. Su tono de voz era autoritario y cortante. Además se había vuelto más silencioso. Ella lo atribuyó al cansancio del viaje y lo dejó estar. Nada impediría que disfrutara de ese momento. Su momento.

Un par de horas después aterrizaban en Valencia. Isabela respiró profundamente como si quisiera llenar sus pulmones de ese nuevo aire que le parecía colmado de nuevas esperanzas. Se preguntó si Bianca la estaría esperando en el aeropuerto y se desilusionó cuando comprobó que no era así.

—¿Bianca no vendrá?

—No puede. Está ocupada en su trabajo.

Isabela calló ante el tono cortante de su cuñado. No los esperaba Bianca, pero sí un hombre bastante musculoso, mal afeitado

y con cara de pocos amigos. Asintió en dirección a ella cuando se le acercaron, como si aprobara su presencia. Aquel gesto hizo que Isabela sintiera un cosquilleo desagradable en el estómago.

Subieron al coche del individuo. Nadie dijo una palabra en el trayecto y la joven se entretuvo mirando su nueva ciudad por la ventanilla. ¡Cuántas ganas tenía de recorrer a pie aquellas calles, de sentir el sol valenciano en su piel pálida, de mojar sus pies en el Mediterráneo! Cuando finalmente llegaron, a ella le sorprendió lo sórdido del lugar.

—Por aquí —dijo el amigo de Manuel—. Y no se te ocurra crear problemas.

—¿Problemas? —preguntó Isabela, comenzando a sospechar que algo no iba bien—. ¿Qué lugar es este? ¿Dónde está Bianca?

El sujeto la cogió por un brazo mientras Manuel abría una puerta estrecha en medio de un callejón.

—Si gritas o armas algún escándalo lo lamentarás —le susurró el matón al oído. Ella quedó petrificada por el miedo.

La arrastraron escaleras arriba, donde la esperaba una mujer, obviamente una prostituta, fumando un cigarrillo.

—¿Esta es la chica? No se parece en nada a su hermana.

—Es ella —confirmó Manuel.

—Llevadla a la habitación número tres. El jefe subirá después para verla.

—¿Quién es usted? ¿A qué lugar me han traído? ¿Dónde está mi hermana?

Nadie le respondió. La metieron en una habitación perfumada y decorada con motivos románticos. Mientras salía del estupor de la sorpresa y la realidad penetraba su cerebro, la invadió el llanto. Veinte minutos después un hombre entró en la habitación. Tenía un aspecto corriente, casi paternal. Ella retrocedió y se encogió en un rincón. Él se le acercó lentamente, la cogió por la barbilla y le contempló el rostro bañado de lágrimas. Luego asintió como si aprobara lo que veía.

—¿Quién…quién es usted? ¿Por qué me han traído aquí? ¿Dónde está mi hermana?

—¿Tu hermana? Tu hermana se quiso pasar de lista, por eso tú tendrás que ocupar su lugar. Además, entre el viaje, el hotel de Bucarest y los mil euros que le enviamos a tus padres, ya has contraído una considerable deuda conmigo.

A medida que se acercaba a su casa, Carlos sentía que la furia crecía en su interior. Su propia mujer había saboteado su misión y puesto en peligro su vida por un don nadie. Claro que ella no sabía nada del contrabando, ni del encargo que le había hecho Critón, pero eso no era excusa. Había ayudado a un criminal a escapar, poniéndose

en peligro ella misma, y lo que era más importante, comprometiendo la reputación de él. ¿Cómo quedaría su imagen si se llegaba a saber que su propia mujer había ayudado a Armengol a sus espaldas? Lo más probable era que pensaran que le ponía los cuernos. ¿Se los pondría? ¿Con ese insípido? ¡Imposible! Pero entonces ¿por qué arriesgarse, ayudándolo?

Torrealba sentía que el comportamiento de su mujer era una afrenta personal hacia él. Era cierto que estaban distanciados desde mucho antes que naciera Daniel, también que él no perdía oportunidad de correrse una juerga con otras mujeres, pero eso era diferente.

Sumido en esos pensamientos llegó a su casa. En todo caso, lo más importante era que ella le confesara dónde se encontraba Armengol. Era vital para su supervivencia. Lucía había dejado de importarle en cuanto celebraron la boda y él aseguró su futuro como yerno de don Vicente Narváez.

Entró al salón como una tromba. Allí estaba Lucía, sentada en uno de los sillones, con una revista de modas sobre las rodillas y un cortapapeles en la mano con el que había separado algunas de las páginas. Dejó la plegadera sobre la mesa del centro para concentrarse en su conversación con Clarisa, la asistente. Cuando vio aparecer a Carlos de esa forma tan abrupta se quedó en silencio, mirándolo con expresión de reproche.

—Eso es todo por el momento, Clarisa. Déjenos solos, por favor.

La mujer asintió, se dio media vuelta y avanzó con paso rápido hacia la cocina. Parecía contenta de poder abandonar el salón.

—¿Se puede saber qué forma es esa de irrumpir en la casa? ¿Dónde crees que estás? Este no es uno de esos burdeles que tanto te gustan.

—Deja de hacerte pasar por una dama exquisita. No funciona conmigo, Lucía. Te tengo calada. Lo sé todo.

—Pues si lo sabes todo, tal vez puedas iluminarme con un poco de esa sabiduría, porque yo no tengo idea de a qué te refieres.

—Armengol.

—¿Armengol? —repitió ella, sin poder evitar que le temblara la voz.

—Sí, Armengol. Tu amante.

—¡Por favor, no seas imbécil! —le espetó Lucía, aliviada al comprender que Carlos estaba lanzando flechas al aire, sin tener una idea clara de dónde se encontraba el blanco—. Yo no tengo un amante, aunque pensándolo bien, tomando en cuenta tu comportamiento tendría todo el derecho, pero me respeto demasiado a mí misma para hacer algo así.

—¿Me vas a decir que lo has ayudado a huir de la Policía, por

pura amistad?

—Aunque no lo creas, hay personas que valoran la amistad y son capaces de hacer sacrificios por aquellos a quienes llaman amigos, pero ese es un concepto que tú nunca podrás comprender. Además, quién dice que yo ayudé a nadie a escapar de la Policía.

—¿Me vas a decir ahora que no lo hiciste? ¿Qué no conoces a Armengol? Lo sé todo y lo sé de buena fuente.

—Claro que conozco a Luis Armengol. Lo conocí cuando ambos formábamos parte del Equipo de Gimnasia. De allí lo conozco a él y a muchos otros, pero eso no significa nada.

—¿Me vas a negar que fuiste tú quien lo ayudó? Te digo que lo sé de buena fuente.

—¿Qué fuente?

—Eso no te lo voy a decir. Ya arreglaremos tú y yo ese asunto. Ahora quiero que me confieses dónde está Armengol.

—En el caso de que supiera donde está, ¿por qué habría de decírtelo a ti?

—Porque soy tu marido.

—Solo de nombre y de cara a la Sociedad. Sabes muy bien que entre tú y yo no hay nada parecido a un matrimonio desde hace muchos años.

—Frente a la ley lo soy.

—La misma ley que persigue a un hombre inocente.

—¡Ajá! Entonces reconoces que lo has ayudado.

—No reconozco nada. Pero dime, ¿por qué te interesa tanto saber dónde está Luis? ¿Qué te puede importar a ti?

—Eso no es asunto tuyo. O me lo dices o…

—¿O qué? —preguntó ella, acercándose a él dos pasos con la mirada desafiante—. ¿Qué vas a hacer si no te digo dónde está Armengol? Algo de lo que por otro lado, no tengo idea.

—Me juego mucho. No me iré sin una respuesta. ¿Dónde está el hijo de puta de Armengol?

—¿Te juegas mucho? ¿A qué te refieres? —ella abrió mucho los ojos al comprender—. Tú estás metido en esto ¿Verdad? ¡Tú lo incriminaste!

—No voy a darte explicaciones. ¿Qué sabrás tú? Tú, que has nacido con una cuchara de plata en la boca y no has hecho nada más en tu vida que lamer de ella. Yo en cambio. ¿Sabes lo que he tenido que hacer y soportar para tener el estilo de vida que me merezco? Por última vez. ¿Dónde se esconde Armengol?

—"No. Lo. Sé" —dijo ella, remarcando cada palabra.

Carlos sintió que un calor le subía desde el vientre hasta la cabeza. Si no conseguía esa información era hombre muerto. Y la estúpida de su mujer se lo estaba poniendo difícil. Ni siquiera lo pensó

cuando le dio un bofetón, con tanta fuerza que la sentó en el sillón.

—¿Cómo te atreves…? —le espetó ella, con un profundo desprecio en la mirada— ¡Sal de aquí! ¡Vete y no vuelvas más!

—Ya te dije que no me iré hasta que me confieses dónde está Armengol.

—Y yo ya te dije que no lo sé —le repitió Lucía alzando la voz —. He soportado tus desprecios, tus salidas por días sin ninguna explicación, tus juergas con otras mujeres. Todo lo he aguantado por Daniel, pero esto… Ponerme la mano encima es lo último que harás contra mí. ¡Quítate de mi vista! Ahora mismo iré a ponerte una denuncia y a hablar con mi abogada para que introduzca la demanda de divorcio. Estoy segura de que lo hará con mucho gusto porque no te soporta.

—¡Ah sí! La buena de Natalia. Yo tampoco la soporto. Me iré cuando me respondas lo que quiero saber. No antes. ¿Lo entiendes? —Carlos alzó la voz mientras hablaba y se fue acercando a ella, levantando de nuevo la mano con la intención de volver a golpearla— ¿Dónde está Armengol? —gritó.

Lucía sintió miedo al verlo venir hacia ella fuera de sí. Por instinto de conservación cogió el cortapapeles que había dejado sobre la mesa y con él le apuntó a su marido.

—¡No te me acerques! Vete. No te lo vuelvo a decir.

Lucía habló en voz baja, entre dientes, pero el tono que empleó hizo que Torrealba diera un paso atrás. En la mirada de su mujer había una determinación que no había visto nunca. Carlos pensó que lo mejor sería marcharse y mantenerse vigilante. Llamaría a Espina y le daría la orden de buscar a Armengol hasta debajo de las piedras. ¡Su ex mujer! Era probable que ella también supiera dónde estaba, que lo hubiera ayudado.

Eso era, enviaría a Espina con la ex de Armengol y él seguiría a Lucía. En algún momento bajaría la guardia y entonces él aprovecharía para volver a presionarla hasta que le dijera lo que quería. Sin decir una palabra más, Carlos salió del salón con la misma violencia con la que había entrado, dejando a Lucía derribada en el sillón, con un ojo que comenzaba a amoratarse y el cortapapeles en la mano, viéndolo alejarse mientras temblaba de pies a cabeza.

—¿Está todo bien, señora? —preguntó Clarisa asomándose. Estaba claro que había presenciado toda la riña.

—Todo está bien Clarisa —respondió Lucía—. Por lo visto, hay algunas piezas que acaban de encajar en su sitio.

Almudena terminó de sacar los platos del lavavajillas y acomodarlos en sus lugares correspondientes cuando escuchó que llamaban a la puerta. Se preguntó quién sería. Cuando abrió allí había

dos hombres. Uno era cincuentón y tenía un poco de sobrepeso. El otro era más joven, más alto y parecía un poco distraído, como si tuviera la mente en otra parte.

—¿Sí? ¿En qué puedo ayudarles?

—¿Almudena Prieto? ¿Es usted la ex esposa de Luis Armengol?

—Sí, ¿por qué? ¿Qué ocurre?

—Policía —anunció el más viejo, mientras le mostraba su identificación—. Soy el comisario Campos y mi compañero es el inspector Quirós. ¿Le importa dedicarnos unos minutos?

—Si es sobre Luis, les advierto que no sé nada.

—Seremos breves. Se lo prometo.

—Está bien, pasen —aceptó ella con resignación.

Los dos policías entraron en el pequeño piso. Almudena los invitó a sentarse en la sala. Les preguntó si querían agua, o café, a lo que ambos se negaron con educación.

—Ustedes dirán. ¿Qué quieren saber?

—Como sabrá, el señor Luis Armengol se encuentra desde hace dos días en busca y captura...

—¿Aún no lo han detenido? Ni que fuera Curro Jiménez.

—El señor Armengol ha demostrado ser bastante escurridizo, o tal vez cuenta con ayuda.

—Pues de mi parte no es. Por si no lo sabe, fui yo quien lo identificó en el retrato robot.

—Lo sabemos, pero eso pudo ser una maniobra de distracción.

—¿Qué quiere decir?

—Era obvio que tarde o temprano averiguaríamos la identidad del sospechoso. Usted pudo darnos ese dato para desviar la atención de su persona y así poder ayudarlo.

—Hay que ver que es usted retorcido, comisario. Lamento derrumbar el castillo de naipes de su teoría, pero se equivoca. Ni he ayudado, ni ayudaré a Luis. ¡Faltaría más!

—Percibo cierta animadversión en su contra. ¿Podemos saber por qué?

Almudena suspiró. Airear su vida personal frente a desconocidos no le hacía ninguna gracia, pero era la Policía. Si no dejaba clara cuál era su relación con su ex marido, no la dejarían tranquila.

—Luis y yo nos casamos muy jóvenes. Demasiado. Había entre nosotros una enorme atracción física, pero veíamos la vida de forma muy diferente. Mi padre tiene un alto cargo en una transnacional y estaba dispuesto a asignarlo para un trabajo en Nueva York. El sueldo y los beneficios eran extraordinarios. Podríamos haber vivido como príncipes en una de las mayores urbes del mundo. A mí la idea me pareció genial, pero mi flamante ex marido se negó en redondo. No

estaba dispuesto a obtener una oportunidad laboral como esa sin ganar las oposiciones correspondientes. Aquello atentaba en contra de su orgullo. Discutimos, al punto que nuestras posturas nos distanciaron definitivamente. Él hablaba de nepotismo y yo lo acusé de negarnos la vida que merecíamos, por su estúpido orgullo. Para complicar las cosas, por esos días descubrí que estaba embarazada. Yo lo usé como argumento para que aceptara el trabajo. Él protestó diciendo que no quería darle ese ejemplo a su hijo. Al cabo de un mes aborté y estoy segura de que fue a causa de las desavenencias y disgustos que sufrí por su culpa por aquellos días. Así que le pedí el divorcio y todavía no lo perdono. De no haber sido por su estúpido orgullo pudimos haber tenido una vida muy feliz.

— Así que la separación no fue en términos amistosos.

—¿Amistosos? ¿Cree usted que denunciarlo a la Policía es un acto amistoso? Detesto a ese imbécil. Por su culpa perdí la oportunidad de tener la vida que soñaba y también perdí a mi bebé. Espero que lo encuentre, lo encierre y tire la llave.

—Usted lo conoce bien. ¿Lo cree capaz de asesinar a una chica a sangre fría? —preguntó Osvaldo, interviniendo por primera vez.

—Nunca lo hubiera creído capaz de matar una mosca, pero cualquiera puede saber lo que puede hacer un psicópata. ¿No dicen que parecen sujetos normales y hasta simpáticos? Pues eso. La Policía lo busca como sospechoso y mi deber ciudadano es colaborar con las autoridades. Si eso coincide con mis deseos de desquitarme, mejor que mejor.

Rubén la miró, mientras pensaba que no había nada peor que una persona resentida que dispusiera de una excusa que justificara su mezquindad, con una causa aparentemente noble.

—¿Tiene familia el señor Armengol?

—No que yo sepa. Era hijo único, su madre murió cuando era niño y su padre hace quince años.

— ¿Tíos, primos, amigos cercanos?

Almudena negó con la cabeza.

—Creo que tiene un tío, hermano de su padre que vive en Argentina, pero hace mucho tiempo que perdieron el contacto. Por otra parte, es un solitario.

—¿En qué suele ocupar su tiempo libre?

—Pasa, o pasaba mucho tiempo entrenando. La gimnasia era su vida hasta que la lesión del tobillo lo sacó de las competencias.

—¿Alguna vez habló de la señora Lucía Narváez?

—Nunca, ¿quién es?

—Nadie importante. ¿Y de una abogada llamada Natalia?

—No. En realidad, solíamos reunirnos con mis amigos. Si le soy sincera, nunca estuve muy interesada en conocer los suyos.

—¿Por qué?

—Porque a los pocos que conocí, no los soportaba. No tenían nada que ver conmigo.

—¿Recuerda el nombre de alguno de ellos? Es importante.

—Lo siento. No les presté mucha atención. De cualquier forma, la mayoría perdieron el contacto después que nos casamos. Supongo que la antipatía que sentía hacia ellos era mutua.

—Así que no tiene idea de a quién puede haber recurrido, o dónde puede estar escondido.

—Si lo supiera, ya se los habría dicho.

—De acuerdo, señora Prieto —dijo el comisario Campos, mientras ambos hombres se ponían de pie y él le entregaba una tarjeta —. Si recuerda algo, cualquier cosa, por favor llámeme.

—No tenga la menor duda.

Almudena acompañó a los policías hasta la puerta y regresó a sus tareas domésticas, pensando que de no ser por la estupidez de Luis no se vería obligada a realizarlas. Hubiera tenido una pequeña legión de empleados a su servicio. No había llegado a la cocina cuando volvieron a llamar a la puerta.

—Comisario, ya le dije todo lo que sabía, ¿qué quiere ahora?

Las palabras se le atascaron en la garganta. Quien se encontraba en el umbral no era ninguno de los hombres que acababan de dejar su piso, sino un sujeto enjuto, con un cigarrillo apagado colgándole del labio inferior y una pinta de macarra como ella no había visto en su vida.

—Lo siento por ti, guapa, pero no soy ningún comisario.

—¿Quién es usted? —preguntó ella, al tiempo que hizo el intento de cerrarle la puerta en las narices. El desconocido interpuso la punta del pie para impedirlo y empujó, haciendo que Almudena cayera al suelo.

—Mi nombre es Espina y seré tu peor pesadilla, a menos que me digas ahora mismo dónde está Luis Armengol.

Armengol le pidió a Darío que lo llevara cerca de la calle Mallol en la furgoneta, porque quería obtener información acerca de "TEIFE". Cuéllar se negó en redondo.

—Es demasiado arriesgado, Luis. Es seguro que esa gente está enredada en el asunto del contrabando hasta las cejas, así que deben ser parte del equipo de cabrones que te ha metido en este lío. Si llegas hasta sus oficinas haciendo preguntas, lo más probable es que llamen a la Policía antes de que tengas tiempo de cruzar el umbral.

—Son los que contrataron la ruta, Darío. Necesito averiguar quién se esconde detrás del nombre de "TEIFE."

—Darío tiene razón —intervino Paulina—. Tú eres el menos

indicado para llevar a cabo esa averiguación. Si están metidos en el contrabando, es seguro que conocen tu cara y llamarán a la Policía, o peor, enviarán detrás de ti a aquellos matones que trataron de asesinarte la otra noche.

—¿Qué sugerís entonces?

—Yo iré en tu lugar —le propuso Cuéllar.

—Por supuesto que no —saltó Armengol—. Esta gente es demasiado peligrosa.

—¿Y qué crees? ¿Qué voy a presentarme allí preguntando si son ellos quienes traen contrabando de armas y asesinan chicas inocentes, para quitar del medio a un tío que les molesta? No soy tan estúpido, Luis. Cuando tú aún andabas en pañales yo ya recorría solo las carreteras del país.

—No te estoy subestimando, Darío —se excusó Armengol, avergonzado—. Es solo que no me perdonaría que te ocurriera algo por mi culpa.

—Pues no te preocupes tanto, que no eres mi madre.

—¿En qué estás pensando?

—Les haré creer que poseo sembradíos de cítricos y que estoy buscando suministro de fertilizante. Mientras me informan, tomaré nota de todo lo que vea.

—Parece un buen plan —opinó Poli.

—De acuerdo, pero prométeme que no correrás riesgos innecesarios.

Cuéllar salió en dirección a "TEIFE", mientras Luis y Paulina se quedaban esperando. Armengol no podía dejar de caminar de un lado a otro del salón, agitado.

—¿Quieres parar de una vez? —le reclamó Poli—. Me estás poniendo de los nervios.

—Lo siento —dijo él, mientras se sentaba, pero una de sus piernas comenzó a subir y bajar como si accionara un fuelle. Paulina resopló con impaciencia y volvió a concentrarse en la elaboración del dosier que querían hacer llegar a las autoridades.

Un par de horas después escucharon el accionar de la puerta del garaje y vieron entrar la furgoneta de Darío. Luis se puso de pie como si hubiera un resorte en el asiento. Cuéllar entró por la cocina con expresión frustrada.

—¿Ha ido todo bien? —le preguntó Luis con ansiedad. Poli dejó el ordenador para prestar atención.

—Eso depende de cómo lo veas.

—¿Tuviste algún problema?

—Ninguno. Desde ese punto de vista todo fue de maravilla.

—¿Pudiste averiguar algo? —quiso saber Paulina.

—Ahí está el problema. No pude averiguar nada, porque

"TEIFE" no existe.

—¿Qué quieres decir con que no existe? —preguntó Luis.

—Pues eso, en la dirección que figura en el registro solo encontré un muro medio derruido que limita un terreno, donde alguna vez hubo una edificación, pero ahora no hay nada. Pregunté a los vecinos. Allí nunca ha funcionado ninguna empresa de importación, ni mucho menos de venta de implementos agrícolas, ni fertilizante. Lo que había allí era un viejo edificio residencial del que se hicieron cargo las termitas y por eso tuvo que ser derribado.

—¿Podría haber un error en el número de la calle?

—No. Por eso me demoré. Hice averiguaciones por todo el barrio. Ninguna empresa del tipo de "TEIFE" funciona, ni ha funcionado nunca allí.

—Lo que significa que la empresa responsable de la importación del fertilizante que oculta el contrabando, solo existe en los documentos —concluyó Poli.

—En ese caso, sí has hecho un importante descubrimiento, Darío —opinó Armengol—. Acabas de aportar una prueba más de que existe todo un entramado de delito organizado detrás de los esfuerzos por incriminarme.

Mahra no cabía en sí de alegría cuando salió del juzgado. Hasta el aire le parecía más fresco. Después de refunfuñar que aquello no se quedaría así y de amenazar al juez, Isam tuvo que ser desalojado de la sala por la fuerza. Amenazó también a Mahra de recurrir la sentencia y obligarla a regresar a casa. Entonces pagaría cara su osadía. A Mahra esas advertencias no la intimidaron. Tal vez lo hubieran hecho en otras circunstancias, pero no ahora. Si todo salía como esperaba, para cuando Isam quisiera hacer algo en su contra, ya ella estaría fuera de su alcance.

Como no tenía dinero, ni modo de conseguirlo, decidió llegar a su destino andando. Disfrutó cada paso que dio en libertad, mientras contemplaba los extraordinarios edificios adornados con arabescos. Preguntó a los transeúntes por la dirección que buscaba. Algunos la miraron de mala manera por ser una mujer que se atrevía a caminar sola por la ciudad, pero nadie se negó a responderle.

Al final encontró la embajada española en Yemen. Entró después de pasar por los controles de rigor y entonces solicitó hablar con alguna autoridad porque tenía que denunciar un delito. Su afirmación causó sorpresa, pues una embajada no era precisamente el lugar habitual para ese tipo de denuncias, pero después de relatar su historia a un par de funcionarios, la pasaron a una oficina donde un hombre que parecía tener suficiente autoridad y que dijo ser secretario, escuchó su relato.

—¿Está segura de que el carguero tenía bandera española, señorita?

—Su bandera es roja y amarilla, ¿verdad? —el funcionario asintió—. Entonces sí lo era.

—Muy bien, aguarde un momento.

El secretario desapareció por algunos minutos, al cabo de los cuales regresó.

—Señorita Talep, ¿podría usted repetir lo que me ha contado al señor embajador?

—Claro.

Mahra entró en una amplia oficina y conversó con un hombre vestido con traje occidental. Repitió la historia que ya había contado varias veces. El hombre llamó a una empleada y le dio instrucciones en su idioma.

Después que la secretaria llevara a Mahra a su habitación, el embajador cogió el teléfono para llamar al comisario mayor de la Brigada contra el Crimen Organizado en España.

Espina encendió el cigarrillo que tenía apagado en los labios desde hacía diez minutos. Había tomado la decisión de dejar de fumar, pero se le hacía muy difícil. En especial porque no sabía qué hacer con las manos, así que había optado por colocarse un cigarro apagado en los labios y gesticular con él cuando hacía falta. Cuando lo planificó le pareció una buena táctica, pero la verdad era que no servía para una mierda. Fumaba igual, o tal vez más. Hacía dos horas que habían dejado el piso de la ex de Armengol. Ahora debían darse prisa si querían llegar a tiempo para cumplir su siguiente encargo.

La noche aún era joven y las calles estaban llenas de luces y viandantes que se la estaban pasando de lujo, gracias al buen tiempo que reinaba. A él le hubiera gustado estar en el mismo plan. En lugar de eso, tenía que ir a reunirse con Torrealba, acompañado del bestia de Rocha. Carlos estaría esperando los resultados de la visita que le habían hecho a la ex. Sósimo miró de reojo a Rocha. ¡Cómo le había zurrado a la pobre mujer! Ese tío era un hijo de puta de mucho cuidado. No se fiaba ni un pelo, ni de él, ni de Torrealba, ni de Critón.

Se acercaron al puerto y entraron a un aparcamiento. Eran casi las doce de la noche, así que aquello parecía un desierto. Allí solo había un coche: un Audi color plata con las luces encendidas. Rocha se aproximó y aparcó a su lado. Ambos se apearon, en el mismo momento que la ventanilla del Audi comenzaba a bajar. Carlos los vio y asintió con la cabeza, a modo de saludo.

—¿Lo habéis conseguido? —les preguntó—. ¿Sabéis dónde se encuentra ese cabrón?

—Si te refieres a Armengol —respondió Sósimo—, no sabemos

dónde está, pero tenemos información que nos puede llevar hasta él.

—Bueno, por fin una buena noticia. Dime lo que has averiguado para poder informar a Critón y que sepa que estamos avanzando. Luego largaos a hacer lo que sea necesario para atrapar al maldito Armengol.

—¿Para atraparlo, o para matarlo?

—A estas alturas mejor muerto que vivo. El tío tiene demasiados trucos debajo de la manga. Os juro que yo mismo le metería una bala en la cabeza.

—Ese es mi trabajo —protestó Rocha—. Y el de Sósimo. Si comienzas a disparar a los que molestan a Critón, ¿qué haremos nosotros?

—Tranquilo, Rocha —intervino Espina—. Torrealba no habla en serio. Este fanfarronea mucho, pero si le das un arma no sabe por dónde cogerla. ¿No es verdad?

—¿Cómo te atreves a hablarme así? Rocha tiene razón, no necesito matar a nadie porque para eso os tengo a vosotros, que sois mis perros de presa.

—¿Perros? Así que nos ves como a tus perros.

—¿Creías que eras algo más, Sósimo? Tu papel aquí es obedecer. Tus jefes te dicen que mates a alguien y tú lo cumples. Sin preguntas. Así funciona.

—¿Estás seguro?

—Desde luego.

—Pues mira, me quitas un peso de encima. Tengo que confesarte que no me gusta mucho cuando tengo que matar a alguien. No me entiendas mal. Si es necesario lo hago, pero no me gusta, no como a Rocha. Sin embargo, el último encargo de Critón creo que lo voy a hacer con gusto.

—¿El último encargo de Critón? —preguntó Carlos, experimentando un mal presentimiento— ¿De quién se trata?

Sósimo no respondió con palabras, levantó el arma que había mantenido baja junto a su pierna, oculta al ángulo de visión de Torrealba, apuntó a su defenestrado jefe y le disparó a la cabeza.

—Se trata de ti, gilipollas. Y por primera vez, me alegra de que me hayan hecho este encargo.

Los dos matones subieron al coche sin prisas. El arma de Espina estaba provista de un silenciador, así que apenas se había escuchado nada en el aparcamiento desierto. Tanto él, como Rocha, mantuvieron siempre baja la cabeza y en la oscuridad de la noche era poco probable que unas cámaras de vigilancia tan antiguas pudieran proporcionar imágenes útiles. Y si contra todo pronóstico sus rostros resultaban reconocibles, su contacto en la Policía se encargaría de hacer desaparecer las grabaciones. Sósimo no sabía quién era, pero

debía tener mucha influencia, o saber cómo moverse, porque siempre lograba que salieran indemnes.

Se alejaron de aquel lugar antes de que a alguien le llamara la atención el coche y copiara el número de la matrícula. En el aparcamiento había quedado el Audi color plata con las luces encendidas, la ventanilla abajo y un cadáver con una bala en la cabeza. Carlos Torrealba no volvería a humillarlos.

Día cinco.

Lucía estaba desayunando cuando llamaron a la puerta. Clarisa fue a abrir y entró al comedor enseguida con el rostro demudado.

—Señora, es la Policía.

—¿La Policía? ¿Qué querrán ahora? —se preguntó a sí misma, mientras dejaba la servilleta sobre la mesa. Antes de levantarse miró a su hijo—. Tómate ya la leche Daniel. En cuanto termine de atender a esos señores saldremos al colegio. No quiero que llegues tarde.

El chico se limitó a asentir con la cabeza, mientras se preguntaba dónde se habría metido Mofy, el setter irlandés. Con su madre ocupada, sería la oportunidad perfecta para librarse de tomar la leche que tanto detestaba. En cuanto Lucía abandonó el comedor, Daniel comenzó a llamar a su mascota en voz baja.

En el salón, Lucía encontró al comisario Campos y su ayudante, quienes la esperaban con la expresión muy seria. El más joven mantenía la mirada baja.

—Buenos días, señora Narváez —saludó el comisario.

—Buenos días, caballeros. ¿En qué puedo ayudarlos? Les agradezco que sean breves, debo llevar a mi hijo a la escuela y no quiero que llegue tarde.

—Será mejor que se siente.

—¿Qué ocurre?

—Por favor —insistió el comisario.

A Lucía comenzaba a preocuparle la actitud de los policías. ¿Habrían encontrado a Luis y él les habría hablado de su colaboración para ocultarlo? ¿O habría sido Carlos? La tarde anterior ella cumplió su promesa y le había puesto una denuncia por agresiones, antes de hablar con Natalia para introducir la demanda de divorcio. Carlos, por su parte, no había dormido en la casa la noche anterior.

—¿Qué le ocurrió en el ojo? —le preguntó el ayudante, al fijarse en el hematoma que le había causado Carlos.

—Resbalé y tropecé con el marco de una puerta.

En cuanto dijo esas palabras, Lucía se dio cuenta de lo falso que sonaba aquello.

—Es curioso, parece como si alguien la hubiera golpeado —insistió el inspector.

—¿Pueden informarme del motivo de su visita, por favor? Ya les he dicho que tengo prisa.

—¿Cuándo fue la última vez que vio a su esposo, señora Narváez?

—Ayer. Ayer por la tarde.

—¿No durmió en casa anoche?

—No.

—¿Y eso no la preocupó?

—No es extraño que Carlos pase la noche afuera. ¿Por qué? ¿Ha ocurrido algo?

—Eso me temo —respondió Rubén—. Esta mañana uno de los seguratas del puerto encontró al señor Carlos Torrealba dentro de su coche, en uno de los aparcamientos que hay junto a los depósitos de mercancía. Estaba muerto. Un disparo a la cabeza.

—¡Por Dios Santo! —exclamó Lucía conmocionada.

Si bien su matrimonio con Carlos había terminado hacía muchos años y ella estaba a punto de pedir el divorcio, él seguía siendo el padre de su hijo. ¿Cómo iba a explicarle eso a Daniel? El timbre del móvil del comisario interrumpió sus pensamientos. El policía se excusó y respondió la llamada. Su rostro se fue ensombreciendo en la medida que escuchaba.

—¿Estáis seguros? —preguntó—. De acuerdo. Vamos para allá —colgó el móvil y miró a Lucía con el ceño fruncido—. ¿Cómo era la relación entre su esposo y el señor Armengol?

—Carlos era su superior inmediato. Supongo que dentro de los límites laborales era una buena relación. Nunca supe lo contrario.

—¿Su esposo nunca le expresó ninguna queja acerca de Armengol? ¿Nunca tuvieron diferencias de opinión?

—Mi esposo no era muy comunicativo conmigo y menos cuando se trataba de la naviera.

—Usted parece haber encajado muy bien la noticia del asesinato del señor Torrealba —comentó Campos con malicia.

—¿Lo dice porque no me he derrumbado llorando y gritando? Tiene razón. Mi matrimonio había terminado. Ayer mismo estuve con mi abogada para que introdujera los papeles de divorcio. Desde luego que lamento la muerte de mi esposo, en especial porque es el padre de mi hijo, pero mi relación afectiva con él se encontraba en sus horas más bajas.

—¡Vaya! Eso sí es interesante. Dígame la verdad, ¿fue él quien le hizo ese bonito hematoma?

—Sería una tontería tratar de engañarlo, pues a partir de ahora usted iniciará una investigación, en la cual descubrirá que ayer puse una denuncia contra Carlos por malos tratos.

—¿Usted y Armengol son amantes?

—¡Por supuesto que no! ¿A qué viene eso ahora?

—Anoche asesinaron a su esposo de un disparo en la cabeza y la llamada que acabo de recibir…

—¿Sí?

—Encontraron a la ex esposa de Armengol muerta en su piso. Al parecer alguien le disparó, después de golpearla salvajemente.

—¿Quién podría haber hecho algo así? —preguntó Lucía con horror.

—El primer nombre que me viene a la cabeza es el de Luis Armengol —respondió Campos.

—¿Luis? ¿Por qué habría de matar a su ex esposa?

—Porque fue ella quien identificó el retrato robot.

—¿Y cómo podría saberlo Luis? ¿Cómo podría haberse enterado alguien que no estuviera en la policía?

—Siempre hay filtraciones —argumentó Rubén, ya no tan seguro de su respuesta—. También habría asesinado al señor Torrealba.

—¡No hablará usted en serio! —protestó Lucía— ¿Por qué iba él a querer matar a Carlos?

—Para allanar el camino hacia usted, por ejemplo. Dígame, ¿eran ustedes amantes?

—Por supuesto que no. ¡Ya es suficiente, comisario! No soportaré que venga a insultarme en mi propia casa y menos en un momento como éste. Usted no tiene el menor indicio de lo que acaba de afirmar.

—¿Me va a decir que lo ayudó a escapar por pura amistad?

—¡Yo no lo ayudé a nada! Y será mejor que la próxima vez que emita una acusación contra mí sin tener ninguna prueba de lo que afirma, se prepare para enfrentar una demanda por difamación.

—Muy bien, señora Narváez. La dejaré en paz por ahora, pero no crea que me olvidaré de usted.

—Adiós, comisario.

Ambos policías abandonaron la casa. Lucía se sentía desconcertada. Carlos estaba muerto y ella no lo podía creer.

—Mamá —la llamó Daniel.

Ella volteó.

—¿Nos vamos? Llegaremos tarde.

Cuando vio a su hijo y comprendió lo que iba a tener que enfrentar, rompió a llorar.

Isabela se estremeció cuando vio que la puerta se abría. Pasó la noche llorando su desgracia. ¡Qué estúpida había sido! Todos aquellos sueños de una nueva vida llena de oportunidades se desvanecieron como el humo. La cruda realidad era que se encontraba prisionera en un país extraño, donde apenas hablaba el idioma. Sus carceleros le habían quitado los documentos y la habían amenazado con golpearla si no obedecía ciegamente sus instrucciones. A la confusión inicial siguió la certeza de que había caído en una red de trata de blancas y eso significaba que la intención de aquella gente sería prostituirla y exprimirla hasta que ya no quedara nada de ella. Si tenía alguna duda

al respecto, la mujer que los había recibido la noche anterior lo dejaba claro. Se preguntó dónde estaría Bianca. ¿Habría sido víctima de la misma trampa? Era lo más probable, después de todo al igual que ella, su hermana había llegado a España de la mano del canalla de Manuel. Tenía que conseguir hablar con Bianca. Era su única esperanza. Juntas tal vez podrían escapar de aquel espantoso lugar.

La habitación estaba en penumbra, iluminada apenas por pequeñas lámparas ubicadas casi a ras del suelo, las cuales solo proporcionaban luz suficiente para permitirle caminar sin tropezarse con los muebles. Pese a la oscuridad se dio cuenta de que su visitante era la mujer del día anterior. No era vieja, pero tampoco tan joven, así que supuso que se trataba de la madame.

—¿Qué quieren de mí? ¿Dónde está Bianca? ¡Déjenos ir y no le diremos nada a nadie!

—Una pregunta a la vez, chiquilla. No te conviene alterarte.

—¿Quién es usted?

—Mi nombre es Fabiola y Sileno me ordenó que me hiciera cargo de ti. Que te preparara.

—¿Que me preparara? ¿Para qué?

—Para tu nueva vida. Déjame verte —dijo Fabiola, mientras la sujetaba por la barbilla y le examinaba el rostro con cuidado.

—¿Qué edad tienes, criatura?

—Dieciséis.

—¡Por Dios! ¡Esta vez han ido demasiado lejos! —suspiró—. ¡En fin! ¿Qué puedo hacer yo?

—No le comprendo. ¿De qué habla? ¿Es esto un prostíbulo? ¿Son ustedes tratantes? Nos contaron sobre eso en la escuela. Nos previnieron acerca de los contactos en las redes sociales, o de las ofertas de desconocidos, pero yo no vine con un extraño, sino con Manuel, mi cuñado.

—¿Tu cuñado?

—El esposo de Bianca. ¿Conoce a Bianca? ¿Ella también está aquí? ¿Por qué no ha venido a verme?

—Será mejor que te sientes, cariño. Lo que tengo que decirte no te va a gustar.

—¿De qué se trata? ¿Qué quiere usted de mí?

—¿Yo? Yo no quiero nada. Soy tan prisionera como tú. Es solo que llevo aquí muchos años, me he comportado bien y el jefe ya confía en mí, así que tengo ciertos…privilegios. Sí, tienes razón, has caído en una red de trata de blancas. Manuel no es tu cuñado, ni el esposo de Bianca, sino un hijo de puta que camela muchachas jóvenes y bonitas que suelen estar agobiadas por la pobreza, o ansiosas por alcanzar una mejor vida. Luego de que las convence de que él puede proporcionarles el medio para conseguir sus sueños, las trae

hasta aquí, donde llegan a conocer el infierno.

—Pero si Manuel no es el esposo de mi hermana ¿Quién es?

—Ya te lo dije, los llaman "lover boys." Son algo así como reclutadores.

—¿Quiere decir que pretenden que me convierta en una prostituta? —preguntó Isabela, mientras las lágrimas volvían a aflorar a sus ojos.

—Te han traído porque un cliente muy…especial ha ofrecido una fuerte suma de dinero por…desflorar a una chica virgen. Será esta noche.

—¿Y si me niego?

—Te aconsejo que no lo hagas. Sileno puede ser muy cruel con las chicas que lo contradicen. Hasta que canceles tu deuda tendrás que obedecer.

—¿Deuda? ¿De qué deuda habla? Yo no le debo nada a nadie.

—Te equivocas. Tienes una deuda. Todas la tenemos. Viniste a España por tu propia voluntad ¿No es así?

—Sí, pero me trajeron bajo engaño. Se suponía que Bianca me recibiría, me permitiría continuar estudiando y me había encontrado un trabajo.

—Nada de eso es cierto, querida, pero aun así, le debes dinero a Sileno. Fue él quien te pagó el viaje, la estancia en el hotel de lujo de Bucarest, sobornó a los funcionarios de tu país para que te proporcionaran los documentos que necesitabas para viajar en tiempo record. Y creo que también les envió dinero a tus padres.

—Mil euros —reconoció la chica.

—Bien, pues esos se suman a la deuda.

—Pero Manuel dijo que los había enviado Bianca.

—Manuel os mintió, cariño. Ese hijo de puta no ha dicho una verdad en toda su vida. No es posible que Bianca enviara ese dinero.

—¿Por qué?

—Porque Bianca está muerta y tú, querida mía, has venido a ocupar su lugar.

Espina no perdía de vista la entrada de "Transportes Vopa", con la esperanza de ver aparecer un rostro conocido. La tarde anterior fue muy atareada. Primero, él y Rocha se presentaron en el piso de la mujer de Armengol con el encargo por parte de Torrealba de sacarle el escondite de su ex marido a como diera lugar. Ella negaba saberlo y Sósimo llegó a creerle, pero salir de allí sin haber cumplido su tarea no era una opción. Ya llevaban demasiados fracasos acumulados por culpa del maldito fugitivo como para renunciar al primer contratiempo. No era que le importara mucho decepcionar a Carlos. Ese solo era un imbécil, pero detrás del interés de Torrealba estaba

Critón, a quien Espina sí le tenía miedo.

Mientras Rocha presionaba a la tal Almudena, Sósimo se dio a la tarea de registrar la casa. Encontró un álbum de fotos y decidió revisarlo. Existía la posibilidad de identificar allí a quien prestaba ayuda a Armengol. Sentaron a la llorosa mujer a la mesa de la cocina, mientras le preguntaban por la identidad de todos los invitados a la boda. Por fortuna, la mayoría eran amigos y familiares de ella. Del lado de Armengol había muy pocos, así que no sería difícil precisar a quien ellos buscaban.

Al cabo de pocos minutos apareció la fotografía de un hombre un poco mayor, que siempre posaba junto al padre del novio. Almudena les dijo que era un invitado de su ex, que había sido amigo de su padre y que ella sabía poco de él. Después de amenazarla un poco recordó que su nombre era Darío y que era dueño de una empresa de transportes. Aunque revisaron un par de veces más el álbum, no surgió ningún otro sospechoso. Por lo visto, aquella mujer había excluido las amistades del calzonazos de Armengol hasta de su propia boda.

Sósimo llamó directamente a Critón y le contó las novedades. El máximo jefe le devolvió la llamada al cabo de quince minutos con todos los datos que necesitaban. El sujeto que les interesaba se llamaba Darío Cuéllar y era dueño de la empresa "Transportes Volpa", cuya sede se encontraba cerca del puerto.

Espina decidió que le harían una visita al señor Cuéllar y si había suerte, él los conduciría hasta el fugitivo. Con respecto a Almudena, no era cuestión de dejar testigos, así que el propio Sósimo se encargó de descerrajarle un disparo.

Cuando salían del piso de la difunta, Espina recibió una llamada directa de Critón. La orden que le dio le causó un estremecimiento: aquella misma noche debían eliminar a Torrealba. Sósimo sabía que la "condena a muerte" se debía a los errores que Carlos había cometido, fallos qué también los involucraban a él y a Rocha. Era un mensaje directo. Les correspondía a ellos asesinar al hombre que los había contratado y ser más eficientes en sus próximos encargos, o correrían la misma suerte de Torrealba.

Encontrar a su jefe inmediato no fue ningún problema. Él mismo los había citado en un aparcamiento del puerto a medianoche, para que le informaran acerca de lo que hubieran descubierto con la ex de Armengol. Sósimo le ordenó a Rocha encaminarse directamente al lugar de encuentro. Lo más importante era cumplir la orden de Critón. Lo que pasó después ya era historia. Cuando ambos matones se marcharon, ya Torrealba había dejado de ser un problema.

Aquella mañana, a primera hora, el sicario había recibido un mensaje de texto de Critón. Era escueto, solo decía «Buen trabajo». El

reconocimiento causó un suspiro de alivio en Espina que sorprendió al propio Rocha. La muerte de Torrealba les quitaba de encima un poco de presión, pero no se engañaba. Si volvían a fallar, Critón no los perdonaría.

Algunas veces Sósimo se preguntaba quién sería Critón. Lo único que había podido contarle Torrealba era que se trataba del jefe de la banda de contrabandistas, que era muy generoso y que no aceptaba errores. Debía tratarse de alguien importante, o con buenos contactos, porque estaba muy bien informado y en muchas ocasiones hasta había sido capaz de desviar la atención de las autoridades de sus actividades delictivas.

En un principio, el problema Armengol había sido considerado un contratiempo menor, pero la fuga del tío de la trampa que le habían preparado, lo había complicado todo.

El movimiento de la puerta automática en el garaje de la transportista llamó la atención del delincuente. Vio salir una furgoneta y detrás del volante reconoció a Cuéllar, con algunos años y kilos más y con algo de cabello menos que en las fotografías, pero sin duda se trataba del mismo hombre. Sósimo despertó a Rocha, que se había quedado frito en el asiento del conductor y le señaló en dirección a la furgoneta.

—Síguelo, pero que no se dé cuenta —le dijo en voz baja.

—¿Por qué tanta precaución? —protestó su socio— ¿No sería mejor interceptarlo y sacarle la información?

—Podríamos, pero correríamos el riesgo de que nos saliera héroe y se negara a rebelar el paradero del fugitivo si es él quien ayuda a Armengol. Además, tendríamos que eliminarlo, hablara o no.

—¿Y cuál es el problema?

—Que si seguimos dejando cadáveres regados a nuestro paso, en algún momento cometeremos un error por el cual nos atraparán.

—O le echarán la culpa a Armengol también por éste. Critón se haría cargo.

—No seas cazurro. Hasta Critón necesita argumentos creíbles para no despertar sospechas. La ex mujer fue quien le denunció y cabe la venganza como móvil. En el caso de Carlos, bueno, era su jefe, lo que abre un abanico de posibilidades, pero ¿por qué querría matar a un viejo amigo de su padre?

—Pues no lo había pensado.

—Claro que no. Tu trabajo no es pensar. Por eso el jefe es otro.

Rocha guardó silencio, aunque Sósimo sabía que se sentía decepcionado por no poder sumar otra víctima a su cuenta. Su socio era como una fiera medio domesticada. Espina sabía que cumpliría cualquier orden, pero no confiaba en él. Lo creía perfectamente capaz de matarlo si Critón le daba la orden directamente. Por eso nunca le

quitaba la vista de encima.

Cuéllar entró a un ultramarino, salió con varias bolsas que dejó dentro de la furgoneta y luego condujo en dirección al barrio portuario. Aquello tenía buena pinta. Al cabo de diez minutos entraba con todo y furgoneta en una casa modesta que hacía esquina y que contaba con un aparcamiento interno. «Un escondite perfecto», pensó Sósimo. Espina sacó una cámara con teleobjetivo y comenzó a tomar fotografías. Veinte minutos después, el dueño de Vopa volvía a salir. Esperaron. Después de otros quince minutos salió otro coche, esta vez era un seat Arona que conducía una chica. Sósimo la fotografió. Podía resultar de utilidad identificarla.

—¿Qué hacemos? —preguntó Rocha.

—Esperamos.

—¿A qué?

—No sabemos si Armengol está adentro, o si ha salido, oculto en alguno de los dos coches. Tampoco sabemos si hay más gente adentro. Si este es su refugio será más probable pillarlo en él por la noche. Esperaremos a verlo entrar, o a que anochezca.

—¿Y si mientras tanto escapa?

—Si entramos allí y no lo encontramos, lo estaremos poniendo sobre aviso. Critón no aceptará más errores, así que pienso andar con pies de plomo. ¿Tienes alguna idea mejor?

—Entrar ahora y dispararle.

—¿Qué harías si no lo encuentras?

—Ir detrás del viejo, o de la chica, para que nos ayuden a localizarlo. Tal vez incluso pudiéramos usarlos como rehenes para que el tío se entregue.

—No es mala idea, lo pondremos en práctica si las cosas se tuercen.

—¿Entonces entramos?

—Aún no. Démosle un poco más de tiempo a la vigilancia.

—Eres demasiado precavido.

Aquella opinión le sonó a Espina como una amenaza. Definitivamente, tendría que vigilar a Rocha si no quería terminar como Torrealba.

Mientras permanecían en el coche vigilando la modesta casa que servía de escondite a Armengol, el móvil de Espina comenzó a sonar. Cuando vio en la pantalla que era un número desconocido, comprendió que se trataba de Critón. Su jefe cambiaba de teléfono cada semana para reducir las probabilidades de ser rastreado. El maleante respondió al segundo timbrazo.

—Aquí Espina.

—Critón. ¿Alguna novedad?

—No, desde que hablamos hace una hora no ha habido ningún movimiento. La casa parece vacía.

—Entrad.

—¿Qué hacemos con Armengol si está adentro?

—¿De verdad te lo tengo que decir?

—Creí que lo querías vivo.

—Eso fue antes de que se convirtiera en un dolor de muelas. Acabemos con esto de una vez. Yo me ocuparé de recoger los vidrios rotos después.

—De acuerdo.

Sósimo colgó el móvil y miró a Rocha, que lo observaba con atención desde el asiento del conductor. Espina percibió cierto anhelo en su mirada. Era su socio y debía reconocer su eficiencia a la hora de cumplir las tareas que les encomendaban, que casi siempre incluían el asesinato de alguien, pero a Espina el sujeto le daba grima. Sósimo cumplía las misiones porque era su papel en la organización y los beneficios lo compensaban. Rocha asesinaba porque le gustaba hacerlo.

—Vamos, el jefe dice que entremos.

—¿Qué haremos si encontramos a Armengol?

—Matarlo.

—Entonces déjamelo a mí.

—De acuerdo.

Se apearon del coche. Rocha se demoró unos segundos mientras leía un mensaje de texto que le llegó en ese mismo momento, pero enseguida estuvo junto a Espina.

—¿Cómo entramos? —preguntó su subalterno.

—Llamar a la puerta no es una opción. Habrá que saltar el muro. ¿Ves esa farola que está en la esquina? Tú treparás por ella, mientras yo vigilo. Una vez adentro, usa la pistola con silenciador para dañar el sistema automático de la puerta del garaje y me dejas entrar.

—¿Y si aparece Armengol?

—No creo que eso pueda representar un problema para ti. Tú estás armado y él no.

—¿Y si escapa mientras entramos?

—¿Por dónde? Tanto la puerta principal, como la del garaje tienen salida hacia esta calle. Si trata de huir se encontrará conmigo.

Rocha no puso más peros. Pese a su corpulencia era bastante ágil. Todo músculos, así que trepó la farola y saltó por encima del muro sin mayor dificultad. Sósimo escuchó un golpeteo de metal contra metal: la bala dañando el mecanismo automático, luego Rocha deslizó la puerta con facilidad, lo suficiente para que Espina pudiera

entrar. Habitación por habitación buscaron a Armengol, o a cualquiera que lo acompañara. La casa no era muy grande, así que en pocos minutos pudieron comprobar que estaba vacía.

—¡Maldita sea! ¡Se nos volvió a escapar! —se quejó Sósimo— ¿Y ahora qué le decimos a Critón?

—¿Qué es esto? —preguntó Rocha, que regresaba del garaje y traía un pequeño objeto en la palma de la mano.

—Es una videocámara —respondió Espina—. ¿Dónde la encontraste?

—En la pared externa de la casa, la que da al garaje. Estaba bastante alta, por encima del muro y me pareció extraño.

—Mantenían vigilado el perímetro de la casa —explicó Sósimo —. Lo más probable es que supieran que los estábamos vigilando.

—¿Estás seguro de que esto es una cámara?

—Completamente.

—¿Y dónde están los cables, o el monitor de las imágenes? —preguntó Rocha, confundido.

—Este tipo de cámara no necesita cables, ni monitores, funciona por Bluetooth —Rocha puso cara de confusión—. Se comunica con un ordenador en forma inalámbrica. Las imágenes aparecerían en la pantalla del equipo informático. Incluso podría tratarse de un portátil, o un móvil.

—Entonces nos la han jugado —concluyó Rocha.

—Y bien jugada. Es seguro que Armengol salió de aquí escondido en alguno de los dos coches y lo más probable es que ya no va a volver —respondió Sósimo, mientras presionaba la tecla de remarcar en su móvil—. Es una suerte que le tomara fotografías a los coches. Tenemos las matrículas grabadas.

Alguien contestó al otro lado de la línea a la llamada de Sósimo, quien informó a su jefe de lo que había ocurrido y cómo el pájaro había volado. Cuando Espina colgó y levantó la mirada, se encontró con el cañón del arma de Rocha apuntándolo. Antes de que pudiera reaccionar, su socio ya le había disparado.

—Lo siento, jefe —le dijo Rocha, mientras Espina agonizaba—. Critón no estaba dispuesto a aceptar más errores y eras tú, o yo.

Rocha volvió a registrar la casa buscando algún indicio que le permitiera adivinar cuál podría ser el siguiente destino de Armengol, pero no encontró nada. Sósimo yacía muerto en el piso de la cocina. Rocha le pasó por encima mientras llamaba a Critón.

—Ya está hecho, señor. ¿Cuál es su siguiente orden?

—Mantente atento. En cuanto averigüe donde está Armengol te enviaré para que te encargues de él antes de que llegue la policía, y debes asegurarte de no fallar, o alguien más se encargará de ti. ¿Lo has entendido?

—No tendrá quejas de mí, jefe. Yo no soy como Sósimo. No tengo reparos a la hora de hacer mi trabajo.

—En ese caso, escucha. Lo primero que harás será enviar la cámara de Espina con las fotos grabadas al apartado de correo de siempre. Luego permanecerás alerta hasta que te llame. Y Rocha…

—¿Sí, señor?

—No me falles.

A su pesar, el tono que empleó Critón le causó un escalofrío en la espalda.

Osvaldo se encontraba en la comisaría leyendo los informes de la científica sobre el asesinato de la ex mujer de Armengol. Su jefe aún no salía de la reunión con el comisario. A él no le hubiera gustado estar en su pellejo. La fuga del "Asesino de la pensión", como lo llamaban los diarios, estaba dejando un reguero de cadáveres que los hacía quedar muy mal. Campos mantenía un humor de perros y no era para menos. El timbre del teléfono sacó a Osvaldo de su concentración.

—Inspector Quirós al habla. ¿En qué puedo ayudarle?

—¿Ya ha meditado acerca de lo que hablamos, inspector? —preguntó una voz conocida al otro lado de la línea telefónica.

Por instinto, Osvaldo hizo un paneo con la mirada, para comprobar quiénes se encontraban cerca. De cualquier manera, aquella no era una línea segura.

—Le he dicho que no me llame aquí —murmuró entre dientes—. Es muy arriesgado.

—Los acontecimientos se están precipitando. No tenemos mucho tiempo y necesitamos una respuesta. ¿Podremos contar con usted?

—Lo que me piden es muy peligroso.

—También puede resultar muy beneficioso para usted.

—¿A cambio de qué? ¿De actuar como un traidor?

—Ese es su punto de vista, no el nuestro.

—Ya les he dado información.

—No es suficiente. Necesitamos que se involucre activamente.

—¿Cómo?

—Para empezar, puede ayudarnos a encontrar a Armengol antes que su jefe.

—¿Y cómo podría hacer eso?

—Usted es su mano derecha, su hombre de confianza. Campos es un investigador experimentado y tarde o temprano encontrará al fugitivo. Si eso ocurre, queremos saberlo para llegar antes que él. Es importante.

—Eso puedo hacerlo.

—Hay algo más.

—¿De qué se trata?

—Necesitamos que comparta con nosotros toda la información que vaya surgiendo acerca de GEONS.

—Ustedes deben saber de eso mucho más que yo. Además, aún no hay evidencias de ninguna relación entre la naviera y el asesinato cometido por Armengol.

—Pero esa relación existe. Usted y yo lo sabemos. Podría surgir en cualquier momento de la investigación. Si es así, usted nos lo hará saber sin que Campos se entere. ¿Podemos contar con ello?

—No sé qué decirle. Todo esto es muy extraño.

—Tal vez, pero así son las cosas. ¿Nos ayudará?

—De acuerdo. Cuenten conmigo, pero traten de que mi participación en todo esto quede al margen.

—Somos los primeros interesados en que usted mantenga un bajo perfil y no sea involucrado. Es la única forma de que nos siga resultando útil.

—¿Se mantiene la oferta inicial?

—Recibirá la recompensa que acordamos a cambio de su colaboración.

—Muy bien, entonces mantendré la comunicación por los canales preestablecidos.

—Estaremos esperando.

Osvaldo colgó, sintiendo que el sudor le corría por la espalda. Se preguntó si hubiera debido negarse. Levantó la mirada y vio acercarse a su jefe inmediato. ¿En verdad sería capaz de traicionarlo?

—¿Y bien, qué quería el comisario? —le preguntó a Rubén, que ya estaba frente a él.

—Pues qué iba a querer. Abroncarme por el asunto Armengol. Lo peor es que no tenemos la menor idea de dónde se encuentra escondido ese hijo de puta. ¿Con quién hablabas?

—Nadie importante. Ya sabes, gente aburrida respondiendo al llamado que hicimos por los medios de comunicación para encontrar a Armengol.

—¿Algún dato importante?

—Nada. Lo han visto en siete sitios diferentes a la misma hora, pero ninguna de las llamadas resiste el menor interrogatorio.

El móvil de Campos los interrumpió con un mensaje. El policía lo leyó y enseguida lo respondió.

—¿Algo importante? —quiso saber Osvaldo.

—Número equivocado.

—¿Y por qué te molestas en responderlo?

—Para que no sigan jodiendo. Vamos.

—¿Adónde?

—A las exequias de Carlos Torrealba. Son en un par de horas.

—¿Tan pronto? ¿Y la autopsia?

—La hicieron a primera hora de la mañana y entregaron el cadáver hace una hora. Son los privilegios de ser el yerno del dueño de una de las navieras más importantes del país.

—¿Y esa prisa es legal?

—Bien, si ya hicieron la autopsia y el juez lo autorizó, sí.

—¿Por qué quieres ir al funeral?

—Quiero ver quién se presenta allí, qué comentarios se hacen.

—No pensarás que Armengol va a asistir.

—No caerá esa breva, no. Nuestro fugitivo ha demostrado ser muy listo para eso. No, en realidad estoy más interesado en saber lo que se comenta entre los asistentes.

—¿Qué quieres averiguar?

—Entre otras cosas, qué se dice de la viuda. Si hay algún familiar directo de Torrealba, saber qué piensa acerca del matrimonio Torrealba-Narváez. Ese tipo de cosas. Quisiera tener algún fundamento para poder presionar a la señora Narváez. Estoy seguro de que ella ayudó a Armengol y que nos oculta información.

—¿Crees que sabe dónde está?

—Si no lo sabe ella, debe tener conocimiento de quién lo está ayudando ahora.

—¿Por qué piensas que es alguien más?

—Porque después del asunto del teatro la mandé a seguir y Armengol no se le ha acercado, ni ha tratado de comunicarse con ella.

—¿Y qué hay de la otra, la abogada?

—También está vigilada. Tampoco ha tenido ningún contacto. Creo que ellas ayudaron al tipo en un primer momento, pero después que se vieron descubiertos, decidieron mantener las distancias. Ahora lo debe estar ayudando alguien más. Son muy listos.

—Tú tampoco eres tonto.

—Me están haciendo quedar como tal. Y eso me cabrea. Ya hace setenta y dos horas del asesinato de la chica y no estamos más cerca de encontrar al asesino que el primer día.

—Lo detendremos.

—Sí, estoy seguro de eso. Tarde o temprano daremos con él, pero cuanto más tarde, peor para él, porque me encontrará más cabreado.

Darío se detuvo frente a la estación del ferrocarril para que Poli pudiera apearse. Habían dejado el Arona en el aparcamiento de la empresa donde ella trabajaba y ahora se movilizaban los tres en la furgoneta, pero sabían que también debían darse prisa en deshacerse de ese coche.

Cuando Paulina se presentó la noche anterior con cuatro pequeñas cámaras de vigilancia que conectó a su portátil, a Luis le había parecido que aquello era el colmo de la paranoia. ¿A quién se le podría ocurrir buscarlo en aquella casa? Ahora se alegraba de la previsión de la joven, pues de alguna manera lo habían encontrado aquellos dos matones que los contrabandistas habían enviado tras él.

Ubicaron las cámaras de manera que cubrieran todo el perímetro de la casa. Al día siguiente, Paulina llegó a primera hora para alertarlo acerca de las últimas noticias. En las páginas web de varios diarios de circulación local y nacional reseñaban como titular el hallazgo del cuerpo sin vida del yerno de un conocido empresario en un aparcamiento del puerto de Valencia. El hecho había ocurrido apenas un par de horas atrás, demasiado tarde para que pudiera aparecer en los periódicos impresos, pero no para los medios digitales. El nombre de la víctima hizo que a Luis se le erizaran los vellos de la nuca. Se trataba de Carlos Torrealba. Comprendió que aquello tenía que ver con el asunto al que lo habían arrastrado.

No era que sintiera simpatía por Torrealba, pero no pudo evitar pensar en Lucía y en su hijo. Aquello les afectaba directamente.

—¿Crees que si me hubiera entregado a la policía, Carlos estaría vivo?

—Supongo que no estarás hablando en serio.

—Me preocupan Lucía y su hijo —reconoció Armengol.

—Muy conmovedora tu preocupación, pero no seas pardillo. Es probable que ese tío haya sido el culpable de haberte metido en esto. Era un malnacido. ¿De verdad te hubieras entregado para salvarlo?

—No, claro que no. Solo que no puedo evitar pensar que Lucía se ha quedado viuda y su hijo huérfano de padre.

—Te voy a decir cómo lo veo yo. Ese tío, que ocupaba un alto cargo en la empresa de su suegro por el único mérito de haberse casado con su única hija, en lugar de darse con un canto en los dientes por su buena suerte, traicionó la confianza de su esposa y su familia, al meter a la naviera en un sucio negocio de contrabando. Lo que le pasó hoy pudo haber ocurrido en cualquier momento. Jugó con fuego y se quemó.

—Sí, supongo que esa es una forma válida de verlo.

—Pues si esa noticia te afectó, no quiero pensar lo que te causará ésta —dijo Paulina, que continuaba leyendo las últimas novedades de la página web del diario.

—¿Qué ocurre? —preguntó Luis, sintiendo un escalofrío.

—Míralo tú mismo —respondió ella, mientras volteaba el portátil para que Armengol pudiera ver la pantalla.

En una pequeña nota al margen aparecía la noticia del hallazgo del cadáver de una mujer. La policía presumía un robo, pues el piso se

encontraba en desorden. La víctima había sido brutalmente golpeada y luego asesinada de un disparo. El nombre de la mujer le hizo sentir un nudo en el estómago, pues se trataba de Almudena, su ex esposa. Para colmo, la nota sugería que la policía sospechaba que el autor de ese espantoso crimen podía ser su ex marido, el Asesino de la pensión. Al día, el hombre más buscado de toda la provincia de Valencia. El periodista informaba que además del robo, el móvil podría haber sido la venganza, porque Almudena Prieto era quien había llamado a la policía para identificar el retrato robot, dato del que Luis se estaba enterando en ese mismo momento. ¿Es que tenían intenciones de atribuirle todos los asesinatos que ocurrieran en Valencia a partir de ese momento?

Una pequeña ventana mostrando un video, que apareció en el cuadrante inferior derecho de la pantalla interrumpió sus pensamientos. Darío acababa de llegar en la furgoneta. Lo que llamó su atención, sin embargo, no fue el arribo de su amigo, sino un coche aparcado al frente de la casa, desde el cual un sujeto fotografiaba todo lo que ocurría donde ellos estaban. Armengol sintió un escalofrío cuando reconoció en el sujeto, al mismo que lo había perseguido y tratado de matarlo un par de noches atrás. Los contrabandistas lo habían encontrado.

Luis llamó la atención de Paulina sobre el coche que los vigilaba. Darío entró a la cocina cargado de bolsas del supermercado y la sonrisa se le congeló en el rostro cuando vio la expresión de sus amigos.

—¿Qué ha ocurrido?

Entre ambos lo pusieron al día tanto de los homicidios informados por la prensa, como de la presencia del coche que había llegado detrás de él.

—Me han seguido. Y los he conducido hasta aquí como un pardillo. ¡Maldita sea!

—Debemos irnos —anunció Luis—. Éste lugar ya no es seguro.

—¿Crees que nos seguirán?

—Me buscan a mí. Si os vais, no os seguirán, entrarán para terminar el trabajo que dejaron inconcluso hace dos noches.

—No podemos hacer eso —protestó Poli.

—Tal vez lo mejor sería llamar a la policía. Podría entregarme.

—Sí, claro, así además de la chica muerta en la pensión, pueden cargarte con el asesinato de tu ex mujer, y ya puestos, ¿por qué no con el de Torrealba? Si te entregas ahora, te encerrarán y tirarán la llave. O algo peor.

—¿A qué te refieres?

—¿No te parece que estos tíos están muy bien informados? Te siguieron desde el teatro justo después que la policía llegó al lugar.

¿Cómo supieron que estabas allí?

—¿Quieres decir que…?

—Deben tener un topo entre los polis. Yo no confiaría en ellos hasta tener idea de quién se trata.

—Paulina tiene razón —intervino Darío—. Sería un error que te entregaras ahora.

—¿Entonces qué hacemos?

—Esos sujetos no saben que los hemos descubierto —razonó Poli—. ¿Por qué no les damos esquinazo? Podemos sacarte de aquí oculto en la furgoneta, o en el maletero de mi coche. Una vez lejos, decidimos dónde esconderte.

— No, vosotros ya os habéis arriesgado demasiado. Estoy de acuerdo en salir en el maletero de tu coche, pero una vez fuera me las arreglaré yo solo.

—¿No pensarás que te vamos a dejar tirado?

—Mira lo que le hicieron a Almudena. La golpearon antes de matarla. Probablemente creían que ella sabía dónde me encontraba. Escuchad. Tengo un plan.

Ambos lo escucharon con atención y aceptaron su sugerencia. Luis había burlado a sus perseguidores saliendo escondido en el coche de Paulina. Aunque Darío y la chica tomaron caminos diferentes, se encontraron en el aparcamiento de la empresa donde ella trabajaba. Como supuso Armengol, los delincuentes decidieron quedarse a registrar la casa, porque esperaban encontrarlo en su escondrijo.

Después de dejar el Arona aparcado, los tres continuaron en la furgoneta. Paulina cogería el siguiente tren con destino a Barcelona, donde permanecería hasta que los ánimos se calmaran. Ella había cursado sus estudios en la Universidad Autónoma de Barcelona, por lo que conservaba buenos amigos en la ciudad condal. Desde allí podía llamar a Natalia para que la siguiera y le llevara un pequeño equipaje. Después de dejar a Poli en la estación, Darío condujo hasta un populoso camping, donde se apeó Luis, con la gorra bien calada y una barba de dos días, luego Darío conduciría hasta una estación de servicio en la A3, donde un chófer le entregaría uno de sus camiones, con una carga que esperaban en Madrid. Tampoco regresaría hasta varios días después.

Más tranquilo al saber que había logrado convencer a Darío y Paulina de ponerse a salvo, Armengol se quedó en la puerta del camping. No tuvo que esperar mucho antes de que un par de chicos salieran con todo el equipo a cuestas.

—Hola. ¿Qué tal el camping? ¿Está bien?

—Mola —admitió uno de ellos, mientras se encogía de hombros —. Tienen buenas instalaciones.

—¿Sabéis? Acabo de llegar a Valencia y pensaba alojarme en

una pensión, pero ahora que estoy aquí, me parece que el camping es una mejor idea.

—Es una buena decisión —respondió el mayor, con desconfianza—. ¿Pero eso a nosotros qué nos importa?

—Pues no estoy muy informado del tema, así que he pensado que uno de vosotros me podría vender su tienda. La pagaría bien.

—¿Y por qué no la compras en un almacén?

—Lo acabo de decidir y me da pereza ir a comprarla. Pagaría en efectivo. ¿Cuánto queréis por ella? ¿Os parecen bien setecientos euros? —los tentó Luis, sabiendo que la vieja mochila con todo su contenido, no podía valer sino la mitad de lo que ofrecía.

—¿En efectivo? —preguntó el más joven. Armengol asintió—. Por mí está bien —aceptó el chico, mientras se descolgaba la mochila del hombro.

—¿Y le has creído a este tío? —protestó el otro—. No me trago esa historia. ¿No ves que esconde algo?

—Y a mí que me importa. Quiere pagar el doble de lo que vale la mochila y todo su contenido. Con esa pasta me puedo comprar un equipo de lujo. A mí que más me da si esconde algo, o si está chalado. Me interesa el negocio.

Luis le pagó al muchacho, bajo la mirada reprobatoria de su compañero. Ambos se alejaron discutiendo. Armengol confiaba en que no estuvieran muy interesados en leer los diarios. De momento, no lo habían reconocido, lo que le hizo pensar que eran el tipo de persona que pasaba de los problemas del mundo.

Con la primera parte de su plan resuelto, la adquisición de un equipo completo de acampada, sin pasar por el filtro de una tienda donde alguien podría reconocerlo, o recordarlo, pasó al segundo paso: ingresar al camping sin que nadie supiera que estaba allí. Mientras se exprimía el cerebro tratando de que goteara una idea, apareció un autobús turístico lleno de campistas. Luis pensó que esa podía ser su oportunidad. Corrió detrás del vehículo y esperó a que sus pasajeros descendieran. Tenía suerte, en su mayoría eran hombres y mujeres angloparlantes entre veinte y treinta años.

Con una rápida mirada, Armengol localizó al guía. Se acercó con disimulo cuando se alejó del grupo para llevar a cabo el registro.

—Hola, ¿podemos hablar un minuto?

—Tengo un poco de prisa. Debo registrar al grupo y llevarlos hasta el terreno reservado. ¿Qué desea?

—Si me concede un momento no se arrepentirá y podría ser muy productivo.

—¿Qué tan productivo?

—Doscientos euros por un favor que no le costará absolutamente nada.

—¿Qué clase de favor? —preguntó el guía, mirándolo con desconfianza.

—Quiero que me permita unirme a este grupo y acampar con ellos. Pagaré mi parte del alquiler de la parcela, por supuesto.

—Eso puedo hacerlo. Deme su D.N.I. para registrarlo con el grupo.

—No, de eso se trata. Usted no me registra, pero me incluye en el reparto de la parcela. Yo le pago la cuota correspondiente, pero al no haberla incluido en el registro, usted podrá quedarse con la diferencia.

—¿Además de los doscientos euros?

—Por supuesto.

—¿Por qué? ¿De quién se esconde?

—De la Policía —el guía frunció el ceño y Luis desplegó una sonrisa—. Es broma. No quiero que me encuentre mi ex mujer. Su abogado me tiene harto con el asunto de la pensión y quiero unos días de tranquilidad.

—Está bien, acepto, pero le advierto que en ese grupo con el que quiere acampar, todos hablan inglés. Nadie sabe decir ni "hola" en español.

—Eso no es un problema. Soy bilingüe —respondió Luis. De no haberlo sido, nunca hubiera podido hacer su trabajo en la naviera.

—En ese caso, usted mismo.

El guía entró a la oficina del camping para llevar a cabo los trámites de alquiler de la parcela y registrar a los miembros del grupo. Luis se mezcló con ellos y comenzó alguna que otra conversación intrascendente en inglés. Al cabo de pocos minutos ya conocía el nombre de dos o tres. Él se hizo llamar David Johnson y les dijo que provenía de Londres. Nadie lo discutió. Media hora después, uno de sus nuevos amigos lo ayudaba a instalar la tienda, mientras se reía de su inexperiencia como campista.

Don Vicente y Nacho acompañaron a Lucía y Daniel cuando regresaron de las exequias de Carlos. Narváez había conseguido que la autopsia se realizara el mismo día que encontraron el cuerpo, y aquella tarde ya la funeraria lo recogía para dar comienzo al velatorio. Don Vicente sabía lo doloroso que todo aquello estaba resultando para su hija y su nieto, por lo que se alegró de que terminara pronto, para que ellos pudieran avanzar en su duelo.

El funeral había sido muy concurrido, aunque Torrealba no era muy apreciado, pero la mayor parte de los asistentes estaban preocupados por la viuda. A don Vicente le llamó la atención y le molestó la presencia de la Policía, aunque tenía que reconocer que habían sido muy discretos. Al patriarca de la familia le llegó el rumor

de que se pasaron la tarde haciendo preguntas a los asistentes acerca de Lucía y su relación matrimonial. Narváez estuvo a punto de intervenir para acabar con esa conducta abusiva, pero el comisario debió intuirlo, porque se marchó antes de que pudiera hacerlo.

Carlos nunca había sido muy cercano a su suegro, quien lo tenía por un oportunista, ególatra e incompetente, pero era el esposo de su hija y el padre de su nieto, así que su muerte lo dejó desconcertado y sorprendido.

A Narváez, también le sorprendía cuánto le había afectado a Ignacio la muerte de su cuñado. Su hijo menor casi no había pronunciado palabra desde que se supo la noticia. Se mantuvo todo el tiempo pensativo y observando a todos los asistentes. Apenas cruzaron la puerta, Daniel corrió a su habitación para llorar tranquilo. Lucía quiso seguirlo, pero don Vicente la retuvo.

—Déjalo. Acaba de perder a su padre. Necesita estar solo.

—Sí, tienes razón —aceptó Lucía a regañadientes—. ¿Te apetece un café, papá?

—No, gracias, hija. Prefiero tomarme un whisky, pero no te molestes. Yo mismo me lo serviré.

—¿Y tú, Ignacio?

—Yo quiero un brandy. ¿Me lo sirves, papá?

Don Vicente sirvió los tragos y los tres se sentaron en el salón sin saber qué decirse. Al cabo de unos minutos, Ignacio pareció no poder contenerse más.

—Es importante que hable con vosotros, pero no aquí.

—¿Hablar? ¿Sobre qué? —inquirió don Vicente—. ¿Y por qué no puede ser aquí?

—Es un asunto muy delicado y debe ser tratado en un lugar más privado.

—Podríamos usar el estudio de Carlos —sugirió Lucía.

—¿Estás segura que no te importa? —le preguntó su hermano.

—Desde luego que no.

Los tres se desplazaron al despacho que usaba Torrealba cuando decía trabajar desde casa. Era una habitación bastante amplia, que además del escritorio contaba con una salita para reuniones. Carlos la usaba para conversar con clientes, o con otros ejecutivos de la naviera. En esta ocasión la ocupó la familia Narváez.

—Muy bien, tú dirás.

—No sé por dónde comenzar —confesó Ignacio.

—Estamos aquí para escucharte, hijo —lo animó Narváez.

Nacho suspiró para hacer acopio de fuerzas.

—No sé lo que pensarás de mí después de lo que voy a contarte, papá, pero no sé qué hacer. Yo sé por qué asesinaron a Carlos y temo que en algún momento vengan a por mí. Por eso necesito vuestra

ayuda.

—¿Pero qué estás diciendo? Según la Policía, el asesinato de Carlos fue un robo que salió mal.

—No papá, no fue así. Cuando lo encontraron, Carlos conservaba el Rolex en su muñeca, su billetera está en la lista que nos mostró la Policía de los objetos personales que llevaba encima y que ahora son parte de las pruebas. No se llevaron el coche. ¿Qué clase de robo fue ese en el que los ladrones se fueron con las manos vacías?

—Tal vez los sorprendieron y no pudieron completar el robo —argumentó Narváez.

—Cuando lo encontraron ya hacía varias horas que estaba muerto. No, papá, a Carlos lo asesinaron porque se involucró con una organización criminal y cometió errores que no le perdonaron.

—¿Organización criminal? —preguntó Lucía con un hilo de voz —. ¿Qué clase de organización?

—Una banda de contrabandistas.

—¡¿Qué?! —exclamó don Vicente, al comprender lo que eso significaba—. ¿Estaba metido en contrabando?

Nacho asintió, manteniendo la cabeza gacha.

—Y supongo que usaba su cargo en la naviera para sus chanchullos —dedujo Narváez, sintiendo un escalofrío en la espalda.

—Supones bien —confirmó Nacho, mientras tomaba un largo trago del brandy—. Él coordinaba la ruta.

—¿De qué tipo de contrabando estamos hablando?

—Armas y droga.

Narváez palideció visiblemente.

—¿Desde cuándo sabes esto?

—Desde hace unos seis meses, pero la ruta lleva funcionando mucho más tiempo.

—¿Por qué no me habías contado nada hasta ahora? —Ignacio bajó aún más la mirada, pero no respondió—. ¿Tú también estás metido en esto?

Ignacio asintió sin levantar la cabeza y las lágrimas comenzaron a correr por sus mejillas.

—¡Estúpido! ¡Imbécil! ¿Sabes lo que esto significa? —le gritó a su hijo, mientras lo levantaba del asiento, sujetándolo por la camisa y lo obligaba a mirarlo a la cara—. Si esto se llega a descubrir podríamos perder los permisos de todas las rutas hasta que terminara la investigación, o permanentemente. Terminaríamos arruinados. Tal vez, incluso presos.

—Yo… No quería. Me obligaron —respondió Nacho entre sollozos.

—¡Que te obligaron! ¿Quién? ¿Cómo?

—Fue hace seis meses. Estuve en una timba de póker. Iba

ganando, fue genial, una mano tras otra, bebí mucho, es lo que recuerdo, luego comencé a perder, pero creí que la suerte regresaría, la suerte que había tenido al principio de la noche, pero no, seguí perdiendo, tanto que fue más de lo que podía pagar. Les dije, les dije que no llevaba todo el dinero encima, pero que les pagaría en cuanto pudiera hablar contigo. Pensaba pedírtelo con alguna excusa, pero no aceptaron. Me dijeron que si no colaboraba con ellos en pago de la deuda, me romperían las piernas.

—¿No te das cuenta de que te pusieron una trampa? —le gritó su padre, sacudiéndolo un poco por la camisa, antes de soltarlo con desprecio— ¿De qué tipo de colaboración se trataba?

—Ya la ruta estaba funcionando. No es algo que yo propicié. Fue entonces cuando supe lo que estaba haciendo Carlos. Por lo visto cometió un error y perdieron una carga. Él pagó la mercancía para que no lo mataran, pero ya no confiaban en él, así que mi trabajo era vigilarlo. Asegurarme de que no la pifiara.

—¿Tuviste algo que ver en la muerte de Carlos, Nacho? —preguntó don Vicente con el alma en un hilo.

—No, no. Yo no. Te juro que nunca he matado a nadie.

—Si Carlos resultó asesinado por alguna de esas tareas que dices que cumplías, entonces sí contribuiste a su muerte. ¿Fue así? Necesito saber la verdad. Tu hermana y yo merecemos saberlo.

Ignacio se dejó caer en el asiento volviendo a bajar la mirada. No era capaz de sostenérsela ni a su padre, ni a Lucía.

—Tal vez.

—¡Explícate! —rugió su padre.

—¿Recordáis la falsa alarma de incendio? No fue una broma. Alguien accedió al ordenador principal para descargar una información. La que atañe a la ruta del contrabando.

—¿Quién hizo eso? ¿Y por qué?

—No lo sé, pero le di aviso a Critón, quien es el jefe de los contrabandistas.

—¿Y qué relación puede tener eso con la muerte de Carlos? —preguntó don Vicente—. ¿Acaso fue Carlos quien se llevó esa información?

—No, pero mantener ese archivo oculto era su obligación. Fue un error después de muchos otros, y no se lo perdonaron.

Don Vicente se sentó en el borde de una de las sillas. Observó a su hijo y le pareció un desconocido. Lucía lanzó una mirada a su hermano con los ojos muy abiertos.

—¿Tú sabes algo de todo esto, Lucía?

—No, papá —dijo ella, pese a que comprendió enseguida que el archivo había sido sustraído por Luis.

Narváez se quedó meditando unos segundos.

—Llamaremos a la Policía —dijo cuando al fin habló.

—Papá. No…

—Ya es hora de que afrontes las consecuencias de tus actos, Ignacio. Llamaremos a mi amigo Robles. Es el más indicado, porque trabaja en el Servicio de Vigilancia Aduanero. Le confesarás todo esto y colaborarás con él en todo lo que te pida.

—¿Qué pasará si cierran la naviera?

—Cruzaremos ese puente cuando lleguemos a él.

—Papá, si hablo con la Policía me matarán como a Carlos. Sé de buena fuente que tienen gente adentro.

—Por eso hablaremos con Robles y no con otro. Confío en él. Somos amigos desde que éramos chiquillos. Aunque debo reconocer que también creí conocerte a ti. Me has decepcionado mucho, hijo.

—Me enviarán a la cárcel.

—Te conseguiré un buen abogado. Si colaboras con las autoridades, eso puede reducir tu pena. De cualquier forma, tienes que afrontar tus responsabilidades.

—Pero papá…

Don Vicente ya no lo escuchaba. Había encontrado el teléfono del comisario Robles entre sus contactos y ya lo estaba llamando.

Darío se desplazaba por la A3 en dirección a Madrid. Su camión transportaba una carga de frutos cítricos. Cuando llegó a la Rambla de Estenas se acercaron dos rústicos de color negro a toda velocidad. Cuéllar comenzó a preocuparse cuando comprobó que uno de ellos aceleraba para sobrepasarlo, mientras el otro se mantenía a su lado a la altura de la cabina. Pese a la envergadura de su vehículo, Darío aceleró, pero la táctica no le sirvió de nada. El coche que lo había adelantado comenzó a reducir la velocidad paulatinamente, mientras el que se mantenía a su lado le impedía sobrepasarlo. Lo que convenció a Darío de que se trataba de una emboscada fue el arma en la mano del pasajero del coche más retrasado y el pasamontañas que cubría las facciones del tío.

Con piernas temblorosas, Cuéllar detuvo el camión por completo, aunque por un momento se había preguntado qué ocurriría si intentaba pasarles por encima. «Nada», comprendió, aquello no era una película de acción americana. Solo conseguiría destrozar la cabina del camión, además de matar a alguien e incluso a sí mismo, así que decidió rendirse. Al menos por el momento.

El acompañante del segundo coche no había dejado de apuntarle con una pistola y en cuanto pisó la vía después de apearse del camión, otro sujeto, también con la cara cubierta lo obligó a pararse con las manos apoyadas en el rústico, comprobó que iba desarmado y lo maniató. Darío escuchó el clic metálico de las esposas

y sintió la presión sobre las muñecas a sus espaldas. Aquellos tíos estaban muy bien equipados y entrenados. Todos usaban trajes negros, como si estuvieran uniformados y llevaban los rostros ocultos. Ese detalle le insufló esperanzas, pues estaba seguro de que si les veía la cara, era hombre muerto.

Ninguno de ellos dijo una palabra, pero lo empujaron de malos modos hasta que lo metieron en el coche que estaba a la altura de su camión, luego arrancaron los vehículos. A la primera oportunidad cambiaron la dirección y enfilaron de vuelta a Valencia.

Darío no pudo menos que comenzar a sentirse preocupado. Estaba en un coche extraño, rodeado de desconocidos armados y sin saber quiénes eran sus secuestradores o hacia dónde lo llevaban. Recordó las noticias de la mañana. Tanto la exmujer de Luis, como el esposo de Lucía habían sido asesinados el día anterior. Además de la chica de la pensión. Esos tíos no se andaban con chiquitas. Sintió un frío en el estómago. Pensó que estaban muy organizados para ser contrabandistas, pero luego recordó lo que le contó Luis acerca de su experiencia en el depósito de la naviera. Él le había asegurado que se trataba de mercenarios. Cuéllar lo había considerado una exageración en aquel momento, pero ahora sabía que Armengol estaba en lo cierto.

El coche entró en un aparcamiento cubierto y se detuvieron cerca de un ascensor. Cuéllar estaba tan nervioso que no hubiera podido decir en qué parte de Valencia se encontraba, pese a que se conocía la ciudad al dedillo. No había prestado atención, así que no tenía idea de su propia ubicación. Lo subieron usando el ascensor y lo arrastraron por un pasillo hasta una sala de interrogatorios. Le quitaron las esposas y lo dejaron allí.

Darío se sentó a esperar. Miles de imágenes pasaron por su mente. Todas eran aterradoras. Al decidir ayudar a Armengol había molestado a gente peligrosa, pero ¿qué otra cosa hubiera podido hacer?, ¿abandonar a su suerte al chaval? Nunca se lo hubiera perdonado después de todo lo que el padre de Luis había hecho por él. Al cabo de una hora más o menos se presentó alguien en su lugar de encierro. Era un hombre alto y delgado cuyo rostro le resultó familiar, pero que en aquel momento, los nervios no le permitieron reconocer.

—Bienvenido, señor Cuéllar. Me alegra verlo por aquí. Creímos que no podríamos darle alcance a tiempo.

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere de mí?

—Soy alguien que puede causarle muchas molestias si no colabora con nosotros. En cuanto a lo que busco, ya lo podrá imaginar. ¿Le importa si fumo? —preguntó el hombre mientras encendía un cigarrillo, sin esperar respuesta—. Queremos saber dónde se esconde Luis Armengol.

—¿Quién? No conozco a nadie con ese nombre.

—No trate de engañarnos, señor Cuéllar. Sabemos que le dio albergue en su antigua casa, pero el señor Armengol ya no se encuentra allí. Digamos que el pájaro voló del nido y usted sabe hacia dónde.

—¿Por qué habría de saberlo?

—Porque su casa fue el último lugar donde se refugió hasta hace pocas horas, así que estamos seguros de que usted lo ha estado ayudando desde el principio.

—¿Para qué quiere saber dónde está Luis? ¿Para matarlo?

Su interlocutor dio una calada al cigarrillo con calma.

—Los motivos por los que queremos localizar al señor Armengol no son asunto suyo, pero le advierto que si no colabora con nosotros, habrá consecuencias para usted.

Felipe llegó al camping casi media hora después de recibir la llamada de su jefe. Por suerte, la encargada del registro comenzó a coquetear con él casi desde el momento en el que le preguntó en qué podía ayudarlo.

—Necesito una parcela, por supuesto, pero no puede ser cualquiera.

—¿Por qué no?

—Tengo un amigo que ya acampa aquí. Fue él quien me recomendó el lugar. Nos gustaría pasar las vacaciones juntos.

—Veré qué puedo hacer. ¿Cómo se llama su amigo?

—Armengol. Luis Armengol.

—¿Sabe cuándo se registró?

—Hoy mismo.

La joven comenzó a revisar los nombres del registro con mucho cuidado.

—¿Está seguro de que éste es el camping? No tengo a nadie con ese nombre.

—Tal vez se registró con otro nombre.

La muchacha lo miró con desconfianza.

—¿Por qué haría algo así?

—Es una vieja broma de tiempos escolares —argumentó Felipe con una sonrisa—. Dime, ¿habéis tenido algún registro nuevo el día de hoy? Digamos, después de las nueve treinta de la mañana.

La muchacha volvió al libro, echando miradas furtivas al extraño cliente. La historia del nombre falso no la había convencido mucho y le inspiraba desconfianza. Aun así respondió.

—Hoy solo hemos tenido un ingreso. Un grupo de turistas provenientes de Londres.

—Eso es. Un grupo. Muy listo, Armengol —murmuró entre dientes. La joven lo observaba cada vez con más desconfianza—.

Dime, ¿podrías registrarme con ese grupo?

—Eso es muy irregular.

—Te ganarías una buena propina. Verás, no quiero que mi amigo se salga con la suya y crea que ha sido más listo que yo.

—Los juegos entre usted y su amigo son muy extraños.

—No tienes idea de cuánto.

—De acuerdo, lo incluiré en el registro de los turistas británicos. ¿Cuál es su nombre?

—Puedes registrarme como Phillip. Phillip Trent.

Al salir de la oficina, Felipe marcó el número de un móvil. Le respondieron al tercer timbrazo.

—Jefe. Listo, ya estoy adentro.

Aquella misma tarde, Armengol bajó del autobús en dirección al mercadillo. Su extraordinario plan para hacerse con un equipo completo de campista adolecía de un pequeño defecto: no incluía la ropa. Aunque el chico que le vendió la mochila lo hizo con todo su contenido, cuando Luis sacó a la luz aquellos trapos, no pudo sino sentirse decepcionado. No era que esperara atuendos lujosos, o de marca, por supuesto, pero el chaval era un poco más bajo y delgado que él, por lo que le sería imposible embutirse en aquellas prendas, que por otro lado, a la luz de los agujeros y manchas, habían conocido mejores tiempos. Así que decidió comprar algo de ropa, pero en un lugar donde podría hacerlo sin perder el anonimato.

La otra razón por la que en medio de su compleja situación se preocupaba por su atuendo, era el siguiente paso que debía dar para demostrar su inocencia. Ya tenía las pruebas de la existencia de una red de contrabando que usaba la naviera para sus actividades, pero eso no demostraba fehacientemente que él no hubiera asesinado a la chica en la pensión. Un juez puntilloso podría decidir que ambos delitos no tenían relación. Necesitaba una prueba más concreta de su inocencia, o un testigo. Por eso había decidido hablar con la patrona de la pensión. La mujer había mentido, tal vez por dinero, o bajo amenaza, pero si conseguía convencerla de que dijera la verdad, tendría más de la mitad del camino ganado. El problema era que si se presentaba así, con esas pintas, ella no lo tomaría en serio. Tenía que convencerla de que él estaba en control de la situación.

Después de dar algunas vueltas por entre los tarantines, mientras cuidaba su billetera de los amigos de lo ajeno, Armengol pudo hacerse con algunas prendas que llamaban la atención por lo dispares. Por un lado, compró unos vaqueros, un par de camisetas estampadas y un jersey oscuro con capucha. Por el otro lado, se hizo con un traje barato, camisa blanca y la corbata más discreta que encontró, además de unos zapatos de material sintético que daban el

pego.

Regresó al camping con su botín. Después de darse una ducha en las instalaciones, se vistió con el traje y se preparó para visitar a la patrona. Antes de salir del camping tropezó con su vecino inmediato de tienda, un nuevo campista que se presentó como Phillip. Le confesó que no había llegado con los demás porque se entretuvo con una chica que había conocido en el avión, pero ya estaba allí, dispuesto a tragarse todo el sol de Valencia que pudiera, y si podía acompañarlo con vino y cerveza, mucho mejor. Se sorprendió al ver a Luis de traje y corbata.

—¿Vas a una boda? —le preguntó.

—Es que conocí a una chica y…

—No expliques más. Quieres impresionarla.

—Me pillaste —reconoció Luis, sonriendo—. No se lo dirás a los demás, ¿verdad?

—Tu secreto está a salvo conmigo, pero ¿de quién se trata, que te fuerza a ir a verla con un traje así, en una tarde calurosa como la de hoy?

—Es que me invitó a una fiesta. El cumpleaños de su hermana mayor. Yo no le he dicho que estoy en un camping y…

—Comprendo. Buena suerte y que te diviertas —le deseó Phillip, dándole una palmada en el hombro.

Armengol se apresuró a marcharse antes de encontrarse con algún otro turista. La historia de la chica y el cumpleaños las había inventado sobre la marcha para salir del apuro, pero con un par de preguntas más, comenzaría a contradecirse.

Llegó a la pensión al cabo de cuarenta y cinco minutos, sin notar que alguien lo había seguido desde que salió del camping.

Era la primera vez que veía de día la fachada y el canalón por el que había bajado aquella fatídica noche y sintió vértigo. Comprendió el mal humor del policía cuando él consiguió evadirse. Aquello había sido un acto circense producto de la desesperación. Se arregló la corbata y entró al recinto.

El portal era oscuro, cubierto por alfombras viejas y sucias, con estampados que debieron ser elegantes en el siglo XIX. Lo único que adornaba el pequeño vestíbulo era un tresillo sobre el que descansaba un florero con rosas artificiales. Una escalera estrecha conducía hacia el segundo piso, donde Armengol supuso que se encontraba la recepción. Nada de lo que había visto hasta ese momento le resultaba familiar. Él estaba seguro de que lo habían llevado allí inconsciente, algo que debió notar la dueña de aquel antro.

Luis se encaminó escaleras arriba y se cruzó con una mujer voluptuosa, muy maquillada y con ropa que dejaba poco a la imaginación.

—Adiós, guapo —le dijo ella y Luis sintió que se sonrojaba.

Como supuso, al final de la escalera encontró un habitáculo que servía de recepción, pero quien se encontraba adentro no era la mujer de aquella noche, sino un hombre sesentón, con una notoria calva en la coronilla. Levantó la vista cuando Luis se acercó.

—¿En qué puedo ayudarlo, caballero?

—Deseo hablar con la patrona.

—Si se refiere a mi esposa, no va a ser posible.

—¿Por qué?

—Ayer se fue a la Coruña para cuidar de su hermana que está muy enferma, pero si yo le puedo servir en algo estoy a su disposición. Soy Clemente Rodríguez. ¿Es cliente fijo? ¿Quiere usted una habitación?

Armengol miró al hombre con decepción. No había contado con la posibilidad de que la mujer huyera, porque de lo que estaba seguro era de que no había ninguna hermana enferma en la Coruña. Lo más probable era que estuviera en cualquier otro lugar de España, menos donde decía su marido.

—Nada de eso. Debo hablar con ella. Es un asunto policial —argumentó Luis, algo que a fin de cuentas era verdad.

—¿Y no puedo ayudarlo yo?

—¿Dónde estaba usted hace dos noches, cuando una chica fue asesinada en una de sus habitaciones?

—Estaba en mi barca, pescando.

—Así que no sabe nada.

—Me temo que no, pero ustedes ya le tomaron declaración a mi Belén. Ella le pidió permiso para salir de Valencia al investigador encargado del caso, el comisario…Campos ¿No se comunican entre ustedes?

—Pertenecemos a departamentos diferentes. ¿Entonces el comisario Campos le dio permiso para marcharse? ¿No le interesaba su declaración?

—Dijo que mi esposa había hecho un gran trabajo con el retrato robot, que gracias a él habían podido identificar al asesino y que no la necesitarían hasta que lo atraparan, para que pudiera participar de una rueda de reconocimiento. Y que tal vez también la llamaran cuando se diera el juicio, pero que en cualquier caso él le avisaría para que regresara.

—El comisario parece muy seguro de que atrapará al sospechoso —comentó Armengol, sintiendo un escalofrío.

—Oh, no tengo la menor duda, pero ¿cómo me dijo usted que se llamaba?

—Pedro… Pedro Gómez —mintió Luis.

—¿Podría ver su identificación? —preguntó Clemente,

comenzando a desconfiar.

—No será necesario, ya me marcho. Me comunicaré con el comisario Campos para que me ponga al día con el caso.

—Será lo mejor.

—Gracias. Adiós.

Luis salió de la pensión apurando el paso. Estaba seguro de que el marido de la patrona no tardaría ni cinco minutos en dar aviso de su visita al comisario Campos.

Apresuró el paso y se internó por una callejuela estrecha. Sería mejor evitar las vías principales hasta que pudiera salir del barrio portuario. Tropezó con un gran bulto que había en la oscuridad de un rincón. Armengol se quedó de una pieza cuando lo que él había tomado por un montón de trapos viejos, se enderezó y habló:

—¡Joder, pero aquí uno no puede ni tomarse un descanso con tranquilidad!

—Lo siento, yo… no lo había visto.

—¡Vaya, pero si es Baco en persona! Vaya fiestecita la de la otra noche. ¿Has venido a por más?

—Lo siento, pero no sé de qué habla —protestó Luis, tratando de rodear al insolente indigente para seguir su camino. Concluyó que debía estar mal de la cabeza.

—Está bien, señor elegante. No debe preocuparse. ¿Quién soy yo para juzgar? Pero no puede negarme lo que vieron estos ojos. Soy Marcel Estévez, para servir a Dios y a usted.

Luis no supo que decir. Marcel era un indigente. Tenía el cabello canoso, largo y revuelto, la barba poblada y sus ropas estaban ajadas, pero no estaba sucio. Conservaba una dentadura perfecta, algo muy raro en alguien que vivía en las calles. Era evidente que contaba con algún refugio donde se preocupaba por su higiene, aunque no por su aspecto físico. Ante la estupefacción de Armengol, Marcel soltó una carcajada.

—¿Qué fue lo que vio? —preguntó Luis.

—Lo vi llegar a usted con sus amigos hace un par de noches. Bueno, a usted más bien lo traían cargado por los hombros. ¡Menuda cogorza la que llevaban usted y la chica!

—¿Vio a la chica?

—Desde luego que la vi. Una belleza, todo hay que decirlo. El tipo de mujer por el que los hombres pueden causar desastres. No sé su nombre, pero yo la llamé "Pandora" para mis adentros ¿Por qué me pregunta? Si tiene miedo que se lo diga a alguien más, no debe preocuparse. Soy indigente por circunstancias de la vida que no vienen al caso, pero no soy un delator. Su honra está a salvo conmigo, joven.

—¿Podríamos hablar? Lo invito a una copa.

—No bebo. Las bebidas espirituosas son un riesgo adicional cuando se vive en las calles.

—¿Bebidas espirituosas?

—Le sorprende mi forma de hablar —Luis asintió—. Sí, supongo que lo que se espera es que alguien como yo tenga un pobre vocabulario, o que no sea capaz de completar una frase coherente a causa del alcohol, o las drogas, pero ese no es mi caso. Antes de vivir en las calles era profesor de historia. No consumo drogas y solo tomo algún trago ocasional.

Armengol enarcó las cejas por la sorpresa.

—¿Entonces cómo…?

—¿Cómo terminé viviendo en las calles? Es una historia muy larga y muy triste.

—De cualquier forma, me gustaría hablar con usted. ¿Hay algún lugar donde podamos conversar tranquilos? Estoy dispuesto a pagarle.

—No sería correcto de mi parte cobrarle por una conversación. ¿De qué desea hablar?

—De lo que ocurrió la otra noche. De lo que usted vio.

—¿Por qué le interesa tanto? ¿Tiene algo que ver con la joven que asesinaron en la pensión de la que usted acaba de salir?

—¿Sabe acerca de eso?

—Por supuesto, en la calle algo así se riega como la pólvora. Dicen que fue un ejecutivo importante. Tal vez un pervertido. Quien sabe, hay tanto loco suelto.

—¡No fue así! —disparó Luis, cuya indignación lo volvió imprudente.

—¿Y usted cómo lo sabe? —preguntó el mendigo, volviendo a mirarlo. Esta vez con más detenimiento.

—No lo sé. Lo supongo…

—Tiene usted interés en ese crimen, pero no es policía. ¿Por qué?

—¿Cómo sabe que no soy policía?

—Reconozco a un oficial a dos kilómetros. Usted trata de parecerlo, pero no lo es. ¿Tiene usted algo que ver con la muerte de esa chica?

—¡No! —respondió Armengol demasiado rápido—. Bueno, sí. Yo no la maté, pero la policía cree que sí.

Marcel lo miró fijamente. Armengol se preguntó a sí mismo por qué había sido tan sincero con aquel hombre al que no conocía. Nada impedía que corriera a la comisaría más cercana para denunciarlo. Al cabo de un par de minutos, Estévez pareció terminar su evaluación. Después de emitir un suspiro, asintió.

—Le creo, joven. Me vanaglorio de ser un buen conocedor del

género humano y apostaría mi próxima cena a que usted no es un asesino. Acompáñeme a mi refugio. Allí podremos hablar con calma.

Marcel condujo a Armengol por las callejuelas del barrio portuario, hasta que Luis no supo dónde se encontraba. Llegados a una esquina se internaron en una vía muy estrecha, por la cual apenas si cabía un coche. A ambos lados había edificios de no más de cuatro pisos, bastante bien conservados. Armengol se preguntó si lo estaría llevando hasta la comisaría más cercana, pero enseguida desechó la idea. Por alguna razón que no alcanzaba a explicarse, el viejo mendigo le inspiraba confianza.

Hacia la mitad de la calle, Estévez se detuvo frente a una desvencijada puerta de madera, cerrada por un candado. Era el único acceso a lo que hubiera detrás de un muro lleno de grafitis. Con una actitud que se parecía mucho al orgullo, Marcel usó una llave para abrir el candado, retiró la oxidada cadena y lo invitó a entrar.

Armengol no sabía qué esperaba encontrar detrás de aquella puerta, pero estaba seguro que no era lo que vio. Se trataba de los cimientos de una casa completamente derruida. Aún podían observarse restos de los muros que delimitaban las diferentes habitaciones, pero que ya no alzaban veinte centímetros del suelo. La sorpresa se reflejó en la cara de Luis, al punto que Marcel se sintió en la obligación de explicarse.

—Ésta era mi casa. Ahora solo es una metáfora que representa en qué se ha convertido mi vida.

—¿Su casa? Pero, ¿qué le pasó?

—Ya le dije que las circunstancias que me arrastraron a la calle son una larga y triste historia. No quiero aburrirlo ahora con ella, porque usted tiene problemas más acuciosos, pero le diré que algunos conflictos familiares me causaron una debacle económica, que me impidió ocuparme de la vivienda que había heredado de mis padres y abuelos. Era una buena casa, aunque bastante vieja. Necesitaba un mantenimiento que no pude financiar. Comenzaron a aparecer grietas, a caer trozos de yeso del techo. El caso es que el nivel de deterioro alcanzó tal estado, que el ayuntamiento me obligó a desalojarla porque ya no era habitable. Entonces me conminó a tomar una decisión: debía repararla, o declararla en ruina. Había perdido mi trabajo, ya no me quedaban ahorros, así que opté por la segunda opción.

—¿Y tuvo que derribarla?

—El ayuntamiento se hizo cargo.

—¿El terreno es suyo? ¿Por qué no lo ha vendido?

—Yo diría que a estas alturas, el terreno ya pertenece a Hacienda. Desde entonces no he podido pagar ningún impuesto, así

que dudo que conserve algún derecho sobre la propiedad, pero por suerte, parece que el registro de este terreno se ha perdido entre el papeleo de la burocracia. No creo que ya nadie se acuerde de estas viejas ruinas. Y yo conservo la llave —concluyó Marcel, con un guiño.

—¿Cómo terminó en esta situación? No tiene que responderme si no quiere.

—No, está bien. Supongo que es normal que le cause curiosidad y extrañeza. Hace quince años éste era un hogar feliz. Tenía esposa, una hija, casa propia y un trabajo que me causaba satisfacción. Lo perdí todo por culpa de la droga.

—¿Quiere decir que usted…?

—¡Por supuesto que no! Nunca he probado ninguna de esas porquerías. Lo más fuerte que he llegado a consumir es una copa de jerez después de la cena. Eso cuando aún tenía una vida normal.

—Entonces no lo comprendo. Si no consumía ¿cómo pudo la droga destrozar su vida así?

—Porque quien consumía era mi hija —respondió Estévez con tristeza.

—Marcel, si no quiere hablar de eso, puedo comprenderlo.

—Ya despertó al monstruo, joven. Si no se lo cuento, los fantasmas de mi vida pasada no me dejaran dormir en las próximas noches. Aunque tal vez no sea justo que lo aturda con mis problemas. Usted ya tiene bastantes.

—Usted tiene razón. Yo le recordé su tragedia con mis preguntas y realmente me interesa. Si no desea contármelo lo comprenderé, pero preferiría saber qué fue lo que le ocurrió, porque ya lo siento como un amigo.

—En ese caso. ¿Me permite tutearlo?

—Desde luego.

—Gracias, chaval. Se ve que tienes buen fondo. Tú me contaste toda la verdad acerca de ti. Lo justo es que sepas con quién te juegas los cuartos —Luis parpadeó al recordar que le había escuchado esa expresión a su padre en alguna oportunidad—. Mi hija era una chica preciosa desde todos los puntos de vista. Era bonita, dulce, dedicada y respetuosa. Las monjas del colegio donde estudiaba siempre la ponían de ejemplo.

—¿Qué ocurrió entonces?

—Tenía apenas catorce años cuando acudió con su primo, el sobrino de mi difunta mujer, a una fiesta en El Cabanyal. ¡Cada vez que pienso que fuimos su madre y yo quienes la presionamos para que saliera a divertirse! —dijo Marcel, con los ojos llenos de lágrimas—. No sabíamos que el crío, porque no era más que un crío también, estaba enganchado a la droga. En aquel ambiente debió sentirse presionada por los demás chicos y probó lo que le ofrecían.

—¿Se enganchó desde la primera vez que la probó?

—Dicen que no todos reaccionamos igual a ese tipo de cosas —comentó el indigente, sin poder disimular la tristeza—. Te juro que hablé con no menos de media docena de psiquiatras. Me explicaron que algunas personas se hacen adictas con más facilidad que otras. No recuerdo qué me contaron acerca de sustancias en el cerebro de las que algunos tienen menos que otros. Como sea. Mi pequeña Lidia probó las drogas que le ofrecieron y quedó atrapada en la trampa.

—¿Qué pasó después?

—Por supuesto que esto que te estoy contando lo supimos mucho más tarde. Según me explicó uno de los doctores que la atendió en su rehabilitación, quienes consumen tienen una experiencia extraordinaria la primera vez, pero no ocurre lo mismo con la segunda. El caso es que aquella primera sensación, no vuelven a tenerla nunca más, pero la buscan, así que cada vez necesitan dosis mayores y drogas más fuertes, con resultados menos satisfactorios. Entonces pasan a otra etapa, donde si no consumen se sienten muy mal. Ya no hablamos de buscar una sensación agradable, sino de tratar de no experimentar un infierno. Es ahí donde la vida se reduce a buscar la siguiente dosis. Eso fue lo que le ocurrió a mi hija.

—Debió ser muy duro para ti.

—No imaginas cuánto, pero fue mucho peor para su madre. En un principio no notamos nada, aparte de que algunas veces nos faltaban pequeñas cantidades de dinero en la billetera, tanto a su madre como a mí, pero no lo veíamos, o no lo queríamos ver. Entonces también desaparecieron objetos: un marco de plata, un reloj, cosas pequeñas que tardábamos en echar de menos.

—¿Cuándo comenzaron a sospechar?

—Lidia cambió. Sus calificaciones bajaron en picada. Las monjas se quejaban de que les respondía de malas maneras. Lo mismo ocurría en casa. Hacía novillos. En una oportunidad llegó a levantarle la mano a su madre, cuando ella había sido una niña dulce y obediente. Si no llego a estar presente para impedirlo, es seguro que hubiera golpeado a mi esposa.

—¿No pudieron ayudarla?

—La ingresamos en un centro de rehabilitación, por supuesto. No fue fácil, porque ella no quería desintoxicarse, pero como era menor de edad conseguimos que se sometiera al tratamiento. Fue el comienzo de la ruina, porque su madre y yo queríamos que tuviera la mejor atención, así que la enviamos a una institución privada. Y esos lugares son muy caros. Yo vendí mi coche y mi esposa sus joyas. Cualquier cosa con tal de recuperar a nuestra hija.

—No dio resultado —concluyó Luis.

—La mitad del éxito de esos tratamientos depende de la

colaboración de quien padece de la enfermedad —Luis enarcó las cejas ante la perspectiva de Marcel—. Sí hijo, estamos hablando de una enfermedad. Una que puede ser mortal. Tienes razón, no funcionó. Lidia escapó en la primera oportunidad que tuvo y corrió a buscar a su camello. No sé de dónde sacó el dinero, tal vez se lo robó a alguien. A estas alturas no quiero saberlo. El malnacido le vendió todo lo que ella le pidió. Llevaba varias semanas sin consumir, iba con el mono. Bueno, para hacértelo corto: Sobredosis. No pudieron salvarla —concluyó el indigente con lágrimas en los ojos.

—Lo lamento mucho, Marcel.

—Tenía quince años. Y su último año de vida fue un calvario. Su madre no pudo superarlo. Un ataque cardíaco se la llevó dos meses después del entierro de Lidia.

—¿Cómo pudiste superarlo?

—¿Quién dice que lo superé? Después que mi esposa falleció, sentí que les había fallado a las dos y caí en una profunda depresión. Nada me importaba, nada me motivaba. Comencé a faltar al trabajo. Al principio fueron comprensivos, pero después que terminó el reposo médico y continué sin aparecer, me despidieron. No hubiera podido hacer frente a un salón de clases lleno de chicos iguales a mi hija. Luego vino lo de la casa. No tenía dinero para repararla, ni ánimo de conseguirlo. Y eso fue todo. Ya lo sabes. Así fue como terminé en la calle.

—Luis guardó un respetuoso silencio.

Miró a su alrededor, tratando de buscar cualquier excusa para cambiar el tema de conversación, que ahora lamentaba haber sacado a colación.

Estévez había instalado un toldo con cuatro tubos y una lona que parecía haber pertenecido a un camión. Bajo el improvisado techo había una mesa y tres sillas, que por su apariencia debieron pertenecer a los abuelos de Marcel. Sobre una de las sillas había una pequeña hornilla eléctrica y una cafetera. Cerca de ambas había una extensión eléctrica, que Luis siguió con la vista. Se extendía a lo largo del patio y subía por una pared que colindaba con uno de los edificios vecinos, hasta entrar por una ventana del último piso y perderse en su interior. Armengol comprendió que Marcel debió ganarse la buena voluntad de alguno de sus vecinos, quien le permitía que se beneficiara de su acceso al servicio eléctrico. Junto a la improvisada encimera de la cocina pudo ver un viejo verdulero de plástico con tres niveles, que servía de alacena y armario para la vajilla, la cual consistía en dos platos, dos tazas, algunos cubiertos y tres vasos de plástico. En un rincón, al fondo, Armengol pudo ver un saco de dormir perfectamente recogido.

—¿Qué pasó con los muebles que había en la casa? —preguntó

Luis.

—Vendí los que pude antes de la demolición. Con lo que obtuve pude vivir algunos meses. Los que quedaron se fueron deteriorando al permanecer a la intemperie. Esto que ves es lo único que me queda de mi antigua vida. ¿Te apetece un café?

—Sí, gracias —respondió, más por no desairar a su anfitrión que porque realmente le apeteciera.

Marcel asintió con satisfacción. No todos los días tenía invitados a quiénes agasajar. Preparó la cafetera y mientras esperaba que estuviera el café, colocó un par de tazas, platillos y cucharillas dentro de una enorme ensaladera y se acercó a una llave de agua que en alguna oportunidad debió formar parte del sistema de aguas blancas de la casa. El indigente lavó y secó todo con cuidado, regresando enseguida a la mesa. Para sorpresa de Armengol, sacó un mantelito limpio del fondo del verdulero y lo extendió sobre la mesa. Al cabo de pocos minutos, Luis se encontró ante una mesa primorosamente servida, con una taza de café caliente y recién preparado.

—¿Azúcar? Me gustaría poder ofrecerte leche, pero no sabía que tendría invitados.

—Una cucharadita. No te preocupes por la leche, me gusta el café solo.

Marcel parecía satisfecho en su papel de anfitrión. Armengol se lamentó al pensar que alguien como él pudiera terminar como indigente, porque eso significaba que le podía ocurrir a cualquiera.

—Muy bien, chaval. Querías hablar conmigo en un lugar tranquilo, creo que éste es el momento más apropiado, pero antes me gustaría saber tu nombre.

—Me llamo Luis Armengol.

—¿Por qué me resulta familiar?

— Es posible que lo hayas escuchado en los últimos días. Como te comenté antes, la policía me busca por la muerte de la chica en la pensión, pero yo soy inocente y me gustaría que me ayudaras a demostrarlo.

—¿Yo? Pero si yo no sé nada.

—Me tendieron una trampa, Marcel. La otra noche, cuando viste que me cargaban hasta la pensión, yo no estaba borracho y la chica tampoco. Nos habían drogado. A ella la apuñalaron y a mí me incriminaron como sospechoso de su asesinato.

—¿Esa preciosa joven que vi aquella noche fue la que asesinaron? —Luis asintió—. ¡Qué barbaridad! ¿Y por qué alguien querría hacer algo así?

Armengol le contó en pocas palabras todo lo que había ocurrido en los últimos días.

—¡Vaya historia! ¿Y por qué crees que yo puedo ayudarte?

—Eres testigo de que ni la chica, ni yo, llegamos a la pensión por nuestros propios pies. Puedes desmontar el testimonio de la patrona, que fue quien me incriminó.

—Olvidas que soy un indigente, Luis. Aunque siempre he sido respetuoso de las leyes y lo que me ha conducido a esta situación puede pasarle a cualquiera, a los ojos de esta prejuiciosa sociedad, mi testimonio tiene menos validez que el de cualquiera que viva bajo un techo.

—No podemos saber si eso es verdad hasta que no lo intentemos —argumentó Armengol con desesperación.

—Escucha la voz de la experiencia, Luis. Si te presentas a la policía solo con mi testimonio, podrían pensar que me has pagado para que diga lo que te conviene. Puedes contar conmigo para que atestigüe lo que vi aquella noche, pero necesitarás algo más concreto si quieres que nos crean.

—¿Algo como qué? ¿Pudiste ver bien a los hombres que mataron a la chica y me pusieron la trampa?

—Sí, eran dos. Uno enjuto, con un cigarrillo apagado en la boca. El otro parecía un tanque. Era calvo y con un tatuaje en una de las manos.

Por la descripción, Luis supo que aquellos eran los dos sujetos que lo habían perseguido para matarlo. Considerando que eran unos perfectos desconocidos para él, estaba claro que se trataba de sicarios enviados por alguien más importante dentro de la organización. ¿Carlos, tal vez?

—Esto es como la serpiente que se muerde la cola —se quejó Armengol—. ¿Cómo voy a poder demostrar que me pusieron una trampa?

—¿Qué sabes de la chica? ¿De Pandora?

—¿A qué te refieres?

—Debe haber salido de algún lado, digo yo. Tendrá familia, amigos, alguien que la eche de menos, aunque se trate de un proxeneta. La Policía en realidad no está investigando su muerte, porque creen saber quién es el asesino.

—¿Te refieres a que yo debo investigar el asesinato de la muchacha?

—Alguien debería hacerlo.

—Pero si ya sé quién la mató y por qué. Fueron los sicarios de la mafia de contrabandistas para implicarme y quitarme del medio. Lo más probable es que los haya enviado Carlos, que representa otro callejón sin salida, porque está muerto.

—¿No te has preguntado por qué escogieron a esa chica y no a otra?

—Porque era una prostituta. Supongo que eso la hizo más vulnerable.

—Estás hablando desde el prejuicio. Es el mismo razonamiento que aplican los que descalifican a una persona como yo, por el simple hecho de vivir en la indigencia. Como te digo, esa muchacha debe haber tenido una vida, un pasado, algo que la relacionó con sus asesinos. Para la policía solo es la víctima de un crimen resuelto. Para ti, fue el instrumento con el que te apartaron de tu vida. En conclusión, todos la han olvidado y sin embargo, es probable que sea la clave de este turbio asunto.

Armengol se quedó pensativo, mientras observaba a Marcel recoger y lavar los platos. Estévez tenía razón. A Luis le desconcertaba que aquel hombre de ideas claras y modales exquisitos hubiera terminado como un marginado de la sociedad. Decidió seguir su consejo y después de una breve despedida se marchó. Marcel salió a los pocos minutos, pues casi era la hora del almuerzo y no quería llegar tarde al comedor social. Las raciones del primer turno siempre eran las mejores. En cuanto cerró el candado y se dio media vuelta, se dio de bruces con un desconocido al que nunca antes había visto en el barrio.

—Hola. ¿Cómo va el día?

—¿Quién es usted? —preguntó Marcel con desconfianza.

—Un amigo de un amigo. ¡Venga conmigo!

—¿Adónde? ¿Quién es usted? ¿Qué quiere de mí?

—Tranquilo, viejo. Solo quiero que hablemos acerca de tu amigo Armengol. Quiero que me cuentes todo lo que sabes sobre él.

—Yo no sé nada —protestó el indigente con expresión angustiada.

Marcel dio un par de pasos para alejarse del desconocido, pero éste lo sujetó con fuerza por el brazo. Enseguida apareció una furgoneta negra que aparcó donde ellos estaban. La puerta trasera se abrió y antes de que el indigente pudiera evitarlo fue empujado al interior. El tío que lo había interceptado subió detrás de él, cerró la puerta y el vehículo arrancó. Fue entonces cuando pudo ver que junto al chófer había un hombre alto y delgado que volteó a mirarlo.

—Bienvenido a mis predios —le dijo mientras encendía un cigarrillo—. Usted y yo tenemos pendiente una interesante conversación.

Germán Robles era un hombre de casi sesenta años, pero que se mantenía en forma gracias a que entrenaba regularmente. Como jefe provincial del Servicio de Aduanas estaba bien informado acerca de todo lo que ocurría en el puerto de Valencia. Su amistad con Narváez se remontaba a los años en los que ambos eran un par de chiquillos.

Cuando recibió su llamada supo que se trataba de algo grave por el tono de voz que había empleado Vicente.

A Robles le sorprendió mucho que lo contactara y acudió enseguida. El ambiente que encontró al entrar era de luto, por supuesto. Después de todo, el dueño de la casa había sido asesinado aquella misma mañana, pero había algo más. Germán podía interpretar los gestos de su viejo amigo y sabía que no era un hombre que se amilanara con facilidad. Sin embargo, Vicente parecía haber envejecido en las pocas horas que habían transcurrido desde el funeral. El aspecto de sus hijos no era mucho mejor.

Después de los saludos, lo invitaron a pasar a un despacho privado, lejos de oídos curiosos. Germán rechazó las ofertas de un café, o una copa y decidió ir al grano.

—Por teléfono me dijiste que había un asunto muy delicado que querías tratar conmigo con urgencia, Vicente. ¿De qué se trata?

—Ignacio, mi hijo, tiene algo que explicarte.

Con pocas palabras pero muchas justificaciones poco fundamentadas, Ignacio Narváez lo puso al tanto de la trama de contrabando que se desarrollaba dentro de la naviera. Robles escuchó con atención y suspiró antes de responder.

—Me alegra mucho que me hayas avisado de todo esto, Vicente. ¿Desde cuándo lo sabes?

—Lo supe pocos minutos antes de llamarte.

—Lo suponía. Sabía que tú no podías estar detrás de algo tan sucio. Ahora tengo más argumentos para defender tu inocencia.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Ya teníamos conocimiento de la existencia de esa banda, Vicente —explicó Germán. Narváez palideció cuando comprendió lo que eso significaba.

—¿Ya lo sabías? Pero, ¿cómo no me habías dicho nada?

—Porque tenía que estar seguro de que no formaras parte de la red delictiva.

—¿De verdad creías que yo estaba metido en algo así?

—Yo no, pero mis jefes no te conocen y sabíamos que la banda debía tener a alguien con un cargo en la plana mayor de la naviera. Ahora sé que se trataba de tu yerno y tu hijo. Eso lo explica todo.

—¿Sabéis quién está detrás de todo esto?

—Aún no tenemos todas las piezas del puzle, pero sí puedo decirte que la organización tiene tentáculos muy largos y que cuenta con topos dentro de algunos organismos oficiales.

—¿Qué pasará conmigo? —intervino Nacho— ¿Me arrestará?

—Ganas no me faltan —confesó Germán, mirando a Ignacio con severidad—. No solo estás involucrado en el delito de contrabando, sino que has traicionado a tu propio padre y has puesto

en riesgo la empresa de tu familia.

Nacho levantó levemente la mirada, mientras trataba de descifrar las intenciones del amigo de su padre.

—¿Debo buscarle un abogado? —preguntó don Vicente—. Sé que merece que lo encierren y tiren la llave al mar, pero sigue siendo mi hijo y haré todo lo que esté en mi mano para ayudarlo, sin contravenir la ley.

—Es muy generoso de tu parte —respondió Robles—. Si un hijo mío hiciera algo así…Bueno, mejor no te doy ideas. Dije que debería detenerlo, pero ya que confesó, puede resultar más útil si colabora con nosotros. Después de todo, éste no es sino una pescadilla. Nos interesa atrapar a los tiburones.

—¡Un momento! —protestó Ignacio—. Si colaboro con ustedes, Critón me mandará a matar.

—¿Quién?

—Critón. Es el nombre clave del jefe de los contrabandistas.

—¿Ves? Ese es un dato que no teníamos. Ya comienzas a colaborar.

—Tú te has metido solito en todo este lío, así que tú debes hacer lo posible por remediar el daño que has causado. No puedes seguir comportándote como un cobarde —argumentó don Vicente.

—¿Qué pasará si me niego a colaborar?

—Te acusaré de contrabando de droga y armas. No tener antecedentes y haber confesado puede reducir un poco la pena, pero estamos hablando de drogas y armas, así que te pueden caer entre cinco y diez años, en especial si te niegas a ayudarnos a atrapar a tu jefe. Además…

—¿Qué?

—Según cuentas, la mayor parte del contrabando se queda en Yemen, lo cual significa que también serías reo allí. Podrían pedir tu extradición.

—¡No puede hablar en serio!

—Hablo muy en serio. No lo tienes fácil, Nacho. Lo siento.

—Si los ayudo, Critón me matará como hizo con Carlos.

—Te protegeríamos.

—¿Y después? ¿Qué pasará cuando lo hayan atrapado por mi culpa y cierren el caso? Él puede mandarme a asesinar desde la cárcel. Sabe que es así.

—Si colaboras, hablaríamos con el juez. Tu intervención en todo esto es bastante circunstancial, no has cometido delitos de sangre, así que podríamos cambiar tu identidad y la de tu familia, facilitarte pasaportes con nombres falsos para que viajes al lugar que prefieras y comiences una nueva vida.

—Supongo que tendría que alejarme de mi padre y mi

hermana.

—Eso me temo, y también tendrías que renunciar a tu herencia, pero siempre será mejor que terminar en la cárcel, o ser extraditado a Yemen.

—Es tu decisión, hijo —le dijo don Vicente con expresión apenada.

—No soy policía, ni tengo experiencia como espía. Ni siquiera tengo idea de qué es lo que tendría que hacer.

—No te estoy pidiendo que seas un agente. No durarías ni diez minutos porque no tienes el entrenamiento, Lo único que necesitaríamos sería que permitieras que te grabáramos y que dejaras hablar a tu jefe. Con eso es suficiente. Además de contarnos lo que sepas. Por ejemplo, ese Critón. ¿Sabes de quién se trata?

—No. Nunca lo he visto. Siempre se comunica por vía telefónica, cada vez con un número diferente y usa un distorsionador de voz.

—¿Qué haces si eres tú quien necesita comunicarse con él?

—En ese caso debo enviar un correo electrónico a una dirección preestablecida. El correo debe enviarse sin asunto y en el texto debo colocar la palabra "urgente" sin ninguna explicación, sin importar de qué se trate. Entonces él se comunica conmigo por teléfono.

—De acuerdo. Nos autorizarás por escrito a intervenir todas tus comunicaciones, tanto por vía telefónica, como electrónica. Con Carlos Torrealba muerto, necesitarán que alguien lo sustituya. Es muy probable que seas el elegido. ¿Sabes si hay alguien más dentro de la naviera que esté involucrado con la banda?

—No, que yo sepa.

—¿Qué me dices de Armengol? ¿Podría ser uno de ellos?

—¿Armengol? No lo creo, ni Carlos, ni Critón lo han mencionado nunca en relación con el contrabando. Y en los últimos días, Carlos se vanagloriaba de haber sido muy listo al idear la forma de librarse de él. ¿Por qué sospecha de Luis?

—Por nada —respondió Robles zanjando el asunto. Lucía lo miró con extrañeza. Les ocultaba algo—. De momento esperaremos a que sean ellos quienes muevan pieza. Es probable que se comuniquen contigo en las próximas horas. Actúa en forma natural y acepta cualquier negocio que te propongan. Y trata de no parecer muy ansioso en ocupar el lugar de tu cuñado, para que no sospechen.

—Si me están escuchando. ¿Esas grabaciones no me comprometerán más?

—Llegado el momento le explicaremos al juez que estabas actuando como agente infiltrado. De más está deciros a los tres que no debéis comentar esto con nadie. Ni siquiera con la Policía.

—¿No confías en la Policía? —preguntó don Vicente con

sorpresa.

—Tenemos buenas razones para creer que hay alguien dentro del cuerpo que colabora con ellos.

Lucía recordó los sicarios que habían perseguido a Luis pocos minutos después que la Policía lo ubicara en el teatro. Comprendió que su amigo se enfrentaba a algo mucho más grande de lo que habían imaginado.

Paulina estaba sentada en la terraza de una cafetería en la Rambla, mientras saboreaba un café. El viaje desde Valencia había transcurrido sin ningún contratiempo. El temor de que la siguieran desapareció a los pocos minutos que el tren había salido, pues el interés de esos delincuentes se centraba en Luis y lo único que querrían de ella sería que les diera su nueva ubicación, algo que ni siquiera sabía, porque él no le había contado esa parte de su plan, para protegerla.

En cualquier caso, ella ya se sentía a salvo, aunque sabía que debía ser cuidadosa y no confiarse. Si aquella organización era tan grande como sospechaba, no sería extraño que sus tentáculos llegaran hasta la propia Barcelona. Miró el reloj, comprobando que Bernard, su antiguo novio de juventud, se había retrasado.

Bernard Martell y ella habían vivido una historia apasionada, que se terminó cuando ella decidió irse a vivir a Valencia, con la excusa de que allí estaba su hermana. La realidad era que la pasión de los primeros años ya se había enfriado, las discusiones surgían por cualquier nimiedad y Paulina decidió poner distancia un tiempo para evitar hacerse daño mutuamente. Como temió, al separarse físicamente, la llama se fue apagando, hasta quedar solo un pequeño rescoldo que no era suficiente ni siquiera para entibiar la relación. Sin embargo, eso no cambiaba el hecho de que Bernard era la persona en quien más confiaba Paulina, después de Natalia. Lo vio acercarse cuando retiró la mirada de su reloj.

—Llegas tarde. Como siempre.

—Yo también me alegro de verte —respondió él con una sonrisa, mientras la saludaba con un beso en cada mejilla y se sentaba — ¿Qué te trae por Barcelona?

—Es una larga historia.

—Dispongo de tiempo,

En pocas palabras, Paulina le expuso lo que había ocurrido en los últimos días. En la medida que hablaba, la expresión de Bernard fue haciéndose más severa.

—¿Os habéis vuelto locas tú y tu hermana? —le preguntó—. ¿Sois conscientes del lío en el que os habéis metido por ese tío?

—Oye, ese tío salvó a mi hermana de ser violada.

—¿Hace cuántos años de eso? Quiero decir… ¿Cómo sabéis que él no fue quien mató a esa chica? Que no estáis protegiendo a un asesino, a un criminal.

—Creí que podía contar contigo, que me comprenderías —dijo Poli, mientras se ponía de pie y cogía su bolso—. Ya veo que me he equivocado. Luis es amigo de mi hermana, ella lo conoce bien y sabe que él no sería capaz de algo así. Yo confío en Natalia. No me hubiera metido en esto si albergara la menor duda sobre él, pero nada de eso importa. Olvida todo lo que te conté. Buscaré a otro para que me ayude.

—Espera —le dijo él, mientras la sujetaba por el brazo—. No he dicho que no esté dispuesto a ayudarte. Pero a ti, no a ese sujeto.

—A él no tendrás que verlo.

—¿Qué quieres que haga? —preguntó Bernard suspirando.

Paulina volvió a sentarse.

—Te prometo que no te arrepentirás.

—Ya estoy arrepentido, así que suéltalo pronto, antes de que cambie de opinión.

—Se trata de la información que descargamos del servidor de la naviera. Luis y yo elaboramos un dosier donde él incluye una carta en la que relata lo que ocurrió desde la noche en la que lo incriminaron, además de las pruebas relacionadas con la ruta de contrabando que él sacó en su momento de su propio ordenador y las que conseguimos en el servidor de la naviera.

—¿Y todo eso qué prueba?

—Que hay una organización criminal que tiene motivos para quitar del medio a Luis. Eso explica la trampa que le pusieron para incriminarlo.

—¿Y por qué no lo asesinaron como al otro? ¿No hubiera sido más fácil?

—Hay que ver que eres frío. Sí, pudieron eliminarlo, pero entonces tendrían a los expertos de la Policía metiendo las narices en los asuntos laborales de Luis, lo que hubiera dejado el contrabando al descubierto.

—No me gusta. Si es verdad lo que dices, ya han asesinado a varias personas a sangre fría. Harán todo lo que sea necesario para eliminar a Armengol y para mantener a salvo su secreto. Además, te han fotografiado a ti y a tu coche. Es casi seguro que a estas alturas ya saben quién eres. Estás arriesgándote mucho por ese hombre, Poli.

—¿Es eso todo lo que te preocupa? ¿Qué me estoy arriesgando por él y no por ti?

—¡Yo no he dicho eso! La que me preocupas eres tú.

—Lo quieras o no, ya estoy metida en esto. Y como tú mismo has dicho, tienen mi rostro, los datos de mi coche y lo más probable es

que a estas alturas ya lo sepan todo de mí. Lo único que me mantendría a salvo sería que todo esto se aclare y la Policía atrape a esos sujetos. Algo en lo que tú me puedes ayudar.

—Esta es la manipulación más descarada que he visto en toda mi vida.

—¿Cuento contigo?

—Ya te dije que sí. A ver, ¿qué quieres hacer con esos documentos?

—Pruebas.

—Yo no las llamaría pruebas —corrigió Bernard—. El relato de tu amigo Armengol es solo eso, un relato. No tiene ningún valor probatorio. Por otro lado, aunque todo ese material demuestre que existe una red de contrabando ligada a la naviera y que él fue tan listo como para descubrirla, eso no explica por qué apareció en la habitación de una pensión con una chica asesinada.

—Fue una trampa.

—Tal vez, pero no hay nada que lo demuestre.

Paulina se quedó callada. Aunque no hubiera querido reconocerlo, Bernard tenía razón. Estaban tan concentrados en demostrar el contrabando, que no se dieron cuenta que eso por sí solo no probaba nada.

—De cualquier manera, hay que denunciarlo.

—¿Es lo que quieres? ¿Qué yo lo denuncie?

—Quiero que vayas mañana a primera hora a Valencia y le entregues una copia de este dosier a la Policía, y una a un juez que es conocido de Natalia.

—¿Por qué no se los envías por correo?

—Esto es serio, Bernard. Necesito asegurarme que sea entregado en las manos adecuadas. Debo saber que lo lleva una persona de confianza. Así como tú.

—Regresas de Valencia después de cinco años, con una historia de asesinos y contrabandistas, y luego me pides que me traslade yo hasta Valencia para salvarle el pellejo a otro tío. ¿No crees que te estás pasando, Poli?

—Siete pueblos, pero sé que a ti te lo puedo pedir, porque eres el mejor.

—Está bien. Deja de hacerme la pelota, dame esos papeles, los nombres y las direcciones donde debo llevarlos.

La conversación con Marcel había permitido que Luis viera el asunto desde otra perspectiva. El indigente tenía razón, se habían olvidado por completo de la chica asesinada y ella era el centro de todo. ¿Quién era? ¿Por qué la habían asesinado a ella y no a otra? ¿La escogieron al azar, o por una razón muy específica? Cuando acudió a

la pensión, lo hizo en busca de respuestas. Ahora solo tenía más preguntas. Y un testigo.

Marcel estaba dispuesto a declarar lo que había visto aquella noche, pero le aconsejó a Armengol que encontrara evidencias más tangibles de su inocencia, pues sería su palabra contra la de la patrona y estaba claro que las autoridades no se inclinarían por creerle a él. Pero ¿por dónde podía comenzar a buscar? No tenía ni idea de quién podía ser la chica. Nunca antes la había visto.

En la noticia que reseñó la prensa se dijo que se trataba de una prostituta y que no había sido identificada aún por la Policía. Eso, por supuesto, podría haber cambiado. Tal vez ese comisario tan listo ya lo sabía todo acerca de ella, pero eso a él le daba igual, porque era una información que estaba fuera de su alcance.

Armengol regresó en autobús al camping. Aún corría el riesgo de que alguien lo reconociera, pero el tiempo transcurrido desde el asesinato y la proliferación de noticias que competían por la atención del ciudadano común, jugaban a su favor. De todas formas se refugió en el último asiento y mantuvo la cabeza baja todo el trayecto, mientras simulaba leer un libro.

Ya comenzaba a oscurecer cuando llegó al camping. Phillip lo saludó en cuanto lo vio. Por su expresión, parecía interesado en saber cómo le había ido a Luis en el "cumpleaños" de la hermana de su novia. Armengol se hizo el tonto. No tenía tiempo que perder. Cambió su ropa en las duchas del camping. Para lo que tenía que hacer, el traje solo sería un engorro. Luego se fue a su tienda. Cuando se quedó solo en su refugio, abrió su mochila y sacó del fondo los periódicos en los que aparecía la noticia del asesinato de la pensión. Los había leído y vuelto a leer, por si le proporcionaban alguna pista, pero no había conseguido sacar nada en limpio.

Junto a la foto de él, pudo apreciar la de la chica. Como bien dijo Marcel, era una joven preciosa. Luis recortó la fotografía y la guardó en el bolsillo de la sudadera. Salió con prisas, antes de volver a encontrarse con alguno de sus compañeros del camping y regresó al barrio portuario. Su siguiente paso era peligroso, pero necesario.

Cuando hablaron acerca de la joven, Marcel le había comentado que había muchos clubes en el barrio portuario en los cuales una muchacha como aquella podía ser camarera, pero el más importante era "El Poga", cuya característica principal era que se vanagloriaba de contar con las chicas más exóticas de todo Valencia.

—Apostaría mi cafetera a que esa joven viene de Europa del Este —le sugirió Marcel.

—¿Por qué piensas eso?

—Cabello abundante rizado y negro, pómulos altos, estatura elevada. Es lo que pensé cuando la vi. A esta chica la traen de "El

Poga"

Y si alguien conocía el barrio portuario, ese era Marcel. Así que había decidido que aquella misma noche acudiría a "El Poga" en busca de información.

Luis bajó del autobús y caminó por las callejuelas del barrio, siguiendo las instrucciones de Estévez hasta que se internó en un callejón sin salida iluminado por luces de neón. "El P ga", se podía leer, pues la luz que formaba la "o" se había fundido. En la puerta había un sujeto más ancho que largo y con cara de haber hecho gárgaras con vinagre. Armengol trató de pasar junto a él, ignorándolo.

—¡Eh! No tan deprisa —lo detuvo el tío, mientras lo sujetaba por el brazo—. ¿Adónde vas?

—¿No es éste el famoso club "El Poga"?

—Sí, éste es, pero a ti nunca te había visto por aquí. ¿Quién eres?

—¿Tengo que enseñarte mi D.N.I? Soy Daniel Pérez. Un amigo me recomendó este lugar. Dijo que preparaban bien las copas y que tenían entretenimiento muy especial. Exótico. ¿Acaso es un club privado?

—No, pero nos gusta saber quiénes son nuestros clientes. No serás policía ¿verdad?

—¿Tengo yo pinta de policía? —comentó Armengol riendo, como si esa fuera una ocurrencia absurda—. Escucha, solo soy un oficinista, un padre de familia aburrido y por pura casualidad estoy "de rodríguez" por unos días. Solo quiero divertirme un poco, pero si no puede ser aquí, buscaré otro lugar.

—Así que oficinista. ¿Tienes pasta?

Por toda respuesta, Luis asomó un fajo de billetes del bolsillo de la sudadera y se lo mostró al desconfiado portero.

—No quiero dejar rastros con la tarjeta de crédito. Mi mujer es una arpía y revisa los estados de cuenta.

—Pasa y diviértete.

—Gracias.

Armengol entró al club antes de que el quisquilloso portero cambiara de opinión. En cuanto cruzó el umbral de la puerta, le pareció estar entrando en la boca de un lobo. Se encontraba en un rellano que daba acceso a dos escaleras, una que bajaba a un semisótano del cual provenía una música suave. La otra escalera subía a un segundo piso, donde probablemente las chicas conducían a sus clientes para continuar la diversión. Luis bajó las escaleras y al final de éstas se encontró en un amplio salón sumido en una tenue penumbra, que minimizaban luces suaves de colores estratégicamente distribuidas. Lo invadió el olor floral de un ambientador. Había pequeñas mesas con taburetes en la periferia de la sala, mientras que

el centro estaba despejado. Luis comprendió que ese espacio era usado como pista de baile, o para la presentación de algunos espectáculos.

Al fondo de la sala estaba la barra del bar. La atendían un hombre y una mujer. Tres camareras caminaban entre las mesas, bandeja en mano. Eran tres chicas jóvenes, ninguna pasaría de los veintiún años y las tres eran notablemente bellas y exóticas. Una era rubia y muy blanca, con el cabello largo y liso que le llegaba hasta la cintura. La segunda era negra como el ébano, tenía el cabello rizado y oscuro hasta los hombros. La tercera era asiática, con el cabello negro y liso, cortado a modo paje. Luis se quedó observándolas mientras esperaba la cerveza que le había pedido a la chica. Marcel tenía razón, "Pandora" hubiera encajado como un guante en aquel lugar.

La mujer detrás de la barra lo miró de reojo mientras él observaba el lugar y a las chicas. Ella pasó un trapo por la barra ya reluciente.

—Si desea pasar un buen rato con una de ellas, Leiza aún está desocupada. Las demás ya están reservadas para unos clientes fijos.

—¿Desocupadas? ¿Reservadas? Hablas como si fueran taxis —saltó Luis, indignado—. ¡Que son personas!

—No se haga el digno conmigo, amigo. Si está aquí, bebiendo y mirando a las chicas es porque quiere pagar para divertirse con ellas, así que usted también las trata como objetos. Si viene a consumir, diga qué es lo que quiere. Y si no, puerta.

—No vengo a buscar una chica, sino información.

—¿Es policía?

—No, solo busco un nombre. Y pago bien.

—Usted es muy raro. ¿Qué quiere?

Armengol sacó la fotografía de "Pandora" que publicó la prensa y la puso en la barra frente a la mujer.

—Es la joven que asesinaron hace unos días en una pensión. ¿La conoce? ¿Trabajó aquí?

—¡Guarde eso! —le ordenó la mujer, palideciendo—. ¿Qué quiere? ¿Que terminemos como ella?

Luis obedeció y volvió a meter la foto en el bolsillo. Comprendió que había dado en el clavo. La reacción de la mujer no era la que hubiera tenido una desconocida.

—¿Entonces, sabe quién es? —insistió.

—Si no es policía, ¿por qué quiere saberlo?

—Porque alguien quiere culparme de su muerte y yo no la había visto en mi vida.

—Aquí no, ni ahora —murmuró la mujer—. Lo espero a la medianoche en el motel "Media Estrella", habitación quince. Asegúrese de que nadie lo siga.

—Seré puntual.

Luis terminó de beber su cerveza tomándose su tiempo, mientras la mujer de la barra despachaba las copas de los demás clientes. Él dejó una propina normal para no llamar la atención y salió del lugar, antes de que alguien reparara en su presencia.

Poco antes de la media noche, Luis llegó al lugar de encuentro. Al motel "Media Estrella" le habían puesto muy bien su nombre, porque no era probable que nadie le diera ni siquiera una estrella completa. Estaba en una calle estrecha y oscura, la pintura de la fachada se caía en desconchones y cuando entró lo invadió un olor a moho y a decadencia. Como no quería dejar recuerdo de su presencia en ese lugar, buscó la habitación quince por sus propios medios, aprovechando que no había nadie en la recepción en ese momento.

Llamó primero con timidez y luego con decisión. Desde adentro le respondió la voz de la mujer del bar, con un tono un poco malhumorado. Al cabo de pocos segundos, le estaba abriendo la puerta.

—¡Ah, es usted! Pase —le ordenó, mientras se hacía a un lado y retiraba unas revistas que estaban tiradas por el suelo de cualquier manera.

—¿Esperaba a alguien más? —preguntó él, poniéndose en guardia.

—No, pero no estaba segura de que acudiría a la cita. Y tengo un cliente que viene ocasionalmente a esta hora. Él paga y usted no.

—Le pagaré bien por información. Será un dinero ganado con más facilidad que si tuviera que atender a su cliente.

—¿Usted cree? La información que usted me pide me puede costar la vida.

La seguridad con la cual la mujer hizo la afirmación convenció a Luis de que hablaba en serio.

—¿Por qué me citó entonces? No creo que quiera ayudarme, y si el riesgo es tan alto, no hay suma de dinero que lo compense.

—No me dé más argumentos de los que me he dado yo misma, porque no es difícil que cambie de opinión. Supongo que usted es el pringado a quien le cargaron la muerte de Bianca. Era una buena chica y no merecía lo que le pasó. Si acepté hablar con usted fue por ella. Además, lo que hicieron con Bianca podrían hacerlo con cualquiera de nosotras si ya no les resultamos útiles. Y debo reconocer que usted me impresionó.

—¿Yo la impresioné? ¿Por qué?

—Por la forma en que se les escapó a los polis y porque fue capaz de llegar hasta "El Poga" por sus propios medios.

—Entonces supongo que usted ya sabe mi nombre. ¿Podría decirme el suyo?

—Soy Fabiola, Fabiola Crespo. En el medio me conocen como Fabi. Y usted es Luis Armengol. Siéntese donde pueda, pero no espere que le ofrezca café, porque no tengo.

Armengol apartó algunas ropas, que supuso esperaban por ser lavadas, para poder hacer un sitio donde sentarse. Fabiola ocupó una silla frente a él, mientras encendía un cigarrillo.

—¿Gusta? —le preguntó Fabi, señalando el tabaco con los ojos.

—No gracias. No fumo.

—Usted se lo pierde —respondió ella, encogiéndose de hombros—. Bien, vayamos al grano, no vaya a ser que se presente mi cliente y lo pierda por usted. Dígame ¿qué quiere saber?

—La chica, dijo que se llamaba Bianca. ¿Quién era? ¿Trabajaba con algún proxeneta, o iba por su cuenta? ¿La escogieron al azar, o por algún motivo? Acaba de decirme que eso podría haberle pasado a cualquiera de ustedes. ¿A qué se refiere?

—¡Espera! Que así no llegamos a ninguna parte. Ya ni siquiera me acuerdo de la primera pregunta.

—Lo siento. Estoy desesperado.

—Y no es para menos. Ser acusado de asesinato no es poca cosa. Y si no te trinca la policía, mis jefes se ocuparán de ti, algo que sería peor. Pero dime ¿qué les hiciste para molestarles tanto?

—No le he hecho nada a nadie. Solo me interesé por una ruta naviera que no encajaba en los patrones habituales, porque ese es mi trabajo, pero resultó que en esa ruta se trafica y por eso los contrabandistas pusieron precio a mi cabeza.

—¿Tráfico? ¿De qué tipo de tráfico estamos hablando? —preguntó Fabi, envarándose.

—Hasta donde sé, drogas y armas.

—¿Solo drogas y armas?

—¿Le parece poco?

—Tutéame, guapo, que la conversación que estamos teniendo solo puede ser posible cuando hay confianza —le dijo Fabi, mientras soltaba una vaharada a un lado para que no le alcanzara a Luis en la cara. Sin éxito.

Armengol se vio envuelto en el humo del tabaco e hizo esfuerzos para no toser. Fabiola volvió a llevarse el pitillo a los labios y cogió una nueva bocanada, luego aplastó el resto del cigarro en un cenicero, aunque no se había fumado ni la mitad.

—De acuerdo, la cosa es así —continuó Fabi—. Mis jefes forman parte de una red de trata de blancas, así que el tipo de tráfico por el que estoy interesada es el de personas. Bianca era una de sus víctimas. Yo misma estoy atrapada, pero mi caso es diferente. Yo ya ejercía este oficio en mi país natal y creía saber dónde me estaba metiendo. La pobre Bianca, en cambio, cayó en la trampa como un

pajarillo atrapado por una serpiente.

—¿Espere? ¿Trata de blancas? —Luis no lo podía creer. En la medida que rascaba la superficie de aquel asunto aparecían delitos cada vez más atroces. ¿Qué tiene eso que ver con la ruta de contrabando?

—¿Y cómo quieres que yo lo sepa? Si hay alguna relación, supongo que serás tú quien debas averiguarlo, por la cuenta que te trae. ¡Ah!, y ándate con ojo, porque mis jefes tienen contactos dentro de la Policía.

—Es probable que me arrepienta de esto, pero mi única esperanza de volver a tener una vida normal es desentrañar esta madeja. Por favor, háblame de Bianca.

— Su nombre era Bianca Ardelean y era rumana. Tenía veintitrés años. Una cría. En Rumanía vivía con sus padres y su hermanita. Estudiaba diseño gráfico en la universidad y por lo que me contó, era una buena estudiante.

—¿Cómo terminó una persona así de prostituta en España?

—Esa es la parte más cruel de todo esto. Fue víctima del engaño de un malnacido sin escrúpulos. Los llaman "lover boys". En el caso de Bianca fue un chico de su edad, no recuerdo el nombre, porque ella solo lo mencionó una vez. La cortejó, ya sabes, flores, bombones, un dechado de amabilidad. El príncipe azul. La convenció de emigrar a España, le ofreció villas y castillos, una vida mejor y la posibilidad de enviar dinero para ayudar a sus padres y su hermanita. Ella le creyó, pero cuando llegaron a Valencia, el príncipe se destiñó, la condujo hasta "El Poga", donde la recibió mi jefe y su destino quedó sellado. El tío la había vendido por dos mil euros.

—¿Por qué no escapó, por qué no lo denunció a la Policía?

—No sabes mucho de esto, ¿verdad? No, seguro que no. Es algo que ocurre frente a las narices de todo el mundo, pero nadie parece verlo. Muchos de los hombres que pasan un rato con estas jóvenes se consideran a sí mismos hombres de bien que solo están corriendo una juerga, pero ninguno se pregunta qué ha podido llevar a esas chicas con las que pasan un buen rato a estar disponibles para ellos. Después de todo, solo somos prostitutas —concluyó Fabiola, con amargura—. ¿Recuerdas a Leiza? ¿La chica negra que te ofrecí para esta noche? —Luis asintió—. Tiene dos hijos pequeños en Nigeria. Llegó a España porque le ofrecieron un trabajo para cuidar a un anciano, que por supuesto no existía. Le enviaron el pasaje, le tramitaron los permisos. Cuando llegó aquí, le quitaron los papeles y le dijeron que no se los devolverían hasta que pagara el costo del viaje y los gastos en los que había incurrido. La deuda llega a doce mil euros, que por supuesto, nunca podrá pagar, porque si lograra reunir el dinero, algo muy poco probable, se sumarían gastos reales, o inventados, que serían

imposibles de cubrir. ¿Te fijaste en la chica asiática?

—Sí —murmuró Luis.

—Es Maylin. Su familia la vendió.

—¡Pero eso es terrible!

—Es la nueva esclavitud, cariño. La esclavitud del siglo XXI. Y ocurre frente a las narices de todos.

—¿Por qué nadie hace nada?

—De vez en cuando, la Policía desarma una de estas redes, pero es un negocio muy lucrativo, así que las que quedan no hacen sino crecer y surgen otras que cubren la demanda, porque por desgracia, siempre existe quien está dispuesto a pagar bien por divertirse un rato con estas chicas. Además, las víctimas somos marginadas sociales. El destino de una prostituta no le importa a nadie. Para muchos, nos hemos buscado cualquier cosa que nos pase.

—¿Por qué no huyen cuando tienen oportunidad? Quiero decir, no las pueden vigilar todo el tiempo.

—Los jefes tienen información precisa de nuestras familias. Si nos salimos del tiesto, ellos sufrirán. A Bianca la amenazaban con asesinar a sus padres y traer a su hermanita para que corriera la misma suerte que ella.

—¿Y tú? ¿No temes por ti, por tu familia?

—Como te dije antes, yo ya ejercía el oficio en mi país. Allí vivía mi madre, a quienes ellos también mantenían amenazada, pero mi madre murió. Ya no tienen ese poder sobre mí.

—¿No temes que te hagan daño a ti?

—Bianca no hizo nada y aun así la asesinaron, lo que me hizo comprender que comportarme bien no me garantiza nada. Así que no hay razón para no joder a quienes llevan haciéndolo conmigo toda la vida.

—¿Por qué asesinaron a Bianca? Quiero decir, para ellos debía valer más viva que muerta.

—No lo sé, pero Bianca siempre estaba soñando con escapar y después de atender a un cliente especial, su conducta cambió. Parecía convencida de que era cuestión de tiempo que la dejaran marchar.

—¿De dónde sacó esa idea? Por lo que me has contado, eso es casi imposible.

—No sé cuál fue el origen de una idea tan peregrina. Yo hice lo posible por convencerla de que eso no iba a ocurrir y que tuviera cuidado, pero ella decía que había escuchado algo que lo cambiaría todo.

—¿Quién era ese cliente especial?

—No estoy segura, mi jefe no me lo dijo, pese a que a estas alturas ya confía en mí y delega gran parte del trabajo operativo, pero en este asunto ha sido bastante reservado. Bianca, por otro lado,

tampoco me lo quiso decir. Lo único que me reveló fue que se trataba de alguien muy cercano a mi jefe.

—¿Y quién es tu jefe?

—No sé su verdadero nombre. En el ambiente se hace llamar "Sileno."

—Necesitaré tu ayuda, Fabi.

—¿Esta conversación no te parece suficiente ayuda? Porque si Sileno llega a enterarse de que he hablado contigo y te he contado todo esto, mi vida no valdrá un céntimo.

—Lo comprendo y te lo agradezco, pero necesito saber más para poder desenredar esta madeja.

Fabiola se quedó un momento en silencio, luego volvió a sacar un cigarrillo y lo encendió con gestos exagerados.

—Te diré lo que haremos. Yo te ayudo y tú me haces un favor.

—¿Qué clase de favor? ¿Quieres que me ponga en contacto con alguien? ¿Qué denuncie lo que ocurre a través de alguien más?

—Eso sería una estupidez. No tienes pruebas de nada. Solo conseguiríamos que Sileno supiera que tiene una filtración y eso me pondría en una situación muy peligrosa. No, lo que voy a pedirte es mucho más sencillo.

Luis acordó con Fabi que ella regresaría aquella misma noche a "El Poga" y le señalaría quién era Sileno. Lo consideró un paso fundamental para encontrar al amigo del proxeneta que había sido responsable de la muerte de Bianca, y por lo tanto de su situación. No era extraño que ella volviera durante la noche cuando alguno de sus clientes fijos le fallaba en la privacidad del motel "Media Estrella," así que nadie sospecharía de su regreso al burdel.

Armengol esperó una hora paseando por las calles cercanas. No quería que lo vieran llegar junto con Fabiola, porque lo último que le interesaba era que los relacionaran. Era consciente del riesgo que ella corría al ayudarlo, pero también sabía que si tenía éxito, sus descubrimientos podían representar la libertad para Fabiola y sus compañeras. Con este pensamiento tranquilizó su conciencia por ponerla en peligro.

Cuando Luis regresó al Poga, ya Fabiola servía tragos tras la barra. Las camareras eran otras tres chicas. No había señales de Leiza, ni de Maylin, y Luis comprendió que se encontraban en otras labores más lucrativas en el piso superior. Pidió una cerveza, que Fabi le sirvió sin dar ninguna señal de reconocerlo. Al cabo de media hora entró un hombre de pronunciadas entradas, calva en la coronilla y anteojos de metal, que iba vestido con un traje de corte barato.

—Ese es Sileno —murmuró Fabiola.

A Luis casi se le escapa una expresión de sorpresa. Nunca

hubiera imaginado que un sujeto de aspecto tan corriente, incluso inocente, pudiera ser el jefe de una banda tratante de blancas.

Luis llevaba encima su móvil, al cual Poli le había retirado la tarjeta Sim, por lo que no estaba vinculado a ningún número telefónico y por tanto no podría ser rastreado. Dio un último y largo trago a su cerveza y se encaminó en dirección a los servicios. Entró en el de los caballeros. Por suerte se trataba de un baño para una sola persona, algo que le sorprendió en un lugar tan concurrido, pero que en aquel momento le vino de perlas. Entreabrió la puerta y desde adentro enfocó a Sileno, quien se había sentado en uno de los privados, justo debajo de las luces que iluminaban el local. Armengol sacó su móvil, ajustó el modo nocturno, activó el HDR y desactivó el flash. Esperaba que con esos ajustes fuera suficiente para obtener una fotografía aceptable, porque no podía arriesgarse a que la luz del flash lo delatara. Tomó varias fotografías y ya se disponía a guardar el móvil cuando otro hombre se acercó al proxeneta. Luis sintió un escalofrío en la espalda al reconocer a uno de los sicarios que habían enviado tras él. Era el más grande y también parecía el más bruto. Se preguntó dónde estaría el otro. Seguramente, no muy lejos.

El "gorila" se sentó frente a Sileno y una de las camareras se le acercó con una copa, sin preguntarle qué era lo que quería. Luis lo interpretó como una señal de que no era la primera vez que el maleante se reunía allí con el proxeneta. Por lo visto era asiduo. Armengol los observó a través de la puerta entreabierta. Si no estaba seguro de Sileno, pondría la mano en el fuego acerca de la capacidad del "gorila" para reconocerlo.

Ambos delincuentes hablaron. Estaba claro que Sileno llevaba la voz cantante y que el otro seguía instrucciones. Al cabo de unos minutos, a Luis casi se le sale el alma del cuerpo cuando vio al tercer contertulio sumarse a la reunión. Tuvo que mirar una segunda vez para comprobar que se trataba de Ignacio Narváez.

El joven hermano de Lucía no actuaba con la confianza y desenvoltura de los otros dos. Al contrario, parecía fuera de lugar. Una camarera se acercó a la mesa a causa de una señal de Sileno. Después de preguntar al recién llegado qué deseaba se retiró a la barra, habló con Fabiola y regresó con una copa de brandy.

Luis hizo algunas fotografías de la extraña reunión y salió del servicio. De vuelta en la barra se quedó en el rincón más oscuro y pidió un whisky. No sabía si Sileno lo podría reconocer, pero no tenía dudas acerca de los otros dos. Luis se bebió el whisky de un solo trago para pasar la impresión. Fabiola aprovechó la ocasión para acercársele, con la excusa de ofrecerle otra copa.

—¿Esos dos vienen por aquí con frecuencia? —preguntó Armengol en un murmullo.

—El grandote, sí. Es uno de los esbirros de Sileno, aunque no trabaja solo para él. He escuchado que le hace algunos encargos especiales, que su "verdadero jefe" se lo "presta" a Sileno. Al otro es la primera vez que lo veo. Por lo general quien viene a esas reuniones es un tío cachas, vestido con ropa de marca y aires de gran señor, pero que trata a las chicas como si fueran basura pegada a las suelas de sus zapatos. A ese capullo no lo he visto hoy. Aún no ha llegado.

—Ni creo que llegue —comentó Luis, pensando que la descripción encajaba con Carlos Torrealba— Si es quien yo sospecho, está muerto.

Fabiola abrió mucho los ojos, sorprendida por la revelación. En ese momento fue más consciente del riesgo que estaba corriendo desde que decidió ayudar a Luis.

—¿Tú conoces a esos hombres? —le preguntó la asustada mujer.

—Eso me temo —respondió Armengol, mientras bebía el agua, servida en una copa de ginebra que le había traído Fabiola— El grandote ha tratado de matarme en un par de ocasiones. El novato es Ignacio Narváez, uno de los altos ejecutivos de la naviera donde solía trabajar.

—¿Y qué hace aquí?

—En otras circunstancias hubiera concluido que él podía ser el amigo de Sileno que fue responsable de la muerte de Bianca, pero la actitud timorata que tiene me hace pensar otra cosa. Nacho es un niñato. Creo que está involucrado con los contrabandistas y que su jefe lo envió en el lugar de Torrealba, después de cargárselo.

—¿Y eso es bueno o malo? Digo, para nosotros.

—No lo sé. De cualquier forma, no puedo salir por ahí. Es posible que Sileno no conozca mi cara, pero cualquiera de los otros dos sería capaz de reconocerme.

—No te preocupes, ya había pensado sacarte por otro lado. ¿Ya tienes lo que viniste a buscar?

—Sí —respondió él, mientras palmeaba el bolsillo de la sudadera.

—Entonces espera.

Fabiola se alejó de Armengol y se acercó a una de las camareras, una preciosa chica de rasgos latinos. Le susurró algo al oído. La joven sonrió, se apartó de Fabi y se acercó a Luis.

—Fabi me dijo que quieres pasar un buen rato. Sígueme.

—Yo… Eh…No… —balbuceó Armengol. ¿Qué demonios le había dicho Fabiola a esa chica?

Después de mirar en dirección a la reunión que se desarrollaba en la sala, Luis decidió que sería mejor seguir a la joven. Ella lo guio por un pasillo que conducía a la parte posterior del local, allí le cogió

de la mano y lo llevó como una nodriza a un niño, escaleras arriba. Armengol comenzó a sentir que se sonrojaba. Cuando llegaron al segundo piso se paró en seco, obligando a la muchacha a hacer lo mismo.

—Oye, no sé qué fue lo que te dijo Fabiola, pero yo no…

—Ya sé que no quieres hacer nada conmigo. Fabi dice que solo pretendes ayudarnos, así que yo haré lo mismo por ti. No debes temer. No voy a morderte. Por cierto, me llamo Katy.

La camarera lo condujo por otro largo pasillo hasta una escalera que se encontraba en el centro, entre dos habitaciones y que debía dar a la parte posterior de "El Poga".

—Aguarda aquí —le dijo. Desapareció durante un largo minuto y regresó con una de sus compañeras, a quien guiaba cogida de la mano.

La recién llegada parecía incómoda en el vestido de fiesta corto y ajustado. Debajo del abundante maquillaje, Armengol vislumbró una chica demasiado joven. Entonces comprendió que se trataba de la hermana de Bianca, de quien ya Fabiola le había hablado y que iba en serio cuando le exigió un favor a cambio de su ayuda.

—Ve con este señor, Isabela —le dijo la camarera—. Es amigo de Fabiola y puedes confiar en él. Haz todo lo que te diga y estarás bien.

Armengol contuvo la respiración. Cuando pudo detallarla bien comprobó que era una niña. No podía tener más de dieciséis años. Se veía asustada, como un cervatillo en un coto de caza. Luis asintió en su dirección para animarla. La chica lo siguió sin decir palabra. Descendieron hasta que encontraron una puerta cerrada al final. Katy sacó una llave y abrió.

—Ahora iros, pero antes debes dejarme doscientos euros —dijo la prostituta dirigiéndose a Armengol—, porque me han visto salir con un cliente y si no les entrego el dinero cuando se supone que he terminado, me darán una paliza.

Luis sacó los doscientos euros y le agregó doscientos más. Katy sonrió y le dio un beso en la mejilla.

—¿No sospecharán que nos has ayudado a escapar?

—No sé qué problemas tienes con Sileno, pero cualquiera que sea su enemigo, es mi amigo. Para ellos solo eres un cliente que me escogió. No saben que tenemos llave de esta puerta. Pasaré un rato en una de las habitaciones y dormiré una siesta, que mal no me viene. Luego les entregaré el dinero y no sospecharán nada.

—¿Qué pasará cuando descubran que Isabela se ha escapado?

—Habrá follón, pero no sospecharán ni de Fabiola, ni de mí. Además, no les conviene que las chicas comprobemos que es posible escapar. Lo más probable es que lo escondan y traten de averiguar

quién la ayudó de forma discreta.

—¿Le harán daño a mis padres? —preguntó Isabela.

—No lo sé, cariño, pero sé que si tus padres estuvieran aquí, te animarían a marcharte. Ahora iros.

—De acuerdo —respondió Luis—. Adiós y gracias.

Katy cerró la puerta en cuanto salieron a la cálida noche valenciana. Armengol se preguntó qué podría hacer con la chica. Era seguro que Sileno y sus matones la buscarían, pero asumirían que estaba sola, en vista de que no conocía a nadie en Valencia. No podía llevarla con él al camping. ¡En menudo marrón se había metido, al aceptar ayudar a Fabiola, para que la hermana de Bianca pudiera escapar! Luego miró el rostro asustado de la chiquilla. Era casi una niña. Lo que Sileno pretendía hacer con ella era una monstruosidad. No podía permitirlo.

—Isabela, ¿te defiendes bien con el español? —le preguntó.

—Bastante bien —respondió ella, con marcado acento.

—Escucha. No puedo llevarte al lugar donde me escondo…

—¿Tú te escondes? ¿Por qué?

—Es una larga historia, pero el caso es que no puedes acompañarme.

—Me has sacado de ese horrible lugar. Has hecho mucho por mí. Gracias. No quiero…cómo se dice…causar molestias. Me las arreglaré.

—No. Si te dejo por tu cuenta, esos tíos no tardarán dos horas en encontrarte. Tienen todos los recursos para hacerlo. Escucha, se me ocurre algo. Te daré dinero.

—¡No! ¡No quiero dinero! Después dirás que tengo deuda contigo… No caeré en el mismo error.

—Te aseguro que no soy como ellos y que lo único que quiero es ayudarte. Te daré dinero y no me deberás nada. Te lo regalo. Será suficiente para que pagues una pensión y puedas alimentarte por unos días. Sileno no espera que tengas un céntimo, así que si no sales de la habitación, estarás a salvo.

—¿"No deuda"?

—No.

—Acepto.

Luis condujo a Isabela a una pensión, le dio instrucciones para que no abandonara la habitación por ningún motivo. Debía incluso pedir que le subieran la comida desde el pequeño restaurante que había al lado. Esperó afuera hasta que ella se asomó a la ventana y le hizo un gesto con el pulgar por el que comprendió que todo había ido bien. Luego la chica cerró la ventana y las cortinas, recluyéndose voluntariamente. Tal vez estaría encerrada, pero al menos ya no era prisionera.

Armengol decidió regresar al camping. Había hecho averiguaciones interesantes y tenía que meditar sobre ellas. Desde una esquina, los ojos atentos de un hombre camuflado en la oscuridad no lo perdían de vista.

Al llegar al camping aquella misma noche, Luis envió las fotos de Sileno a Paulina por correo electrónico con una pequeña nota explicativa, donde le pedía que tratara de identificar su rostro, pero sin explicarle de quién se trataba realmente. No quería correr el riesgo de que una filtración de información pusiera en peligro a la muchacha.

Era una suerte que el campamento contara con una conexión inalámbrica como parte de los servicios ofrecidos a los clientes en el paquete de estadía. Eso le permitía a Armengol comunicarse, aunque hubiera renunciado a las funciones de telefonía de su móvil. Era casi seguro que a esa hora Poli estaría durmiendo, pero él sabía que en cuanto leyera el mensaje, se pondría manos a la obra.

En la soledad de su tienda, Luis leyó los mensajes recibidos en su correo. Solo había uno, precisamente de Paulina, en el cual le informaba que había reclutado a un antiguo novio para la causa. Su nombre era Bernard Martell y llegaría ese mismo día con toda la información y las pruebas que habían recopilado para entregárselas a la Policía y a un juez, de apellido Oquendo, que era amigo de Natalia.

Luis esperaba que aquello ayudara a cambiar su suerte, aunque ya no estaba tan seguro. A esas alturas había comprendido que el problema en el que lo habían metido era mucho más complejo de lo que había sospechado en un principio. De vez en cuando se preguntaba si no sería mejor entregarse a la Policía, pero luego recordaba la advertencia de Fabiola de que sus jefes tenían topos entre las autoridades y desechaba la idea, pues no sabía en quién confiar.

Día seis.

A media mañana del día siguiente, Bernard llegó a Valencia. No le gustaba mucho el encarguito que llevaba, pero si no lo cumplía, Paulina no se lo perdonaría, y él no había perdido todas las esperanzas de volver con ella. Había sido un gilipollas dejándola marchar.

Saliendo de la estación cogió un taxi que lo llevó hasta el Juzgado de Guardia. Allí buscó el despacho del juez Oquendo. Lo recibió su secretaria, una mujer de más de sesenta años, que parecía la eficiencia personificada.

—¿Tiene cita con su señoría? —preguntó la mujer, mientras revisaba un dietario.

—No, pero vengo desde Barcelona y él está esperando la documentación que le traigo.

—En este momento no se encuentra en el Juzgado.

—Puedo esperarlo.

—Creo que no me he explicado. Está de permiso porque su esposa se puso de parto en la madrugada. Es probable que no regrese en todo el día y quizá tampoco mañana. Ya sabe cómo son estas cosas.

—Pero debo entregarle este sobre en su mano. Si me dice dónde puedo encontrarlo…

—Señor…

—Martell, Bernard Martell.

—Muy bien, señor Martell. Llega usted aquí sin cita solicitando ver al juez Oquendo, quien nunca ha mencionado ni su nombre, ni esos documentos que dice que son tan importantes para él. Y pretende usted que yo permita que lo moleste en una situación familiar tan íntima como es el nacimiento de su primer hijo.

—¡Pero vengo desde Barcelona!

—Por mí, puede usted venir desde la luna. Si tanto le urge, entrégueme el sobre y yo se lo haré llegar en cuanto se reincorpore. Es todo lo que puedo hacer por usted —dijo la secretaria, extendiendo la mano para recibir los documentos.

Bernard suspiró. ¿Qué otra cosa podía hacer? Le entregó el sobre a la mujer, le dio las gracias y se marchó. Ella cogió los documentos y meneó la cabeza. Todos los que pisaban esa oficina consideraban que su caso era único y el más importante. Ya se lo decía a su jefe, que era demasiado receptivo.

La secretaria puso el dosier sobre su escritorio. En ese momento llegó el juez que hacía la guardia con un fajo de carpetas, que dejó sobre la superficie de la mesa.

—Catalina, ¿por favor puede archivar esto?

—Con mucho gusto, señoría.

La secretaria cogió las carpetas, sin darse cuenta de que sus dedos también habían agarrado el dosier para el juez Oquendo. Archivó todo con la eficiencia que le caracterizaba y luego se olvidó del asunto.

Después del chasco con la secretaria de Oquendo, Bernard cogió un taxi que lo llevó hasta la comisaría del barrio portuario. Según Poli, era allí donde debía entregar el segundo sobre. El destinatario era el comisario Campos, quien llevaba adelante la investigación que involucraba al tal Armengol. Su exnovia le insistió mucho en que debía poner el dosier directamente en las manos del comisario. Martell miró el reloj. No podía demorarse mucho en Valencia, pues solo había pedido algunas horas de permiso en el trabajo y aquella misma tarde debía reincorporarse.

Cuando llegó a la comisaría, Bernard decidió que aquel no era un buen día para él. En la recepción le advirtieron que el comisario Campos no se encontraba allí y no tenían idea de cuándo podría regresar.

—Pero debo entregarle una información —argumentó Martell —. Vengo desde Barcelona y mi tren sale en dos horas. No puedo esperarlo. ¿Podría decirme dónde puedo encontrarlo?

—Lo siento, está trabajando y no podemos molestarlo a menos que se trate de una emergencia —le explicó el sargento—, pero venga conmigo, lo llevaré con su ayudante.

—Me encomendaron que no le entregara esto a nadie más —protestó Bernard.

—Pues se lo entrega al inspector Quirós, lo espera aquí hasta que aparezca, o se lleva su carpeta de vuelta. No hay más alternativas.

—Está bien, lléveme con ese inspector.

El sargento lo condujo hasta un área común repleta de escritorios, donde los detectives atendían sus tareas. En el fondo había un treintañero, que parecía bastante despistado. Levantó la vista del documento que estaba leyendo cuando vio al sargento acercarse en compañía de Bernard. Después de las presentaciones, Quirós lo invitó a sentarse.

—Mi jefe está atendiendo una llamada y no es probable que regrese en todo el día. ¿Puedo ayudarlo yo? ¿De qué se trata esa información que quiere hacerle llegar?

—Parece que hoy no he tenido suerte. No se ofenda inspector, pero la persona que me hizo este encargo me pidió encarecidamente que entregara este sobre en manos del comisario.

—Soy su ayudante. Puede confiar en que le haré llegar lo que me entregue. ¿Puedo saber quién le hizo el encargo y de qué se trata?

—Se trata del caso de Luis Armengol —explicó Bernard. ¿Fue idea suya, o el inspector se envaró en el asiento cuando escuchó ese nombre?—. Los documentos los envía mi ex novia, la señorita Paulina Conde.

—¿Y qué relación tiene ella con el señor Armengol?

—Son amigos, o más bien, él es amigo de la hermana de ella. El caso es que Paulina piensa que esta documentación prueba que el señor Armengol es inocente.

—Lo dice en un tono que hace pensar que usted no está de acuerdo.

—Debo reconocer que conozco el contenido del sobre y pienso que demuestra que existe una razón para que alguien haya querido incriminarlo, pero no creo que pruebe que no le hizo nada a esa chica.

—¿Y por qué querría alguien incriminarlo?

—Porque habría descubierto que existe una trama de contrabando en la naviera donde trabajaba y eso puede haber motivado a los contrabandistas a quitarlo de en medio.

—Comprendo. Yo llevo ese caso con el comisario Campos, señor Martell. Si lo desea puede dejarme a mí ese sobre y le prometo que yo se lo haré llegar.

—No lo sé. Le prometí a Paulina…

—Tengo entendido que tiene que coger un tren de vuelta a Barcelona.

—Así es.

—En ese caso, soy su mejor opción.

Como le pasó en el juzgado, Bernard dejó el sobre a regañadientes, pero consolándose al pensar que no podría haber hecho otra cosa y que de todas maneras, ambos sobres llegarían a sus destinatarios.

Se marchó de la comisaría con la sensación del deber cumplido. Detrás de su escritorio, Osvaldo Quirós hacía una llamada.

—Sí, es un sobre con información que Armengol logró sacar de la naviera. Es probable que fuera el día de la falsa alarma de incendios —le dijo a su interlocutor, mientras cuidaba que nadie más lo escuchara—. No, aún no he revisado su contenido, pero esa chica, Paulina, se ha tomado muchas molestias para hacérselo llegar a Campos —hubo una pausa mientras escuchaba lo que le decían del otro lado—. Está bien, espéreme. Ahora se lo llevo.

Armengol despertó con el alboroto de sus compañeros de acampada. La luz del sol iluminaba la tela gastada de la vieja tienda. Esperaba no tener que afrontar una tormenta con tan escasa protección, pues ya había detectado un par de pequeños agujeros que no lo protegerían de la lluvia en caso de ser necesario.

Se desperezó, ya la mañana estaba avanzada. No le sorprendió. Sus vecinos no eran muy proclives a madrugar y por lo general pasaban las noches de juerga, así que no era extraño que el campamento despertara varias horas después del amanecer. Salió de su tienda con la intención de encaminarse hacia las duchas. Encontró a Phil sentado al sol, con un vaso de polipropileno que despedía un magnífico olor a café.

Después de los saludos de rigor, Luis se encaminó a la Cafetería del camping. Con el paso de los días se sentía más confiado, pues su rostro no había vuelto a aparecer en los noticieros y tenía la esperanza de que ya no fuera tan reconocible por cualquiera. Además, en el camping todos creían que era un turista inglés. Aunque no se atrevería a visitar ninguna tienda, restaurante, ni centro comercial, donde pudiera ser captado por una cámara de vigilancia, dentro de las instalaciones del camping se sentía lo suficientemente seguro como para visitar el Restaurante, o la Cafetería.

Después de tomarse un café, Armengol pasó por las duchas y regresó a su tienda. Decidió que su siguiente paso dependería de la información que recibiera por parte de Poli. Era de suponer que ese mismo día, el dosier destinado a demostrar la existencia de la red de contrabando llegaría a las manos adecuadas. Luis esperaba que eso ocasionara una reacción, que tal vez apareciera la noticia en los periódicos, o dejara de ser el sospechoso principal de la muerte de Bianca. Aunque sobre esto último no se sentía tan confiado.

En la privacidad de la tienda encendió el móvil. La tarde anterior había recargado la batería en la cafetería del camping, mientras disfrutaba de una pequeña merienda antes de su visita al Poga. Además, solo lo encendía de vez en cuando para comprobar el correo, única vía de comunicación que podía usar al no contar con conexión al servicio de telefonía.

Como esperaba, en cuanto lo encendió y se conectó al Wifi del camping, entró un mensaje de Paulina a su correo. La chica había madrugado y no perdió el tiempo a la hora de buscar la información que él necesitaba. Poli había dejado en blanco el asunto. En el texto, sin embargo, encontró todo lo que necesitaba saber.

«Hola pringado. No te esmeraste mucho con la fotografía ¿verdad? En todo caso, usé un programa de reconocimiento facial que permite comparar un rostro con los que rondan por las redes sociales, encontrando las diez caras más parecidas. Por desgracia, tu sospechoso no usa las redes sociales, pero en una de ellas se dio una discusión por una noticia que salió en la prensa. Y adivina qué. La noticia se refería a nuestro amigo. El nombre del sujeto es Baran Kozlov. Se trata de un empresario de origen ruso, que vive desde hace ocho años en España. Es el dueño de media docena de clubes «de

alterne» dispersos por toda la geografía de la península. Se le tiene por un ciudadano honrado, paga sus impuestos y no tiene ningún antecedente penal. Eso en la superficie, pero la nota de prensa que me permitió identificarlo y que apareció en un periódico ruso hace algunos años, señala que su nombre surgió durante la investigación de un asunto de corrupción. Salió ileso y la policía de su país no presentó cargos en su contra.»

Luis suspiró. Aquella información confirmaba sus sospechas, pero no sabía si le resultaba útil. Su mayor problema era relacionar a Sileno y Bianca con la red de contrabando que operaba amparándose en la naviera. Sería su única esperanza de poder demostrar que era inocente.

Para no despertar sospechas salió de la tienda y se sentó al sol, junto a Phil. Necesitaba pensar. Lo que sabía hasta ese momento era que había una banda de contrabandistas que usaban una de las rutas de la naviera con la complicidad de Carlos Torrealba, ahora muerto, y de Nacho Narváez. También sabía que en esa ruta se transportaban armas y drogas. En casi todos los viajes, el barco comprometido en el delito, el "Heral", se desviaba de la ruta original para tocar en Yemen, lugar de destino habitual del contrabando. Esa era la razón por la que el barco empleaba más combustible del que debía. Entre el mayor peso de la carga, la distancia más larga como consecuencia del desvío y el aumento de la velocidad para cumplir con los itinerarios, sumaba un quince por ciento de consumo en exceso.

También sabía que en algunas ocasiones la mercancía de contrabando no se quedaba en el camino, sino que llegaba hasta el puerto de Valencia. Le pareció extraño que transportaran droga a Yemen, o armas a España. Entonces comprendió que lo más probable era que el contrabando a Yemen fuera fundamentalmente de armas. La droga estaba reservada para España. ¿Pero por qué entonces él había presenciado la existencia de ambas mercancías en el almacén aquella noche? Recordó las explicaciones de Fabiola. La droga era uno de los medios que los tratantes empleaban para controlar a las chicas. Hacían lo posible para convertirlas en adictas. Eso les permitía mantenerlas a su merced.

Luis comprendió que la droga que vio en el almacén estaba destinada a la organización de Sileno. ¿Y las armas? Eran un grupo delictivo. Las armas serían importantes para ellos y los contrabandistas se las proporcionaban. Luego estaba el aura de honestidad con la cual Kozlov se había rodeado oficialmente. Si mantenía esa reputación después de ocho años inmerso en un negocio tan sucio, era porque se trataba de un sujeto muy cuidadoso que no haría negocios con cualquiera, así que el jefe de los contrabandistas debía ser alguien de su completa confianza, pero ¿quién?

Solo sabía de una persona que Armengol había comprobado que estaba conectada con los contrabandistas y con Sileno. Se trataba de Ignacio Narváez. El hermano menor de Lucía era "un pieza", pero nunca lo hubiera relacionado con asuntos tan graves. Tal vez debería interrogarlo, pero se resistía a involucrarlo sin advertirle primero a ella cuales eran sus motivaciones, aunque tenía que reconocer que había sido el mismo Nacho quien se había metido solito en aquel berenjenal.

Luis decidió esperar. Tomar un respiro. Ahora que había encontrado un escondite razonablemente seguro parecía una buena idea, aunque por otra parte, sabía que el tiempo jugaba en su contra. Necesitaba hablar con Ignacio, sobre eso no tenía duda, pero primero lo haría con Lucía. Lo que no tenía claro era como conseguirlo de forma segura para ambos.

En un impulso, Luis decidió enviarle un correo escueto y directo, por si alguien más lo leía. Después de dejar en blanco el asunto, escribió:

"Hola. Me urge hablar contigo. Por favor establece tú el lugar y la hora. Estaré allí puntualmente. Luis."

Sileno se encontraba en su despacho en la parte trasera del Poga. Aún faltaban muchas horas para que el club abriera sus puertas al público, pero él estaba allí por una buena razón. A esa hora, la mayor parte de las chicas estarían durmiendo. De vigilarlas ya se encargaban sus empleados. Después de la inesperada fuga de la niña Ardelean había redoblado la seguridad.

Llamaron a la puerta y después que él diera la autorización se asomó Bucéfalo, el portero del club.

—Lo buscan, jefe.

—¿De quién se trata?

—Es un niñato. Lleva el miedo pintado en la cara.

—Ese debe ser Narváez. Lo estoy esperando. Hazlo pasar —el esbirro se dispuso a salir para cumplir la orden—. Espera un momento —lo detuvo su jefe—. ¿Se sabe algo de la fugitiva?

—Tengo tres hombres peinando el barrio. No conoce la ciudad, no tiene dinero, así que no puede haber ido lejos. Estará en algún callejón, o deambulando por las calles. También hemos pegado carteles en los que decimos que tiene problemas mentales y que se escapó, por lo que ofrecemos una recompensa por cualquier información que nos lleve hasta ella. La encontraremos. Es solo cuestión de tiempo.

—Cuando lo hagáis me avisas. No quiero que le toquéis un pelo. Vale mucho como para dañarla. Eso sí, le daremos un escarmiento.

—¿Sus padres?

—El padre, pero esperaremos a tenerla aquí para que reciba el castigo completo. Así sabrá que hablamos en serio y nos quedará la madre para mantenerla bajo control.

—Le diré a Manuel que esté atento.

—¿Ya regresó a Bucarest?

—Sí, señor. Dijo algo de una rubia que ya tenía casi en el bote.

—Muy bien. Ahora haz que pase Narváez.

Al cabo de pocos segundos, Nacho entraba a la oficina. Después de rechazar el café que Sileno le ofreció amablemente, se sentó frente a él.

—¿Y bien? ¿Cumpliste el encargo?

—Sí, hice lo que me ordenó Critón, aunque no me siento orgulloso de ello. Después de todo es mi hermana.

—Era necesario. Debemos cuidar el negocio. Y a ti también te conviene que esto se solucione para nosotros, así que déjate de remilgos.

—Cuando me contactaron para unirme al negocio, hablaron de proporcionar alguna información de vez en cuando, de ayudar a Carlos en sus encargos, que serían administrativos. Nadie me dijo nada acerca de cometer delitos. Tampoco mencionaron que mi cuñado terminaría muerto.

—¡No me toques las narices, niñato! Sabías dónde te metías. O creías que esas transferencias a tus cuentas en paraísos fiscales provenían de la caridad. Tú estás hasta el cuello en esto también y si caemos, tú caes con nosotros. El asunto este de Armengol se le fue a Critón de las manos y entre otros, tu hermana es una de las responsables, así que no me vengas con pijotadas.

—¿Cómo cree que me sentí cuando le robé su móvil?

—Me importa una mierda. Que se compre otro, o se lo pida a vuestro papi.

—¿No lo comprende? No se trata del dinero. Allí tiene fotografías de su hijo, de su difunto esposo, contactos de amigos. Media vida está en el móvil. Muchas de esas cosas no se recuperan comprando otro teléfono y además, me he sentido un miserable robándole a mi propia hermana.

—Es porque eres un miserable. Escucha, imbécil, en el piso de arriba hay media docena de chicas que han dejado de ser personas para convertirse en mercancía. ¿Crees que me importa lo más mínimo? ¡Nada! ¿Y tú me vienes con la estupidez de que has tenido que robarle el móvil a tu hermana? Hay que ver que eres gilipollas. ¿Lo tienes, o no?

—Sí, aquí está —respondió Nacho sacando el móvil inteligente de Lucía—, pero antes de dárselo quiero que me diga para qué lo

quiere. No estoy dispuesto a que lo use para perjudicar a mi hermana.

—Escúchame bien, mequetrefe, Critón quiere ese teléfono para resolver el problema que representa Armengol. ¿Cómo? Él lo decidirá. Me lo entregas ahora mismo, o le digo a Bucéfalo que te lo quite y te aseguro que no te van a gustar sus métodos —Nacho dejó el móvil sobre el escritorio de Sileno, quien lo cogió y lo guardó en un cajón—. ¡Ahora quítate de mi vista!

Narváez se marchó inmediatamente. La tarde anterior, Critón lo había llamado a su oficina en la naviera y le había ordenado que le robara el móvil a Lucía y se lo entregara a Sileno. Aunque a Nacho no le gustó tener que involucrar a su hermana con esos dos individuos y mucho menos que ellos tuvieran acceso a sus datos personales, no le quedó otra alternativa. Si se negaba a obedecer podía terminar como Carlos.

Sileno esperó a que el chico Narváez se hubiera marchado para llamar a Critón. Decidieron encontrarse en un bar del barrio del puerto, así ambos estarían cerca de sus correspondientes lugares de trabajo. Como siempre, su socio ya lo esperaba en una mesa cuando él entró en el bar.

—¿Y bien? —le preguntó Critón, después de que intercambiaron los saludos de rigor.

—Ese chico tuyo, Narváez, es un cenutrio. Me parece que te va a durar poco.

—¿Por qué? ¿No robó el móvil?

—Eso sí —reconoció Sileno, mientras sacaba el teléfono de Lucía del bolsillo—, pero no te quiero contar las estupideces que me soltó.

—Ya. No está hecho para el negocio y tienes razón, más temprano que tarde habrá que salir de él, pero de momento necesitamos a alguien en las altas esferas de la naviera y de este nadie sospechará.

—¿Por qué eliminaste al otro, a Torrealba? Parecía más hecho con el negocio.

—Tenía menos escrúpulos, pero también era un imbécil. Me cansé de sus errores.

—Lástima que el tal Armengol esté en el otro bando. Ha sido hábil para eludirnos a nosotros y a la Policía. Sería un buen fichaje.

—Olvídalo. Desde que nos está tocando las narices lo he investigado. Jamás aceptaría formar parte del negocio. Ni del tuyo, ni del mío.

—Fue un error involucrarlo en la muerte de Bianca. Hubiera sido mejor eliminarlo directamente cuando aún estaba desprevenido.

—En ese momento había buenas razones para actuar así. A estas alturas, sin embargo, ya no importa. Es un fugitivo de la justicia

y la Policía lo considera también sospechoso de la muerte de su ex mujer, de Torrealba y de Espina. Así que ya tiene la etiqueta de violento. Si muere durante un enfrentamiento, nadie lo investigará a fondo.

—¿También le cargaron la muerte de Espina? ¿Por qué?

—El cadáver de Sósimo apareció en una vieja casa que sirvió de escondite a Armengol. Había huellas suyas por todas partes alrededor del cadáver.

—Pues debo reconocer que no me gustaría estar en el pellejo de ese tío.

—Si mi plan funciona, ese pellejo estará agujereado en muy poco tiempo.

—¿Cuál es tu plan, Critón?

—Nos serviremos de la viuda de Torrealba, la hermana del niñato.

—¿Vas a tomarla de rehén?

—¡Claro que no! ¡No seas bruto! ¿Sabes quién es su padre? No es una de las chicas que traes con engaños, que no tienen quién las apoye. Si le tocamos un solo cabello a esta, tendremos a todos «los polis» de Valencia detrás de nosotros.

—¿Cómo nos va a ayudar entonces?

—Por eso le ordené a Narváez que le robara el móvil. Estoy seguro de que ella ayudó a Armengol en las primeras horas. También confío en que disponga de alguna vía de comunicación: un número telefónico, una dirección, un correo, cualquiera de esos datos sería útil.

—¿Útil, para qué?

—Para encontrarlo.

Critón encendió el móvil de Lucía y antes de tener tiempo de revisar la lista de contactos, entró un correo electrónico. No tenía asunto, pero el remitente era Luis.

—¡Bingo! —exclamó Critón— El señor Armengol nos hizo un favor. Le envió un correo a su amiga.

El contrabandista leyó el correo y desplegó una amplia sonrisa.

—¿Qué dice? —quiso saber Sileno.

—Armengol acaba de cometer su primer error y lo más probable es que sea el último —respondió Critón, levantando la mirada del móvil para fijarla en Sileno—. Quiere hablar con Lucía y le pide una cita.

El jefe de la banda comenzó a escribir para responder el correo:

"Yo también tengo que hablar contigo, Luis. Nos vemos en el viejo teatro, hoy a las 5:00 p.m. Ya la policía se fue del lugar y no es probable que regrese. Lucía"

Luis se acercó al teatro por la puerta trasera. Se cuidó de que no hubiera nadie en los alrededores. Tenía que reconocer que la idea de encontrarse de nuevo con Lucía le ocasionaba algunas emociones contradictorias. Por un lado, tenía plena confianza en ella y se sentía muy agradecido de la ayuda que le había prestado. Era consciente de que sin el apoyo de su amiga no hubiera podido eludir a la Policía, ni a los contrabandistas. Hubiera terminado preso, o muerto en las primeras horas de su aventura. Por otro lado, a él se le podía considerar el responsable indirecto de su viudez y estaba a punto de terminar de desmoronar los restos del mundo que la rodeaba, al contarle que su hermano menor no solo se relacionaba con la red de contrabando, sino que también les hacía carantoñas a tratantes de blancas. Se preguntó si ella volvería a hablarle después del encuentro de aquella tarde.

Armengol aún conservaba la llave que abría la puerta de los artistas, desde que estuvo oculto en aquel lugar. Después de asegurarse que no había nadie por los alrededores abrió la puerta y entró. El teatro parecía vacío, por lo que asumió que Lucía aún no había llegado. Se encaminó a la sala de espectáculos y decidió sentarse en una de las butacas a esperar.

Al cabo de pocos minutos escuchó unos pasos.

—¿Lucía? ¿Estás ahí? —preguntó, mientras se ponía de pie y escrutaba la puerta que se encontraba en la dirección de donde había provenido el sonido—. ¿Lucía? —repitió alzando la voz.

—No soy su amiga —le respondió la voz de un hombre que le pareció conocida, pero no familiar.

—¿Quién está ahí? —preguntó Armengol, mientras daba un par de pasos atrás y analizaba sus opciones de escape. Había tres puertas más, pero él sabía de su anterior estadía que dos de ellas estaban condenadas y la tercera permanecía cerrada con llave. Se quedó inmóvil en el sitio, sin saber qué hacer.

—Debo reconocer que has sido un verdadero incordio desde el principio, Armengol —le dijo la misma voz, mientras la silueta de su propietario comenzaba a vislumbrarse en las sombras, junto a la única puerta que podía proporcionarle una salida.

Armengol maldijo en silencio. Se había metido en camisa de once varas sin ayuda. La sombra avanzó y Luis vio a un hombre de aspecto bastante corriente que usaba gafas de pasta. Lo que más atrajo su atención, sin embargo, fue el arma que llevaba en la mano y que le apuntaba directamente.

—Será mejor que no intente nada, señor Armengol. Me tiene usted hasta las narices, así que no le conviene cabrearme más.

—¿Pero quién es usted?

—Mi nombre es Rubén Campos y soy el comisario a quien usted

lleva días dejando en ridículo —respondió el policía mientras su dedo comenzaba a deslizarse por el gatillo

—¡Comisario, soy inocente! —trató de explicar Luis, sintiendo que renacían sus esperanzas de no morir ese día—. Debe haber recibido el sobre con pruebas de que existe una red de contrabandistas infiltrada en la naviera. Ellos me incriminaron para que no los descubriera.

—¿Pruebas? ¿De qué pruebas está hablando? —preguntó el comisario envarándose y retirando el dedo del gatillo—. Yo no he recibido ninguna prueba.

—No es posible —protestó Luis—. Alguien de confianza las trajo ayer desde Barcelona y se las entregó a usted en la comisaría. ¿Cómo es que no lo recuerda?

—¿Ayer? Ayer no pisé la comisaría. Allí solo estuvo mi ayudante, el inspector Osvaldo…—el comisario se calló, al comprender lo que había ocurrido—. ¡Osvaldo, maldita rata traidora!

—Le juro que soy inocente —volvió a intentar convencerlo Armengol—. Le juro que yo no he matado a nadie.

—Lo sé.

—¿Lo sabe? Pero…

—¡Todos al suelo, que nadie se mueva! —gritó una tercera voz.

Todo pasó con tanta rapidez, que Luis no hubiera podido describir lo que había ocurrido apenas unos minutos después de terminada la escaramuza. De repente, la sala de espectáculos había sido invadida por hombres armados. Dos de ellos bajaron con cuerdas por el peine, mientras otros tres entraron corriendo por la misma puerta que bloqueaba Campos con su cuerpo. En un visto y no visto, el comisario estaba desarmado, tendido en el suelo boca abajo y vigilado por uno de los recién llegados. Otro de los tres sujetos se acercó a Luis sin dejar de apuntarle, mientras le gritaba que se tirara al piso con las manos en la cabeza. Armengol, aturdido, obedeció lentamente, pero antes de acostarse por completo pudo ver que llegaban dos hombres más, al primero no lo conocía, pero el que realmente lo sorprendió fue el segundo. Se trataba de Ceferino, el bedel de la naviera.

En los siguientes minutos, tanto Campos como Armengol fueron esposados y arrastrados hasta una furgoneta sin ventanillas. Sus captores no dijeron palabra en todo el trayecto.

Aunque se sentía derrotado, no se sorprendió de que lo hubieran encontrado. Tanto la policía como los contrabandistas contaban con recursos suficientes para haberlo capturado en las primeras veinticuatro horas, pero la suerte había corrido de su lado, hasta que pisó el teatro aquella tarde. Se preguntó por qué habrían escogido ese momento para atraparlo y por qué arriesgarse secuestrando también a un policía. Tal vez el comisario Campos tenía

alguna deuda pendiente con ellos.

En el trayecto, los hombres guardaban silencio y lo mandaban a callar si él trataba de hacer alguna pregunta. La única interacción que tuvieron con él fue cuando el desconocido, que se identificó como el inspector Quirós le quitó el móvil para entregárselo a Ceferino, que lo miró con satisfacción, lo metió en una bolsa de papel y lo guardó en el bolsillo.

Luis se preguntó adónde los llevarían. Al cabo de media hora debieron llegar a su destino, porque la furgoneta entró en un aparcamiento y se detuvo cerca de un ascensor. Campos y él fueron sacados aprisa y les ordenaron bajar la cabeza, de manera que el campo visual de Luis se limitaba a sus pies.

Uno de los hombres lo guiaba arrastrándolo por un brazo. Entraron al ascensor, que los subió dos o tres pisos. Al mantener la cabeza gacha no podía saberlo. Cuando salieron del elevador, los separaron. A él lo metieron en una pequeña sala con una mesa, tres sillas y una lámpara colgando del techo. Parecía una sala de interrogatorios. Le quitaron las esposas y se marcharon. Armengol se sentía nervioso. No sabía qué podía esperar. En ese momento le vino a la mente la descripción que hicieron los periódicos de los últimos momentos de Almudena. ¿Sería eso lo que le esperaba? ¿Lo interrogarían para que les contara cuánto sabía, quiénes lo habían ayudado? No estaba dispuesto a traicionar a sus amigos. Tenía claro que cualquier persona que él mencionara se convertiría de inmediato en objetivo de los criminales y él ya tenía suficientes pruebas de lo que eran capaces de hacer.

Se preguntó por qué lo habrían separado del comisario. ¿Tendrían algo también contra él? ¿Por qué no le permitieron arrestarlo? Eso también les habría servido para quitarlo del medio. O tal vez no. Los había cabreado tanto que solo se conformarían con su muerte. Luis se sentó en una de las sillas y apoyó los antebrazos en las rodillas. Se sentía como un conejo atrapado en una trampa.

Sintió, más que escuchó el ruido de las bisagras. Levantó la cabeza y pudo ver a Ceferino. Por el respeto con el que lo trataban los demás, comprendió enseguida que el humilde bedel de la naviera, en realidad era el jefe.

—Señor Armengol —le dijo en tono jovial—. Me alegra volver a verle.

—Me gustaría poder decir lo mismo.

Ceferino soltó una risa contenida, mientras sacaba algo de su bolsillo: una cajetilla de cigarros.

—¿Le importa que fume? —Luis se encogió de hombros.

—Bien, ya que estamos aquí… —dijo, mientras encendía un fósforo y lo usaba para prender el tabaco, con gestos que a Armengol

le parecieron exagerados—. Como le decía, ya que estamos aquí, me gustaría saber si ha escuchado hablar de un hombre que se hace llamar Critón.

Sin duda, esa no era la pregunta que Luis se esperaba. Ceferino lo invitó a sentarse con un gesto de la mano y él ocupó una segunda silla.

—¿Y bien? —insistió el bedel, aunque nada en la postura del bedel hacía pensar que tuviera prisa alguna.

—¿Critón? Es la primera vez que escucho ese nombre. ¿Quién es?

—En realidad no es un nombre, sino un apodo. Es el más grande hijo de puta que pulula en los bajos fondos. Y es curioso que no conozca a quién intenta matarlo desde hace varios días.

—¿Tiene que ver con los contrabandistas?

—Desde luego que tiene que ver. Es su jefe.

—Pero si ese Critón es el jefe de la red de contrabando, y me está preguntando por él. ¿Quién es usted? ¿Acaso no forma parte de esa red?

—A ver, creo que está usted un poco confundido, señor Armengol y no es para menos. Lo que ha pasado en los últimos días ha tenido que ser para flipar en colores. Como ya habrá deducido a estas alturas, mi nombre no es Ceferino y no soy solo un bedel.

—Eso es evidente, pero entonces ¿quién es usted?

—Mi verdadero nombre es Moisés Varela y soy comisario del Centro de Inteligencia contra el Terrorismo y el Crimen Organizado. Trabajo en una operación conjunta con el Servicio de Vigilancia Aduanero. Nuestro objetivo era una red de contrabando de armas y drogas, que proporcionaba ambas mercancías a una organización criminal paralela dedicada a la trata de blancas.

—¡Espere! ¿Usted es policía? —preguntó Luis, que no salía de su asombro.

—Algo así. Como le decía, íbamos detrás de esta organización y su jefe. Un sujeto muy astuto y con pocos escrúpulos, que se hace llamar Critón. Teníamos claro que estaba cerca, pero no sabíamos cuánto. Llevamos dos años en esta operación, pero hace seis semanas tuvimos un golpe de suerte.

—¿Golpe de suerte?

—Bien, tal vez no deba llamarlo así, porque lamentablemente le costó la vida a una chica inocente.

—¿Bianca?

—Así es, Bianca. Su jefe, de quien solo conocíamos su nombre falso: Sileno, la envió como chica de compañía a su socio, Critón. Este último se confió al creer que la joven solo hablaba rumano, pero en

los pocos meses que llevaba viviendo en España, había aprendido lo suficiente para comprender bien el español. El asunto es que Critón habló abiertamente del negocio de contrabando enfrente de Bianca. Ella pensó que esa era su oportunidad de librarse de ese infierno y nos contactó. Por desgracia, no nos envió la información completa, sino algunos indicios, pues decidió guardar el resto para mantener nuestro interés en ella. Lo lamentable es que Sileno se enteró de lo que hizo.

—Por eso decidieron asesinarla —concluyó Luis.

—Así es, pero esa decisión la tomaron al mismo tiempo que cierto ejecutivo meticuloso descubrió algunas incongruencias en la ruta del contrabando y comenzó a hacer preguntas incómodas. Lo último que querían era a alguna autoridad iniciando una investigación en la naviera, así que planearon matar dos pájaros de un tiro.

—Asesinaron a Bianca y me inculparon a mí.

—Correcto.

—Entonces usted sabe que soy inocente.

—Tenemos suficiente evidencia y alguna declaración a su favor. Entre otros, hemos hablado con su amigo, el señor Marcel Estévez. No tiene de qué preocuparse. Los cargos serán retirados.

—Pues podía haber empezado por ahí —le reclamó Luis, sintiendo que se le quitaba un peso de encima—. ¿Puedo saber cuáles son esas evidencias? Porque llevo los últimos días dejándome la piel para demostrar mi inocencia.

—Tengo que reconocer que en un primer momento tuvimos nuestras dudas. Quiero decir, que algunos compañeros pensaron que usted era un factor de distorsión que no tenía relación con la organización, pero que asesinó a la chica por motivos personales.

—¿Qué les hizo cambiar de opinión?

—Ignacio Narváez —Luis enarcó las cejas por la sorpresa—. El señor Narváez confesó su propia participación en el contrabando. Al parecer, su cuñado, Carlos Torrealba, se sentía muy orgulloso de su astucia y le contó lo relacionado con la trampa que le pusieron a usted. Confesar todo lo que sabía acerca de los crímenes de Critón y los suyos formó parte del acuerdo para considerarlo testigo protegido. Luego está el asunto del cuchillo con el que asesinaron a Bianca. Según el perito, la forma en la que están dispuestas las huellas de los dedos y la ausencia de impresiones de la palma hacen que sea imposible que quien sujetara el cuchillo de esa forma pudiera apuñalar a otra persona. Fue una suerte que el laboratorio de dactiloscopia enviara copia del informe a todos los policías relacionados con el caso. Además, si nos hubiera quedado alguna duda, el matón favorito de Critón, Rocha, confesó todo lo que sabía cuando lo detuvimos hace unas horas. Por cierto, que también lo exoneró a usted de las muertes de su exesposa, de Torrealba y de su

propio cómplice, Espina.

—Si ya sabían que yo era inocente, ¿por qué no lo publicaron como lo hicieron con mi retrato robot? Lo que he tenido que pasar en estos últimos días no se lo deseo a mi peor enemigo —le reclamó Luis, enfadado.

—Lo lamento mucho. No queríamos poner a Critón sobre aviso. Y decidimos que usted estaba más seguro escondido en el camping.

—¿Sabían dónde estaba? —preguntó Luis, sintiendo un nudo en el estómago.

—Desde luego. Contactamos con el señor Cuéllar en cuanto salió de Valencia. No fue difícil relacionarlo después de encontrar a uno de los sicarios de Critón muerto en su casa, con las huellas de usted por todo el lugar. Al principio no se mostró muy colaborador, pero después de identificarnos contó todo lo que sabía. Eso nos permitió infiltrar a un hombre en el camping para que pudiera protegerlo. Tal vez lo recuerde, su nombre operativo es Phillip.

Luis no sabía qué pensar. Se había sentido tan listo al ocultarse en el camping, para enterarse ahora de que la Policía supo todo el tiempo dónde estaba y si no habían ido a por él era porque no les convenía.

—Así que, según estoy entendiendo ustedes ya sabían acerca del contrabando y por eso lo infiltraron a usted en la naviera como conserje. Bianca murió porque les reveló una información sobre la organización y la descubrieron. Al principio ustedes creyeron que había sido yo el asesino, pero después comprobaron que fui víctima de una trampa y que me incriminaron, pero dejaron las cosas así porque les pareció que estaba en lugar seguro. ¿Es así?

—Sospechábamos del contrabando, pero la confirmación nos llegó de donde menos esperábamos. Hace un par de días, una chiquilla se presentó en la embajada española en Yemen. Fue testigo fortuita del desembarco de armas en una playa de Al Hudayda. Su destino eran los rebeldes. El nombre del carguero con bandera española comenzaba con "H" y terminaba con "l".

—El Heral.

—Es lo que concluimos. Por suerte, la jovencita, que aunque parezca increíble, ya estaba casada, consiguió el divorcio antes de presentarse en la embajada y estaba deseosa de poner tierra de por medio con su ex esposo. Así que no fue difícil convencerla de venir a España para colaborar con nosotros. Ya ha identificado al capitán del Heral como el hombre que recibió el dinero de parte de los rebeldes y está dispuesta a testificar en el juicio, a cambio de una visa que le permita quedarse en España. Con respecto a usted, hay algo que tengo que reconocer y que espero que me pueda perdonar, señor Armengol.

—Llámame Luis. Es lo menos que puedo hacer por el hombre

que me acaba de quitar el peso del mundo de encima. ¿Qué te tengo que perdonar?

—La verdadera razón por la que no intervenimos en cambiar tu situación con respecto a la organización.

—No sé por qué, pero sospecho que no me va a gustar.

—Creo que no. Eras el cebo perfecto para una trampa.

—Hay algo que no comprendo —confesó Luis—. Si vosotros sois policías, ¿por qué habéis tenido tan pocas consideraciones con el comisario Campos?

—Creí que a estas alturas ya lo sabrías. El comisario no es otro que Critón.

Armengol sintió un escalofrío en la espalda cuando rememoró su encuentro con Campos en el teatro y recordó que este había tenido el dedo en el gatillo, segundos antes de la incursión del grupo élite.

—¿El policía? Pero, ¿cómo habéis sospechado de él?

—Los delincuentes siempre olvidan algo importante. Solo existen dos cosas que no se pueden esconder: el dinero y la tos.

—¿Quiere decir que lo encontraron por el dinero?

—Sabíamos que Critón debía tener influencia en la zona del puerto y autoridad para frenar las investigaciones policiales inconvenientes para él —le explicó el comisario, sonriente—. Fue la razón por la que el Servicio de Vigilancia Aduanera nos pidió ayuda.

—Pero ¿cómo supieron a quién investigar?

—No fue una tarea fácil. En un principio la lista era muy larga, pero en eso también tuvimos suerte. Te reconozco que significó un trabajo de hormiga para nuestro equipo por más de seis meses, pero aun así, contábamos con seis sospechosos. Una lista demasiado larga para una investigación como esa.

—¿Cómo lo identificaron entonces? —preguntó Luis, con curiosidad.

—El año pasado, el comisario solicitó sus vacaciones y decidió pasarlas en Tahití. Hasta ahí, todo parecía normal. Después de todo, también un esforzado policía tenía derecho a un rato de esparcimiento. Sin embargo, por sugerencia de mi jefe, el comisario Germán Robles, le pusimos un hombre a seguirle los pasos. Recibimos la agradable sorpresa de que el sencillo comisario había reservado en uno de los hoteles más lujosos del país. Según el agente, las vacaciones incluyeron fiestas diarias, paseos en yate, chicas y alcohol. Un gasto demasiado llamativo para ser explicado por los ahorros de un policía. La conclusión fue unánime: teníamos a nuestro hombre.

—Y supongo que allí comenzaron a investigarlo de veras.

—Toda la atención se centró en Campos. Debo reconocer que aun así no resultó fácil. El tío es muy listo y además de paraísos fiscales, empleó testaferros que no tenían claro quién era el verdadero

dueño del dinero, pero que no se hubieran atrevido a traicionarlo. Critón se convirtió en una leyenda en los bajos fondos. No tenía ningún reparo en quitar de en medio a cualquiera de los suyos que no llenara sus expectativas.

—Supongo que ese fue el caso de Carlos.

—Y de Sósimo Espina —ante la expresión de extrañeza de Armengol, Marcel se apresuró a explicar—. Era el sicario que apareció muerto en la casa de Cuéllar.

—¿Un tío flaco y enjuto que siempre llevaba un cigarrillo apagado en la boca?

—Ese mismo.

—Estuvo a punto de matarme a las pocas horas de mi fuga.

—Lo sabemos. Siempre te hemos seguido los pasos a poca distancia, Luis. Como comprenderás, no podíamos dejar que te asesinaran. Convertirte en su cebo era una responsabilidad muy grande como para dejar que te mataran.

—Pues muchas gracias. Creo. ¿Desde cuándo me estáis siguiendo?

Marcel sonrió.

—Comenzamos a seguirte cuando escapaste del depósito de la naviera.

—¿Cuándo descubrí el contrabando? —preguntó Armengol, sorprendido—. ¿Estabais ahí?

—No exactamente. Las cámaras de vigilancia de la naviera no funcionaban, pero nosotros teníamos nuestras propias cámaras. Sabíamos que tarde o temprano la locación sería visitada por Critón y los suyos. Y aquella noche ocurrió. Con lo que no contábamos era con tu presencia.

—¡Espera! ¿Fuisteis testigos de los acontecimientos de esa noche?

—Lo vimos a través de las cámaras y debo reconocer que nos dejaste impresionados con tu escape. Cuando saliste del depósito, uno de nuestros hombres que estaba apostado cerca te siguió en otra motocicleta hasta el teatro. Te perdió durante la persecución de los sicarios de Critón. Luego volvimos a ubicarte en el camping, gracias a Cuéllar.

—¿Entonces me seguisteis hasta el Poga?

—Sí, y te estamos muy agradecidos.

—¿Por qué?

—Por las fotos de Sileno y por el trabajo que hizo tu amiga, «la sombrero blanco.» Ahora sabemos que Kozlov es el jefe de los tratantes de blancas y podemos disolver la red. Teníamos nuestras sospechas, pero ninguna prueba. Las fotos de la reunión con Narváez y Rocha, el matón de Critón, demuestran los nexos que tiene con el

mundo del crimen. Ahora solo necesitamos encontrar algún testigo que esté dispuesto a comprometerlo, además de Ignacio Narváez.

—Te sugiero que te entrevistes con la señorita Fabiola Crespo.

—¿Crees que ella hablaría?

—Creo que en este momento, su deseo de recuperar su libertad es más fuerte que su miedo.

—¡Grandioso! Gracias, Luis. Pero dime algo ¿cómo fue que llegaste hasta el Poga tan rápido? Nosotros llevamos meses siguiéndole el rastro a Sileno y todavía no habíamos logrado acercarnos.

—Tuve ayuda de un viejo profesor muy sabio.

Varela lo miró sin comprender a qué se refería.

—En fin, que te estamos muy agradecidos por tu colaboración, Luis, aunque tu ayuda no fuera del todo consciente.

—¿Y qué hay de mi nombre? La Policía me ha colgado el San Benito de homicida, los periódicos han publicado artículos sobre el Asesino de la Pensión. ¿Cómo podré recuperar mi vida después de eso?

—No debes preocuparte. Como te expliqué, todos los cargos serán retirados y mi jefe, el comisario Robles, está dispuesto a dar una rueda de prensa donde explicará a los periodistas que actuaste como un ciudadano consciente, que se ofreció a colaborar con nosotros para atrapar a criminales peligrosos, pese al riesgo que corrías. Verás qué pronto pasas de ser un asesino a ser un héroe. Es el poder de la comunicación.

—¿Y qué me dices de la patrona de la pensión? Mintió para incriminarme, aunque nunca pude saber por qué. No pude encontrarla.

—Nosotros sí. Cometió el error de aceptar dinero para dar una falsa declaración, luego sintió miedo y huyó a esconderse en Madrid, con una prima. Por supuesto que no tardamos ni setenta y dos horas en dar con ella. Está dispuesta a declarar a tu favor para reducir su pena, pero tendrá que afrontar cargos como cómplice de homicidio.

—¿Y qué pasará con el hermano de Lucía? Con Nacho.

—El señor Ignacio Narváez sabía muy bien dónde se metía y cometió delitos graves, pero ninguno de sangre. Además, nos ayudó bastante su colaboración y no tiene antecedentes penales, así que es probable que sea condenado a una pena menor de dos años, lo cual implicaría que no tendría que ingresar en prisión. La verdad es que no podríamos protegerlo allí después de que lo identifiquen como delator. Ignacio entrará en un programa de protección de testigos y se le suministrarán identidades nuevas a él y su familia. Lo más prudente para él será abandonar el país y no volver a contactar con su padre, ni su hermana. Además, perderá todos sus bienes y no podrá acceder a su

herencia, salvo que quiera que lo encuentren.

—Destierro y ruina —comentó Luis—. Pobre Nacho.

—Es mejor que cárcel y muerte. ¿No crees?

—Me pregunto si después de todo lo que ha pasado podré recuperar mi trabajo en la naviera, aunque supongo que don Vicente no querrá ni verme.

—Al contrario. El señor Narváez se siente muy avergonzado por todo lo que has tenido que pasar y por el hecho de que algunos miembros de su familia tienen una responsabilidad directa en todo esto.

—¿Cómo sabes eso?

—Por supuesto que don Vicente no sabe quién soy yo en realidad. Al principio de la operación, él era uno de los principales sospechosos y después no había ninguna razón para involucrarlo, pero es un buen amigo del comisario Robles y le ha preguntado con insistencia cuándo cree él que podrás reincorporarte a tu puesto de trabajo, porque dice que necesitará tu ayuda para recomponer la naviera después de todo lo que ha ocurrido.

Epílogo.

Lucía se detuvo junto a la orilla y contempló la inmensidad del mar color turquesa. Gandía le fascinaba desde que era una niña y vacacionaba con sus padres. Era por eso que le había dicho a Luis que quería pasar allí aquellos días de asueto. El viento agitó la ligera tela de su vestido, haciendo que fuera más evidente su avanzado embarazo. ¿Sería niño, o niña? Ella y Luis habían decidido no saberlo hasta el momento del nacimiento. Sin importar el sexo, sería igual de bien recibido.

Al mirar el horizonte, Lucía recordó a su hermano. Hacía ya tres años que no sabían nada de él. Esperaba que estuviera bien dondequiera que se encontrara, que lo que había ocurrido le sirviera de escarmiento y no se volviera a meter en líos. Le entristecía saber que en cualquier caso, nunca más tendrían noticias suyas.

Lucía no pudo evitar recordar aquellos días. Después de que los criminales fueron detenidos por las autoridades, todos pasaron algunos meses bastante duros. Su padre estuvo a punto de caer en una crisis depresiva a causa de la pérdida de Nacho, a quien nunca volvería a ver. Luego estaba la naviera. El escándalo del contrabando la había dejado al borde de la destrucción. Recuperar su reputación después de algo así parecía una tarea imposible. Fue una suerte que Luis estuviera allí.

Cuando el comisario Robles declaró a la prensa que habían atrapado a los maleantes gracias a la colaboración de Luis, que a riesgo de su propia vida, se había prestado para ayudarlos, quien entonces fuera su amigo había pasado a ser un héroe. Y ese héroe regresó a la naviera para trabajar hombro con hombro junto a su padre reparando los daños. Como resultado, don Vicente no solo había ganado un aliado, sino también un hijo y GEONS había renacido de sus cenizas.

Así fue como Luis se ganó a pulso el cargo de vicepresidente. Fue entonces cuando comprendió que Lucía no estaba tan fuera de su alcance como él siempre había creído. Después de dos años, cuando los acontecimientos comenzaron a ser un mal recuerdo, Luis se atrevió a cortejarla. Lucía no se hizo de rogar, así que contrajeron matrimonio al cabo de pocos meses. El más feliz con aquella unión fue el propio don Vicente.

Pero la caída de la red de contrabando no solo cambió la vida de los Narváez y de Luis. La naviera tenía un nuevo conserje: Marcel Estévez, el viejo profesor que Armengol conoció como indigente. Luis lo ayudó a recuperar el terreno que había perdido por los impuestos y luego a construir una pequeña, pero primorosa casa.

El antiguo bedel, el comisario Varela, había obtenido un ascenso por haber conseguido desmantelar dos redes del crimen organizado. Paulina finalmente perdonó a Bernard por no seguir sus instrucciones de entregar las pruebas en las manos de sus destinatarios, porque de haberlo hecho, Campos se hubiera encargado de desaparecerlas. Natalia, bueno, Natalia seguía igual que siempre, soltera, leguleya y buena amiga.

El Poga había cerrado sus puertas y su dueño, Kozlov, enfrentaba cargos por secuestro, extorsión, blanqueo de capitales y un largo etcétera. Él y el comisario Campos se pasarían una estadía muy larga en prisión. Si alguna vez salían. Igual suerte correría Rocha, el matón.

Casi todas las chicas habían decidido regresar a sus respectivos países, entre ellas Isabela, a quien Armengol rescató de la pensión donde se ocultaba y donde los esbirros de Sileno nunca llegaron a encontrarla. Las autoridades de su país la ayudaron a regresar a casa. Sus padres la recibieron con alegría, e hicieron los trámites para repatriar el cuerpo de Bianca. La Policía rumana inició una investigación para desmantelar los tentáculos de la red de trata en su territorio. Se desató un escándalo en la prensa y las autoridades se avocaron a la búsqueda de Manuel Fonseca. No dieron con él, pero al cabo de dos días, en las afueras de Bucarest apareció el cuerpo de un hombre, asesinado de un disparo en el pecho. Cuando lo lograron identificar, se supo que se trataba de Manuel Fonseca.

Algunas de las chicas, como Fabiola, llevaban tanto tiempo viviendo en España, que no quisieron marcharse. Una ONG dedicada a ayudar a mujeres víctimas de la esclavitud sexual, les proporcionó apoyo y ahora vivían una vida normal, aunque las cicatrices de su experiencia no serían fáciles de olvidar.

Lucía levantó la mirada cuando vio llegar a Luis con la chaqueta en una mano y los zapatos en la otra, corriendo por la arena hacia ella. Sin decirle una palabra, él la saludó con un beso y luego besó también el vientre que albergaba a su hijo.

—¿Ya estáis de vuelta? —le preguntó ella—. Creí que os demoraríais más en ese asunto tan grave que hizo que regresarais a la naviera en medio de las vacaciones.

—Lo lamento. De verdad —dijo Luis, mientras la miraba a los ojos y volvía a besarla.

—¡Vaya! Si aquí están los tórtolos —saludó don Vicente, que se acercaba con un brazo sobre los hombros de su nieto, quien había corrido a recibirlo en cuanto supo que regresaban antes de lo que su madre y él los esperaban—. Tal vez Daniel y yo debamos dar un paseo por ahí.

—Hola papá. ¿Pudisteis resolver el problema?

—Desde luego. Era una tontería, pero ya sabes, después de lo que pasó, no confío en nadie para supervisar los cambios en las rutas, si no están autorizados por Luis, o por mí.

Lucía sonrió con tristeza. Aquella experiencia había dejado una profunda cicatriz en el ánimo de todos. Una marca que tal vez nunca desaparecería.

OTROS TÍTULOS DE ESTE AUTOR:

NO ES LO QUE PARECE: Un caso del inspector Salazar.

Un político muere en forma repentina durante un mitin en Haro, La Rioja. El inspector **Néstor Salazar** y su nueva compañera, la subinspectora **Sofía Garay**, son los llamados a determinar si se trató de un **homicidio**, pero la situación se hace más compleja cuando la investigación comienza a revelar que las apariencias resultan muy alejadas de la realidad. Nuevas *muertes* complican el caso, mientras la subinspectora comprende que **el propio inspector tampoco es lo que parece.**

Un comisario que ha pedido traslado desde Tenerife lleva a cabo una investigación paralela sobre una tragedia ocurrida en su familia veinte años atrás, algo que no dejará indiferente al inspector.

JUEGO MORTAL. (Inspector Salazar 02):

«La sirena de la ambulancia rompió el silencio de la noche de *Haro*, mientras las luces de emergencia destellaban en la oscuridad. Dentro del área de tratamiento, un médico y un enfermero se afanaban en detener la hemorragia del paciente que yacía sobre la camilla. **Sofía** se esforzaba en contener las lágrimas, mientras contemplaba el rostro cada vez más pálido de **Salazar**. El gotero, puesto a chorro, alimentaba las venas del herido, **en un intento de mantenerlo con vida**…»

Durante la celebración de la Semana Santa en Haro, lo que en un principio parecía un hecho puntual, **el suicidio de un adolescente**, se convierte en una pesadilla para el inspector jefe Salazar y sus compañeros, cuando comienza a suceder repetidamente entre jóvenes que no mostraban ningún indicio que hiciera sospechar esa tendencia. Mientras Salazar se concentra en hallar la respuesta para que *no sigan muriendo chicos inocentes*, la subinspectora Garay se embarca en una investigación para detener a *un asesino profesional que ha jurado que Néstor Salazar será su próxima víctima*.

MUERTE EN EL PARAÍSO:

Una **isla privada paradisíaca** en el medio del Atlántico se convierte en el *coto de caza de un asesino en serie*.

Una desgracia ocurrida a la familia propietaria de la isla parece regresar del pasado para *amenazarlos* a todos.

Argus del Bosque, **comisario** del Cuerpo Nacional de Policía deberá darse prisa en encontrar al asesino, si consigue evitar perder la vida en el intento…

LOS PECADOS DEL PADRE:

A lo largo de veinticinco años, en cuatro países de *Europa*, **un asesino en serie** acaba con la vida de parejas jóvenes, engañando a la policía para que crean que el muchacho en cada una de ellas es el culpable. Michael Sterling, **comisario de Scotland Yard** que conoce su *modus operandi*, **obsesionado con detenerlo**, emplea todos sus esfuerzos en descubrirlo. La investigación la lleva a cabo un equipo policial **que involucra dos países**, Inglaterra y España, mientras **un pecado familiar surge del pasado para exigir su expiación**…

LA VENGANZA:

Samuel es un joven brillante con un prometedor futuro. Cuando la oportunidad de cumplir su sueño llama a su puerta, todo se derrumba al ser acusado del brutal asesinato de su novia. Su vida es truncada por la confabulación de tres hombres, que por diversos motivos se benefician de su desgracia, pero no es el único. Con la misma perfidia destruyen la vida de otros inocentes sin llegar a sentir el menor remordimiento.

Veinte años después, cuando los tres se sienten más seguros, el pasado resurge y sus víctimas, aún después de la muerte y el olvido, unen sus fuerzas y regresan dispuestas a cobrar venganza. ¿Hasta dónde pueden llegar para castigar a quiénes destrozaron su futuro?

LOS HIJOS DEL TIEMPO:

Un hombre nacido en la Edad Media se ve obligado a recorrer el mundo. La búsqueda de la respuesta a un misterio del cual depende su supervivencia, lo lleva de las iglesias y castillos de la ***Europa medieval***, hasta los confines de la ruta de la seda en el ***Lejano Oriente***, en una época en la que las supersticiones dictaban el comportamiento de la sociedad. *En el año 2010*, la desaparición de un empresario y la muerte de un librero son las claves de una lucha entre colosos que se desarrolla a lo largo de los siglos, cuyo origen se encuentra en la respuesta a aquel mismo **misterio**.